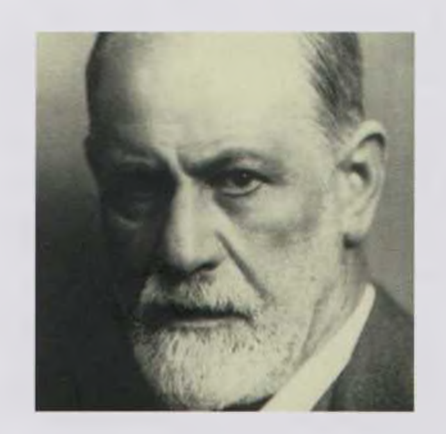


Freud

Todos los actos del hombre
tienen su origen en el inconsciente

APRENDER A PENSAR

Freud

Todos los actos del hombre tienen su origen en el inconsciente

RBA

© Germán Cano por el texto.
© RBA Contenidos Editoriales y Audiovisuales, S.A.U.
© 2015, RBA Coleccionables, S.A.

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior e infografías: tactilestudio
Fotografías: Album: 23, 29, 37 (abajo izq.), 45, 69, 84-85, 100-101, 115, 129, 134-135, 141; Archivo RBA: 37 (arriba y abajo dcha.); Art Archive: 63

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

ISBN (O.C.): 978-84-473-8198-2
ISBN: 978-84-473-8549-2
Depósito legal: B-7747-2016

Impreso en Unigraf

Impreso en España - *Printed in Spain*

Sumario

Introducción

Sostenía el filósofo alemán Arthur Schopenhauer que el destino de las grandes verdades es el de aparecer en un primer momento como paradójicas para normalizarse después como triviales. Esa observación es válida para las en otro tiempo revolucionarias tesis freudianas. En la actualidad, integrado el psicoanálisis en la vida cotidiana, suena algo lejana la cruda aseveración de Sigmund Freud a su colaborador Carl Gustav Jung a la vista del puerto de Nueva York y la célebre estatua de la Libertad: «No saben que les traemos la peste». Fue el psicoanalista francés Jacques Lacan quien difundió esta famosa anécdota que, aunque se ha revelado como falsa (en realidad, parece que Freud se limitó a afirmar: «Se sorprenderán cuando sepan lo que tenemos que decir»), expresa perfectamente lo que supuso en su tiempo la irrupción del psicoanálisis. Subrayando su función como «peste» a mediados del siglo XX, Lacan logró dar un valor mítico a esta disciplina, convirtiéndola en una herramienta subversiva respecto a los valores dominantes y frente a un revisionismo francamente conservador que empezaba a darse

en Estados Unidos. Hoy, ante el avance de una neurociencia que reduce la psique humana a sus contenidos neuronales y otros modelos terapéuticos más adaptativos que críticos, el psicoanálisis corre el riesgo de diluirse en una especie de psicoterapia o de psicología para masas, perdiendo el halo revolucionario que siempre fue la marca de su creador vienés. Y es así porque, con el paso del tiempo, esta práctica se ha acabado integrando en nuestra cultura y lenguaje, incluso hasta el punto de convertirse en un lugar común. ¿Quién no ha escuchado o empleado alguna vez palabras como «lapsus», «complejo», «inconsciente» o «libido», todas ellas clave del vocabulario psicoanalítico? Gracias al cine, la televisión y la cultura popular, Freud se ha convertido en un maestro de la contemporaneidad ampliamente conocido, aunque no siempre bien comprendido. El propósito de este libro es clarificar las principales ideas de ese ambicioso proyecto suyo llamado psicoanálisis.

La escena ha sido glosada por muchos de sus biógrafos. En 1906, con motivo de su quincuagésimo cumpleaños, un reducido círculo de admiradores regaló a Freud un singular medallón. En una de sus caras aparecía el retrato del maestro; en la otra, un motivo griego que representaba al trágico héroe Edipo contestando a la fatal cuestión lanzada por la Esfinge. En el medallón, inscrita, la siguiente estrofa de la tragedia *Edipo rey* de Sófocles: «Solucionó el enigma, y fue un hombre realmente grande». De ahí la imagen del psicólogo del inconsciente como caballero solitario en lucha contra un ambiente hostil, un hombre solo comprometido con la verdad, cuyo destino no fue otro que el de hacer estallar los estrictos corsés del puritanismo con unas ideas consideradas entonces poco menos que sacrílegas.

Pese a surgir originariamente como una investigación psicológica interesada en solucionar problemas concretos,

como la histeria o la neurosis, todos ellos concernientes al estricto ámbito de la medicina, el psicoanálisis desbrozó pronto un camino inédito para la autocomprensión de los límites e ilusiones del pensamiento moderno. Lo hizo gracias al descubrimiento del inconsciente, un elemento que vino a cuestionar la racionalidad básicamente consciente sobre la que se había querido cimentar hasta ese momento toda actividad humana, incluida la filosofía. Freud enseñó que ni siquiera el Yo manda en su propia casa, que la mayor parte del pensamiento consciente no es otra cosa que disimulo, mera racionalización o desplazamiento de pensamientos y deseos de los que preferimos ser inconscientes.

Por otro lado, el hecho de que Freud percibiera con lucidez el conflicto existente entre las exigencias morales derivadas de la adaptación a la realidad social y la tendencia a la felicidad y el goce del psiquismo individual abrió un camino nuevo a la filosofía, las ciencias humanas (sociología, psicología social, antropología) y la crítica cultural contemporáneas. Esto le ha valido al médico vienés ser considerado, junto con Karl Marx y Friedrich Nietzsche, un «maestro de la sospecha», es decir, un autor que abre un nuevo espacio al concepto de interpretación de los signos y los fenómenos. No obstante, Freud fue durante toda su vida extremadamente reacio a ahondar en las posibles afinidades de la nueva psicología psicoanalítica con la filosofía, por ser esta última para él una mera doctrina ilusoria o especulativa. De ahí que siempre antepusiera su misión como «conquistador» o «experimentador» a la de pensador.

La presente obra arranca con la ruptura de Freud con la psiquiatría de su tiempo. La causa fue la investigación que el joven médico emprendió de los síntomas de los fenómenos histéricos, hasta ese momento relacionados con simples cuestiones hereditarias y supuestas lesiones orgánicas, cuan-

do no insuficientemente analizados. El psicoanálisis nació así como una concepción terapéutica indisociablemente unida a una práctica médica, de ahí que, más que un sistema cerrado, constituya una línea de investigación abierta y en continua revisión. La serie de problemas tanto clínicos como teóricos que Freud planteó por vez primera siguen vigentes desde entonces en el ámbito de las ciencias humanas.

El médico vienés no dudó en legitimar la práctica del psicoanálisis como una actividad estrictamente científica, y siempre construyó sus modelos teóricos apoyándose en las categorías y descubrimientos de la ciencia natural y mecanicista de su tiempo. Sin embargo, la revolucionaria concepción freudiana de la psicología no condujo a una posición cientificista sin más. La existencia en el psicoanálisis de un momento interpretativo sirve como posible paradigma de un saber crítico que contribuye a la autocomprensión y al proceso reflexivo del individuo. De ahí la importancia que para Freud tenía la dimensión *narrativa* de la identidad, por un lado esos relatos mediante los cuales el sujeto fantasea, imagina o se cuenta su vida, y por otro, sus sueños, esa «vía regia» de acceso al estrato inconsciente de la mente. Porque la vida psíquica no se detiene cuando se cierran los ojos, cuando se pasa de la vigilia al sueño, al contrario: justo en ese momento se ponen en marcha otros procesos de la vida psíquica en los que el papel vigilante de la conciencia está ausente.

La siguiente parada en este viaje freudiano por los subterráneos del alma humana ha de ser obligadamente la cuestión de la sexualidad. En este terreno, las ideas de Freud originaron un gran escándalo, pues atentaban contra la moral puritana de la época: no solo llegó a la conclusión de que el origen de la neurosis es sexual, sino que expuso la existencia de una sexualidad infantil, decisiva a la hora de

forjar el comportamiento posterior de las patologías adultas. La afectividad, la atracción o el rechazo sexual en la madurez, el carácter, la tendencia a la autonomía o la dependencia del sujeto, todo ello queda prefigurado en gran medida a partir de las vivencias de la primera infancia. Con este telón de fondo aparecieron sus descripciones de las «instancias psíquicas» (Yo, Superyó, Ello) o teorías tan controvertidas y a la vez tan influyentes como la del complejo de Edipo. Desde esta perspectiva, el psicoanálisis trata de analizar en detalle los síntomas psicológicamente patológicos y darles un sentido inteligible. Su objetivo es dominarlos para que el individuo pueda desarrollar en la medida de lo posible un proyecto existencial no artificiosamente doloroso y desequilibrado. Como reza una de las máximas más conocidas de esta disciplina: «Donde Ello estaba Yo debo advenir». El sujeto vislumbra el comienzo de su curación, siempre frágil, siempre amenazada, cuando la conciencia vuelve a recuperar el terreno que había perdido en favor del Ello, de lo inconsciente, bien por debilidad o por efecto de algún complejo traumático. Es el momento en el que, gracias al trabajo realizado en la sesión clínica entre el paciente y el analista, se restablece la comunicación que se había roto en el seno del propio sujeto.

Las pulsiones son el tema del capítulo tercero. En virtud de sus más tempranas investigaciones, Freud reconoció la dicotomía entre la pulsión sexual y la pulsión de autoconservación o del yo, regidas respectivamente por los principios de placer y de realidad. Dicho de otro modo, el amor y el hambre, la sexualidad y la conservación, son los motores del comportamiento humano. Posteriormente, y advertida la inutilidad de este primer esquema tentativo, Freud prestó atención a otros aspectos, culturalmente no menos importantes, como el odio y la agresividad.

Freud estaba convencido de que lo que define al psicoanálisis como ciencia no es tanto el objeto sobre el que trabaja, el ser humano, como la técnica que se pone en práctica. Por ello no desdeñó la posibilidad de extrapolar sus investigaciones al ámbito de la historia de la cultura, la religión, la mitología o la antropología. El psicoanálisis como teoría de la cultura es el tema del capítulo 4, en el que un Freud cada vez más pesimista ante el hecho humano reflexiona sobre el trágico conflicto existente entre las demandas de felicidad de las pulsiones y las inevitables exigencias represivas que conlleva toda cultura. En esta estela es importante subrayar el acercamiento psicoanalítico a la emergente sociedad de masas, un problema que el vienés siempre valoró desde un punto de vista tan distanciado como lúcido.

Ciertamente, si un pensador ha privado al hombre del orgullo que depositaba en su racionalidad, este ha sido Sigmund Freud. No en balde su fuerte pesimismo antropológico ante el creciente «malestar» de la civilización moderna contrasta con las esperanzas culturales alentadas por otros diagnósticos, como los de Marx y Nietzsche. Y es que el descenso freudiano a los «infiernos de la mente» asestó, efectivamente, un golpe definitivo a la autoestima de una conciencia ya maltrecha. Sin embargo, a pesar de este reconocimiento de la debilidad del Yo, el psicoanálisis es un método destinado a brindarle al individuo la conquista de su Ello irracional y arrojar luz sobre las motivaciones últimas que mueven sus acciones. Desde este punto de vista, su intención entronca con una larga tradición ilustrada del fortalecimiento del sujeto. Lo relevante es que el fatídico descubrimiento de la importancia de lo irracional no llevó a Freud a postrarse o rendirse intelectualmente ante su poder. Es aquí donde reaparece su *pathos* de corte ilustrado, como bien supo ver uno de sus contemporáneos, el escritor alemán Thomas Mann:

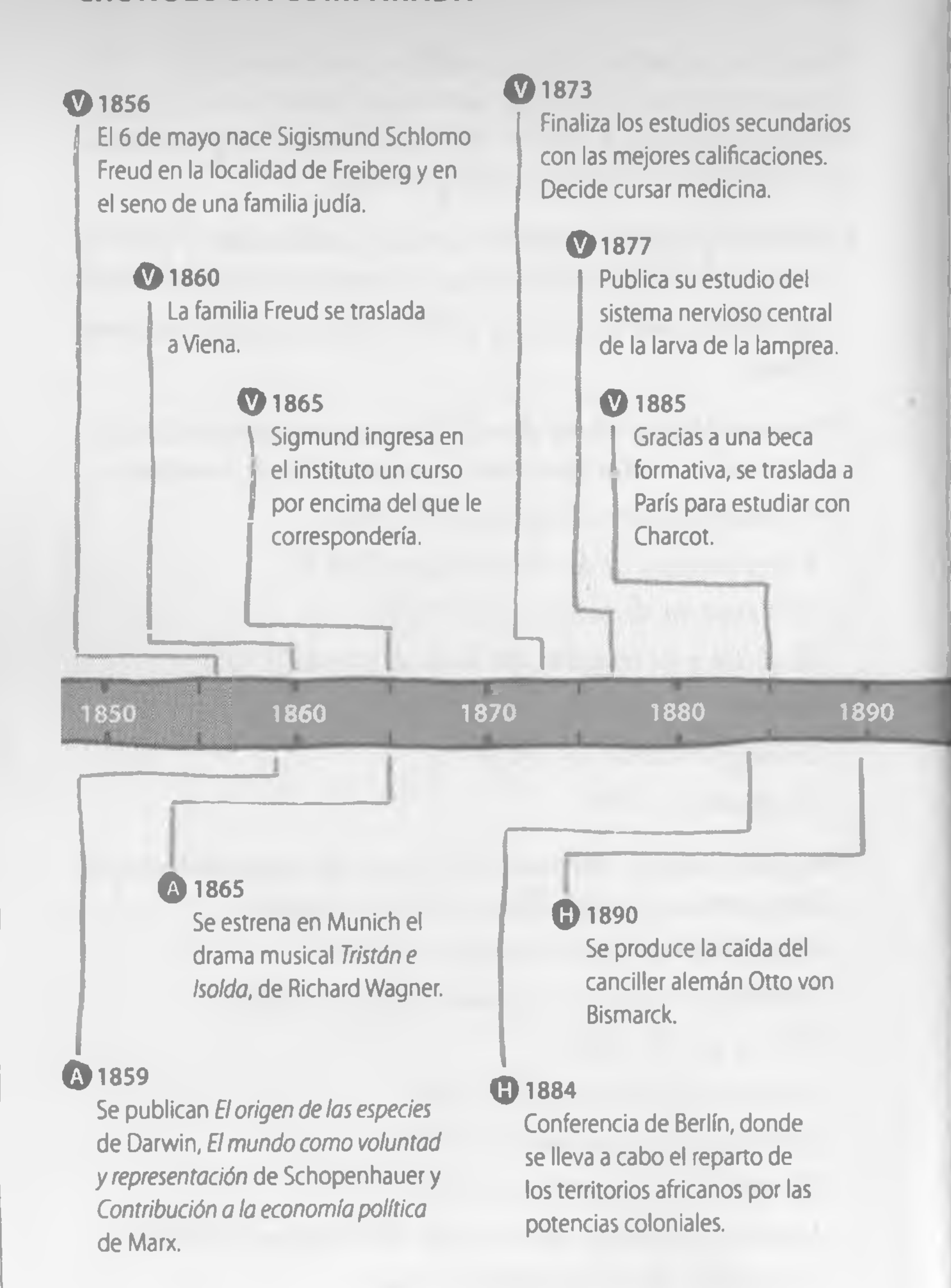
«El interés investigador de Freud por lo afectivo no degenera en glorificación de su objeto a costa de la esfera intelectual. Su antirracionalismo significa el reconocimiento de la superioridad fáctica y de poder del instinto sobre el espíritu. Pero no significa rendirse admirativamente sin más ante esa superioridad ni tampoco un escarnecimiento del espíritu».

OBRA

Freud fue un escritor muy prolífico, sobre todo a partir del momento en que las teorías que se concretaron en el psicoanálisis empezaron a cobrar forma definida. Su producción puede dividirse en tres grandes períodos:

- **Período prepsicoanalítico:** escritos publicados a raíz de sus experiencias como médico de enfermedades nerviosas.
  - *Estudios sobre la histeria* (1895), obra escrita con Josef Breuer
- **Primera tópica:** obras dominadas por una distinción fundamental entre inconsciente, preconsciente y consciente.
  - *La interpretación de los sueños* (1900)
  - *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901)
  - *Tres ensayos de teoría sexual* (1905)
  - *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905)
  - *Tótem y tabú* (1912)
  - *Duelo y melancolía* (1915)
  - *Lo siniestro* (1919)
- **Segunda tópica:** trabajos en los que las instancias que se distinguen son las del Ello, el Yo y el Superyó.
  - *Más allá del principio de placer* (1920)
  - *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921)
  - *El Yo y el Ello* (1923)
  - *Esquema del psicoanálisis* (1923)
  - *El porvenir de una ilusión* (1927)
  - *El malestar en la cultura* (1930)
  - *Moisés y la religión monoteísta: Tres ensayos* (1934)
  - *Compendio del psicoanálisis* (1938)

CRONOLOGÍA COMPARADA





V 1900
Publicación de *La interpretación de los sueños*.

V 1908
Celebración en Salzburgo del Primer Congreso Psicoanalítico.

V 1914
Ruptura de Freud con su discípulo Carl Gustav Jung.

V 1930
Publicación de *El malestar en la cultura*.

V 1938
La familia Freud se instala en Londres, huyendo de la amenaza nazi en Europa.

V 1939
Freud muere en Londres el 23 de septiembre.

1900 1910 1920 1930 1940

A 1900
Muerte del filósofo Friedrich Nietzsche.

H 1914
El 28 de julio estalla la Primera Guerra Mundial.

H 1918
Al término de la guerra, el Imperio austrohúngaro se divide en diferentes estados nacionales.

H 1922
Mussolini encabeza una marcha sobre Roma y se hace con el poder en Italia.

A 1927
Martin Heidegger publica *Ser y tiempo*.

H 1933
Los nazis se hacen con el poder en Alemania.

H 1938
La Alemania nazi se anexiona Austria.

Capítulo 1

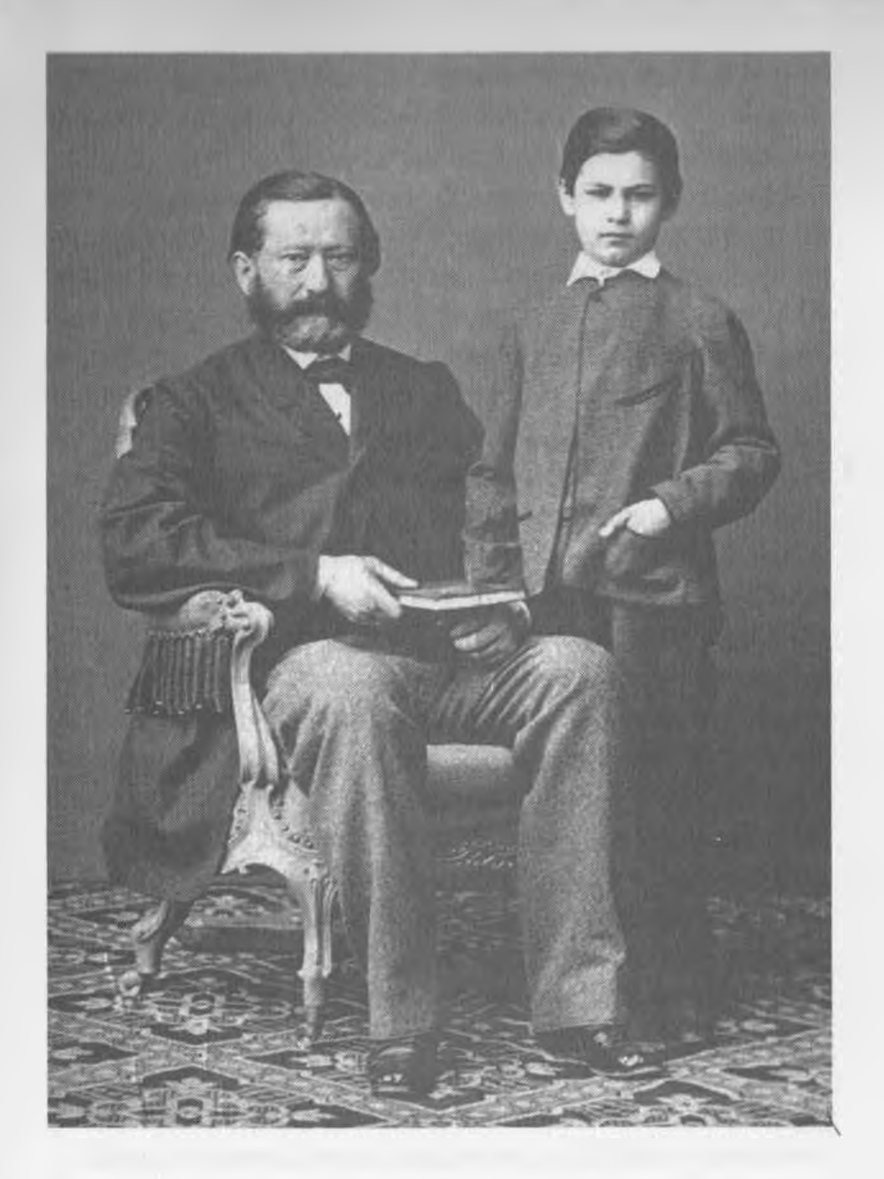
EL DESCUBRIMIENTO DEL INCONSCIENTE Y LOS SUEÑOS

Interesado por los fenómenos histéricos y, a la vez, descontento con las propuestas de la medicina de su tiempo hacia ellos, Freud se lanzó a indagar sus causas. La hipnosis fue su primera herramienta, abandonada tras el descubrimiento de lo inconsciente y de los sueños. Había nacido el psicoanálisis.

Sigmund Freud nació en la localidad de Freiberg in Mähren (actual Príbor, en la República Checa) en 1856, en el seno de una familia judía de mercaderes un tanto venidos a menos. Poco tiempo estuvo allí, pues contaba solo cuatro años de edad cuando su padre, el comerciante de lanas Jakob Freud, decidió trasladarse a Viena, por entonces un lugar lleno de oportunidades para el progreso material y social de cualquier persona dotada de talante emprendedor, incluidos los judíos, para quienes la capital constituía un refugio frente al antisemitismo emergente en otros territorios del Imperio austrohúngaro, sobre todo en aquellos enclaves no urbanos. Una vez llegados a Viena, los Freud se instalaron en el antiguo gueto judío, la Leopoldstadt, un barrio enorme que se extiende a través del extremo noroeste de la ciudad. Allí vivían casi la mitad de los 15.000 judíos que por esa época residían en la capital imperial.

Dado que el Freud psicoanalista afirmaba que los primeros años de vida son decisivos para la formación del carácter y de la personalidad, resulta obligado tratar sobre su pro-

pia infancia. Sigmund fue el mayor de los hijos de Jakob y Amalia, y el claro favorito de su madre, a la que en correspondencia adoraba. «Si un hombre ha recibido de niño el cariño indiscutible de su madre, mantendrá el resto de su vida un sentimiento de triunfo, la confianza en el éxito», llegó a escribir Freud muchos años después, sin duda pensando en él mismo. Su madre también estaba convencida de que su «niño dorado» era un genio y así se lo hacía saber siempre que podía. Esta posición de primogénito confirió al pequeño un sentimiento especial de importancia y responsabilidad que llegó a convertirse en un rasgo primordial de su carácter. Una de las formas en las que ello se plasmó fue su dedicación a los estudios: el joven Sigmund fue un estudiante trabajador y disciplinado, amante de los libros y con amplias inquietudes intelectuales. Asimismo, siempre mostró un carácter independiente. Un dato biográfico, al que luego volvería el Freud maduro, fue decisivo al respecto. Se trata de un desafortunado hecho que tuvo como protagonista a su padre y que este le relató a su hijo, entonces de doce años. El incidente no podía ser más simple y desagradable: de un manotazo, y mientras le gritaba «¡sal de la acera, judío!», un individuo le había despojado de su gorro de pieles nuevo, arrojándolo al barro. A la pregunta de Sigmund de qué hizo entonces, el padre contestó sin rubor: «Bajé a la zanja y recogí mi gorro». El futuro fundador del psicoanálisis entendió que esa falta de heroísmo por parte de su progenitor, que hasta ese momento había constituido su modelo ideal de comportamiento, era del todo inaceptable. Y como buen estudioso que ya en esa época era de los clásicos grecolatinos, comparó esta conducta con la actitud del caudillo cartaginés Amílcar Barca (h. 290-228 a.C.), quien hizo jurar a su hijo Aníbal (247-183 a.C.) que tomaría cumplida venganza de los romanos. Desde entonces Freud se identificó con Aní-



Sigismund Schlomo Freud (el nombre Sigmund solo fue adoptado a partir de 1878) fue el hijo mayor de Jakob Freud, un comerciante dedicado a la venta de lanas, y Amalia Nathansohn. De esta unión nacieron otros seis hijos, cinco niñas (Anna, Rosa, Mitzi, Dolfi y Pauli) y un niño (Alexander), a los que había que sumar otros dos, Emmanuel y Philipp, que Jakob tuvo de un primer matrimonio. En la imagen, fotografía realizada en 1864 que muestra al futuro fundador del psicoanálisis junto a su progenitor. Sigmund afirmaba ser una copia de este en lo físico y, en parte, también en lo intelectual.

bal, una figura que ocupó un lugar preponderante en sus fantasías. En cambio, Jakob no volvió a recuperar nunca la autoridad que hasta entonces había tenido para él.

A propósito de este episodio conviene señalar que Freud no renegó nunca de su condición de judío ni comprendió por qué tenía que avergonzarse de su origen o, como entonces comenzaba ya a decirse, de su «raza». Ello no quita que, debido en buena parte a su talante crítico hacia la religión, hacia cualquier religión, siempre considerara su identidad judía con cierta distancia. Igualmente, no solo no apoyó la causa sionista, sino que abogó por que esta no fuese un pretexto para levantar una utopía peligrosa. Las ocasiones en que a lo largo de su vida reivindicó su judaísmo fueron motivadas más por el deseo de dar respuesta al antisemitismo creciente en su tiempo que por el interés en reivindicar su pertenencia a ese grupo. Esta condición de judío, sin embargo, fue una de las causas que contribuyeron a apartar a Freud de los centros de poder del ámbito académico vienés. No lo lamentó: ese alejamiento le dio una independencia de juicio que fue decisiva en su carrera intelectual y ni siquiera consiguió socavar su confianza en que un trabajador diligente como él siempre sería capaz de encontrar su lugar, por pequeño que fuese, en las filas prestigiosas de la humanidad más allá de grupos nacionales o raciales. Lo único que temía era que el psicoanálisis se identificara como una mera «ciencia judía». Una asociación esta que el nazismo no dudó en explotar para desacreditarlo.

LA VIENA FINISECULAR

«Parece que nos encontramos en el comienzo de una época que no dejará totalmente intacta ninguna de las formas que

conocemos hoy en día.» Esta declaración del escritor vienés Hugo von Hofmannsthal (1874-1929) evidencia el profundo sentimiento de ocaso de un mundo, el del clasicismo burgués, que se vivía en la Viena del cambio del siglo XIX al XX. Sin embargo, es curioso que toda esta cultura irradiara su máximo esplendor justo antes de exhalar el último suspiro. Recuérdense, por ejemplo, las seductoras y demoníacas imágenes femeninas pintadas por Gustav Klimt (1862-1918) o el agudo análisis sociocultural de la burguesía realizado por el escritor Arthur Schnitzler (1862-1931) en su *Relato soñado*.

Hofmannsthal no se equivocaba: la Viena finisecular fue un centro cultural de primer orden, en el que toda tradición, artística, musical, literaria y, por supuesto, filosófica, fue puesta en cuestión, cuando no directamente socavada y derruida a fin de ser sustituida por algo diferente e innovador. El propósito que empujaba a los vieneses a ello era tan ambicioso como radical: poner las bases de un mundo y un orden nuevos, pues el viejo régimen burgués había fracasado. El periodista y escritor Karl Kraus (1874-1936) fue el encargado de certificar la muerte de este: «Bienvenido sea el caos porque el orden ha fracasado». Consecuentemente, nada de la sociedad burguesa debía salvarse, ni siquiera los conceptos más sagrados de la moral o la estética. Los desesperados intentos del multinacional y multiétnico imperio del que Viena era capital de esconder su decadencia precisamente con las formas y modos de la caduca tradición solo conseguían acentuar su crisis y sus contradicciones.

Viena, por tanto, fue un laboratorio en el que se abordaron y ensayaron nuevas experiencias, como el dominio de los medios de comunicación de masas, la importancia del lenguaje, el cuestionamiento del concepto de belleza clásica o, en lo que concierne al psicoanálisis, la confirmación de la fragmentación de la unidad del yo o el nuevo papel de la sexualidad,

hasta entonces considerada tabú. Así, en arquitectura, Otto Wagner (1841-1918) rompió con el estilo historicista vigente en la capital imperial para convertirse en un precursor del racionalismo, mientras su discípulo Adolph Loos (1870-1933) fue incluso más allá al condenar todo ornamento en un edificio como delito. En el campo de las letras, Karl Kraus incendiaba desde las páginas de su periódico *Die Fackel* («La antorcha») la sociedad hipócrita y corrupta del imperio de los Habsburgo, a la vez que Joseph Roth (1894-1939), Stefan Zweig (1881-1942) y Robert Musil (1880-1942) insuflaban nueva vida a la literatura vienesa con novelas y relatos en los que la crítica y la ironía no siempre aciertan a esconder cierta nostalgia por el pasado. La disolución llegó también a un arte tan ligado a Viena como la música: las sinfonías de Gustav Mahler (1860-1911), con sus elefantiásicas dimensiones, su presunta falta de coherencia interna y la presencia de elementos extramusicales, hicieron estallar el género. Aún más allá fue Arnold Schönberg (1874-1951), quien acabó con la tonalidad, el sistema que desde el barroco había sido la gramática de todos los compositores, sustituyéndolo primero por la atonalidad y más tarde por el dodecafonismo. Por supuesto, la filosofía no restó al margen de los cambios que acontecían en Viena, como prueban la feroz aproximación a la relación entre los sexos llevada a cabo por Otto Weininger (1880-1903) o los revolucionarios estudios sobre el lenguaje emprendidos por Ludwig Wittgenstein (1889-1951).

Freud no fue indiferente a esta agitación cultural e intelectual, sino que asimiló y dio nueva forma a algunos conceptos heredados de ideas filosóficas y científicas anteriores, desde Arthur Schopenhauer (1788-1860) hasta Friedrich Nietzsche (1844-1900), pero siempre desde un espíritu acorde con los nuevos tiempos. Además, no puede ignorarse tampoco en qué medida se sirvió del arte como medio de compren-

sión y comunicación de cuestiones psicológicas. El padre del psicoanálisis, no obstante, se cuidó de reconocer sus deudas con esta «revolución cultural» vienesa. Es ilustrativa al respecto una anécdota contada por su discípulo y primer biógrafo Ernest Jones: un día, habiendo comentado él que debía ser apasionante vivir en una ciudad tan llena de ideas nuevas, Freud se levantó de un salto y respondió con cólera: «¡Hace cincuenta años que vivo aquí, pero en cuanto a ideas nuevas jamás encontré una sola!».

Como prueba ese episodio, el padre del psicoanálisis no desaprovechó nunca la oportunidad de mostrar su desprecio hacia Viena. Un desprecio contradictorio, puesto que, por otro lado, siempre se mostró fiel a la capital austríaca: fue ahí, en su Facultad de Medicina y Neuropatología, donde cursó sus estudios, y ahí también donde abrió consulta como terapeuta, empezó a esbozar sus revolucionarias hipótesis psicoanalíticas, nacieron sus hijos y conoció el aplauso y la crítica, el auge de su movimiento y los sinsabores de las deserciones y rupturas. Fue, en suma, el lugar donde vivió. Solo la presión del nazismo, ya en fecha tan tardía como 1938, logró arrancarle de esa tan denostada Viena.

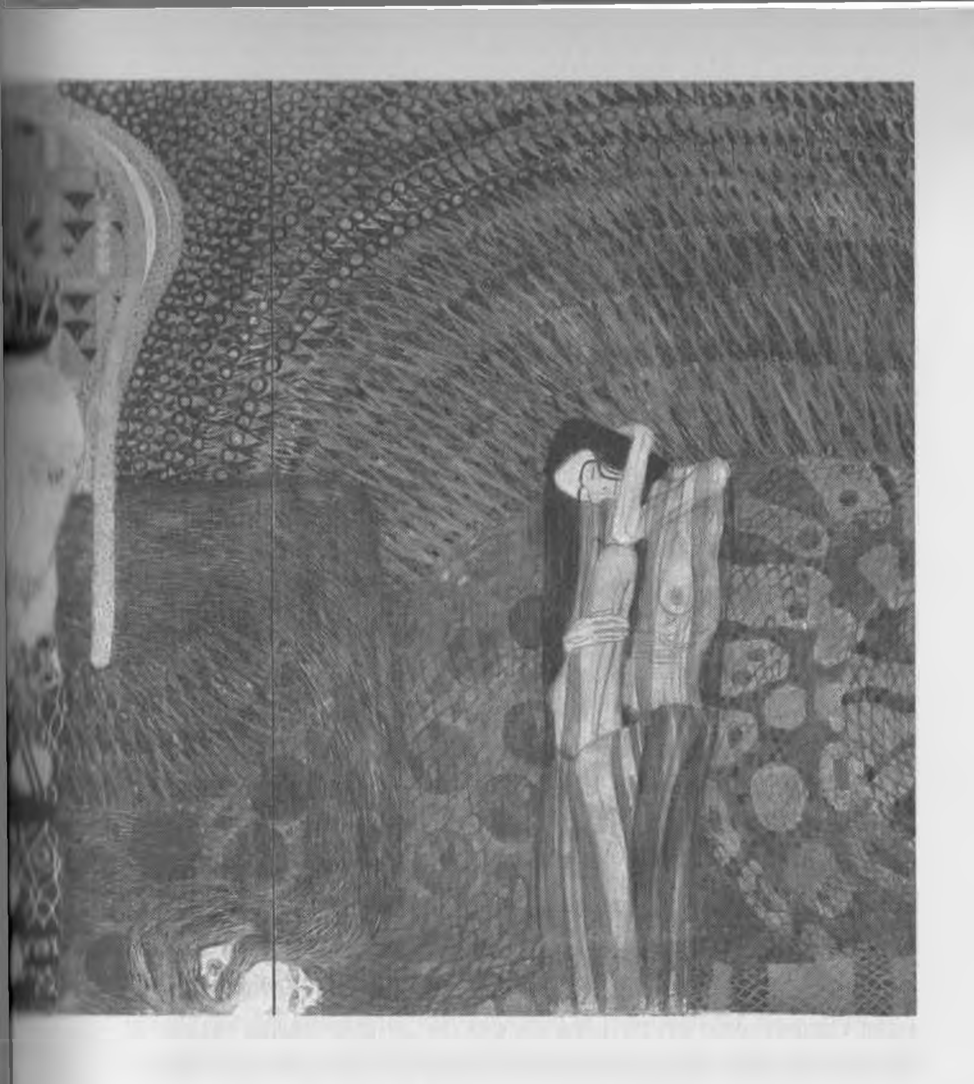
LA CARRERA CIENTÍFICA

Joven lleno de curiosidad por todo tipo de saberes, Freud decidió cursar la carrera de medicina en la Universidad de Viena tras escuchar una conferencia en torno al ensayo *Sobre la naturaleza*, atribuido al poeta y dramaturgo Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), uno de sus máximos referentes intelectuales. El ensayo en cuestión describía, desde una sensibilidad romántica, una imagen de la naturaleza entendida como una madre generosa que concedía a sus hijos más sa-



VIENA, LABORATORIO DE LA MODERNIDAD

Si alguna ciudad encarna la crisis que trajo consigo el paso de siglo XIX al XX, esa es Viena. En palabras del escritor Robert Musil, la capital del Imperio austrohúngaro era el hogar del «nuevo rico enamorado de los tiempos imponentes y grandiosos de sus predecesores, que había amueblado su casa con todo el lujo impersonal de un transatlántico». Ese carácter aristocrático y burgués, sin embargo, no impedía que fuera también un centro en el que todos los valores filosóficos y estéticos considerados hasta entonces sacrosantos, tales como el



orden o la belleza, se cuestionaran, cuando no directamente se derribaran. Así, y paralelamente al surgimiento del psicoanálisis freudiano y sus aportaciones sobre los sueños, el inconsciente y la sexualidad, artistas como Gustav Klimt reivindicaron en obras como el *Friso de Beethoven* (en la imagen), de 1902, una «destrucción creadora» dominada por formas ornamentales y figuras femeninas de una sensualidad perturbadora. Había nacido el movimiento de la *Secession*, cuyo lema era: «A cada tiempo su arte, a cada arte su libertad».

bios el privilegio de explorar sus secretos. No es extraño que esta idea sedujera a Freud, quien en ese momento reflexionaba acerca de su futuro profesional y si debía centrar todos sus esfuerzos en la ciencia. La tensión entre la especialización que requiere todo progreso en la disciplina científica y la tendencia del joven Freud a la especulación y el caso singular le acompañó en sus primeros años en la Universidad de Viena, en la que ingresó en 1873, y solo empezó a solucionarse a partir de su admisión, tres años más tarde, en el Instituto de Fisiología que dirigía Ernst Wilhelm von Brücke (1819-1892). En él logró por fin centrar su impetuosidad inicial gracias a una investigación relativa a la histología del sistema nervioso central de los invertebrados. En cambio, los estudios propiamente médicos apenas le llamaban la atención, lo que retrasó la obtención del título de doctor hasta 1881. Fue entonces cuando hubo de tomar una decisión que sería crucial en su carrera: seguir en el laboratorio de Brücke dedicado a la investigación teórica, que era lo que de verdad le apasionaba, o intentar obtener una plaza como médico en el Hospital General de Viena. En 1882, lo precario de su situación económica acabó por empujarlo hacia esta segunda opción. Los tres años siguientes, en los que pasó por los departamentos de cirugía, medicina interna y dermatología, no sirvieron sino para confirmarle en su idea de que ni le interesaba visitar a los enfermos ni estudiar sus enfermedades. En otras palabras, que no tenía vocación alguna de médico. Hasta que empezó a tratar a los enfermos nerviosos y todo cambió.

El viaje a París

En 1885, gracias a la concesión de una beca para estudiar en la capital francesa, Freud pudo conocer de primera mano las

innovaciones terapéuticas aportadas por Jean-Martin Charcot (1825-1893), a la sazón un neurólogo de fama mundial que dirigía el asilo de la Salpêtrière, especializado en el tratamiento de pacientes femeninas que padecían enfermedades mentales. Que Charcot rechazara el diagnóstico ortodoxo sobre la histeria a través de sus experimentos con la hipnosis fue un paso decisivo en la evolución del joven Freud hacia su original perspectiva terapéutica.

Por entonces los especialistas tenían básicamente dos puntos de vista diferentes sobre el fenómeno de la histeria: o bien suponían que esta no era más que una irritación de los órganos reproductivos femeninos y la trataban mediante presión sobre los ovarios o con operaciones quirúrgicas del clítoris, o bien pensaban que era mero fruto de la imaginación de las mujeres, una suerte de fingimiento teatral. A diferencia de las instituciones médicas de Viena, que repudiaban la histeria como una simulación, Charcot la consideraba una patología psíquica interesante, toda vez que revelaba indirectamente la plasticidad de la economía mental humana y sus conflictos internos, algo que dejó una profunda huella en Freud.

No fue esta la única aportación de Charcot que resultaría trascendental en la trayectoria del joven médico vienés. Otra fue el procedimiento de la hipnosis, que mostraba la existencia de fenómenos que, sin estar en la conciencia, tenían efectos poderosos sobre el comportamiento y la vida despierta de los sujetos que se sometían a ella. El hipnotizador podía producir y suprimir síntomas en el paciente, lo que permitía aventurar la idea de la existencia de dos niveles dentro del psiquismo humano. Además, fue Charcot el primero en cuestionar la extendida idea de que la histeria tuviera que ver exclusivamente con la sexualidad femenina, tal y como se había considerado desde antiguo y como el origen del mismo término (tomado de una palabra griega que significa

«útero») deja entrever. Era necesario, pues, separar la enfermedad psíquica del sexo biológico.

En las aulas públicas donde impartía sus clases, Charcot trataba de mostrar con pacientes sometidos a hipnosis que determinados trastornos, como las conocidas y típicas parálisis histéricas en determinadas zonas corporales, podían ser artificialmente provocados o suprimidos en cualquier momento mediante la sugestión en estado de sonambulismo. Esto revelaba que las patologías no podían explicarse como simples actos reflejos fisiológicos, sino que tenían que ver con disposiciones sometidas en cierto sentido a la «voluntad» de las pacientes. El hecho de descubrir que estos síntomas podían desaparecer bajo tales estados hipnóticos, provocados por determinadas órdenes del médico, planteaba una cuestión crucial: la de revelar que el origen de la enfermedad radicaba en algún tipo de conflicto psíquico que pasaba inadvertido para el propio enfermo y que solo emergía bajo un estado mental creado artificialmente.

Todas estas enseñanzas de Charcot fueron provechosamente adoptadas por Freud, desde ese momento plenamente convencido tanto de que había algo en la neurología que iba más allá de la fisiología y que atañía a tensiones y conflictos psíquicos no conscientes, como de que explorar este camino significaba adentrarse cada vez más en el terreno de lo psicológico en detrimento de lo somático. Por ello, a su vuelta a Viena llevó a cabo un estudio sistemático y amplio de estas manifestaciones patológicas, demostrando el carácter histérico de muchas afecciones a las que hasta entonces se atribuía un diagnóstico clínico muy diferente. Pero sus esfuerzos resultaron baldíos, dada la cerrazón de sus colegas a seguirle en esa dirección. Es más, Freud se convirtió en la «bestia negra» de la Universidad de Viena y de su Sociedad de Medicina, institución que nunca más volvió a pisar. Fue su «muerte académica», algo que le

acompañó toda su vida, pero que le dio la libertad necesaria para dar forma a las nuevas preguntas sobre la psique humana que a lo largo de su carrera intentaría responder.

La ruptura de Freud con la psiquiatría de su tiempo, por tanto, tuvo lugar con motivo de su investigación de los síntomas de la neurosis, hasta ese momento relacionados con simples cuestiones orgánicas o hereditarias, cuando no insuficientemente analizados. Mientras que el paradigma psiquiátrico hegemónico consideraba que los procesos orgánicos, ya fueran normales o patológicos, tenían que ser explicados mediante fuerzas materiales, físicas y químicas, cuantitativamente calculables, Freud era cada vez más consciente de que los conocimientos tradicionales de neurología no servían para tratar correctamente a los pacientes que acudían a su consulta. Unos pacientes que evidenciaban trastornos y desajustes nerviosos tales como parálisis, analgesias, temblores o lesiones que se manifestaban arbitrariamente, y que carecían de un diagnóstico reconocible desde un punto de vista exclusivamente orgánico. Así, poco a poco se atrevió a sostener que los síntomas neuróticos poseen una dimensión «expresiva», esto es, psicológica, que obliga a reformular las relaciones entre lo somático y lo psíquico. Y no se quedó ahí, sino que tampoco escondió su creciente desconfianza respecto al instrumental terapéutico de su tiempo para estos casos: electroterapia, masajes, baños, descanso... El resultado fue el abandono, a partir de 1896, de una psiquiatría que consideraba que en el estudio del cerebro se hallaba todo lo necesario para responder a las preguntas clínicas. Aunque Freud confiaba en los progresos de la medicina del cerebro, entendió que solo una racionalidad distinta de la de las ciencias naturales podía dar respuesta

No soy un hombre de ciencia, por temperamento soy un conquistador.

Carta a Wilhelm Fliess

adecuada a unas cuestiones que requerían también acercarse a los mitos y las fantasías de los seres humanos. A la cultura, en definitiva.

El caso Anna O.

Freud, sin embargo, no estaba solo. De especial importancia en estos decisivos años de juventud fue el contacto con Josef Breuer (1842-1925), un médico de cabecera y científico también heterodoxo a quien había conocido en el Instituto de Fisiología a finales de la década de 1870. Ambos compartían los mismos intereses, hasta el punto que Freud recordaría a Breuer como «mi amigo y mi sostén en circunstancias difíciles. Nos habituamos a compartir todos nuestros intereses científicos. Todas las ventajas de una amistad semejante eran naturalmente para mí».

El contacto con Breuer llevó a Freud a confirmar y avanzar en sus hipótesis de trabajo más originales. Ya antes del viaje a París, Breuer le había llamado la atención sobre un caso histérico singular: el de una muchacha a la que había dado el nombre de Anna O. (en realidad se llamaba Bertha Pappenheim), cuyos síntomas había conseguido mejorar a través de la hipnosis, pero también por medio de otras prácticas más novedosas. La joven presentaba los síntomas ya conocidos de las enfermedades nerviosas: parálisis, distorsiones en el habla, inhibiciones y perturbaciones mentales, a los que se sumaban ceguera, sordera, parálisis parcial de brazos y piernas, estrabismo ocular y, lo más llamativo, una grave afección en el lenguaje (parafasia) que la llevaba en ocasiones a perder la capacidad del habla o incluso a olvidar su lengua materna, el alemán, que sustituía por otras que ni siquiera dominaba, como el inglés o el francés.

Gracias a este célebre caso, Freud y su colega llegaron a la conclusión de que determinados síntomas observados en pacientes tienen alguna relación con recuerdos dolorosos taponados, contenidos o no accesibles de la conciencia del enfermo. Anna O. llamaba la atención de su médico, Breuer, sobre el alivio que obtenía cuando, a través del diálogo, lograba comunicar y liberar afectivamente ciertos sentimientos traumáticos o desagradables que en su día habían sido censurados. La propia enferma avanzaba así lo que posteriormente Freud y Breuer denominarían «abreacción» o «método catártico». La paciente utilizaba imágenes y conceptos interesantes para definir esto. Significativamente, comentaba el papel importante que tenían para ella la *talking cure* («cura por la palabra») o la *chimney sweeping* («limpieza de chimenea»). El dolor, el sufrimiento, los síntomas patológicos desaparecían una vez que se comunicaban. En la histeria, pues, actúan factores psíquicos en los que la fuerza del afecto olvidado se termina manifestando somáticamente sin base orgánica alguna. Freud concluía de esto que las lesiones de las parálisis histéricas debían ser por completo independientes de la anatomía del sistema nervioso, puesto que la histeria se comportaba en sus parálisis y otras manifestaciones como si la anatomía no existiera o como si no tuviera noticia alguna de ella.

Freud descubrió de este modo que el síntoma histérico es una reacción extraña, pero significativa, del cuerpo a una experiencia que se siente como insoportable. Un ejemplo de esta formación sintomática lo ofrecía este mismo caso: mientras Breuer trataba a Anna O., observó en ella una misteriosa repugnancia a beber agua, incluso cuando tenía una sed terrible. Bajo estado hipnótico, la paciente terminó revelando la causa de su enigmático síntoma: en algún momento, habiéndose dirigido a la habitación de su dama de compañía,

contempló cómo el perro de esta bebía de un vaso de agua. Una vez que la paciente descubrió la fuente de ese síntoma y pudo expresar el tremendo asco que le causaba dicha escena dejó de padecer la hidrofobia. Este pequeño ejemplo muestra de qué modo el analista puede ayudar al paciente a rememorar los motivos originales de su patología produciendo algún tipo de conexión narrativa de sentido entre el hecho acaecido en el pasado y el síntoma corporal. Llevar a la conciencia un síntoma puede así hacerlo desaparecer. El mero hecho de revivir a través de la palabra aquella visión desbloqueó el «asqueroso» recuerdo y permitió a Anna O. volver a beber con naturalidad.

Esto conducía a pensar que los histéricos padecen recuerdos traumáticos patógenos que han borrado de su conciencia para evitar afrontar el sufrimiento que ese mismo recuerdo les provoca. Sin embargo, Freud supuso que estos recuerdos, conforme a las leyes de conservación de la energía, no se han eliminado o desaparecido en absoluto, sino que se instalan en una conciencia separada o «inconsciente». Como tal, el padre del psicoanálisis entendía «aquellas representaciones latentes de las que tenemos algún fundamento para sospechar que se hallan contenidas en la vida anímica. Una representación inconsciente será entonces una representación que no percibimos, pero cuya existencia estamos, sin embargo, prontos a afirmar basándonos en indicios y pruebas de otro orden». Lo «consciente», en cambio, sería la representación que se halla presente en la conciencia y es objeto de la percepción. Esta dualidad hace que, en los casos de neurosis, las excitaciones emocionales no descargadas por el camino normal se canalicen por otras vías, produciendo síntomas corporales. Tras el análisis de estos extraños fenómenos patológicos, Freud llegó al convencimiento de que la neurosis, en la medida en que reprime deseos incon-







En 1885, en París, el contacto con el neurólogo francés Jean-Martin Charcot (arriba en una pintura de André Brouillet) descubrió a Freud la complejidad de la histeria y la utilidad de la hipnosis como terapia. Antes, aún en Viena, el padre del psicoanálisis ya había colaborado con su colega y mentor Josef Breuer (abajo a la izquierda) en el tratamiento de una joven histérica llamada Berta Pappenheim (abajo, derecha), más conocida bajo el nombre de Anna O., dado para proteger su identidad. Tras su curación destacó como defensora de los derechos de la mujer.

venientes o dolorosos para el sujeto, tiene como objetivo apartar al neurótico de la realidad exterior e «instalarle» en la enfermedad.

Por otro lado, la «resistencia» del enfermo a sanar y a comunicarse con el terapeuta fue interpretada como un indicio de una tenaz oposición al trabajo de esclarecimiento del análisis, de ahí que las fuerzas defensivas que impiden la remoción de lo reprimido hayan de ser las mismas que han provocado la patología. El reconocimiento del valor de los fenómenos de resistencia proporcionó así uno de los pilares sobre los que paulatinamente se construyó la doctrina psicoanalítica de las neurosis, la teoría de la represión.

Importa subrayar que el primer gran concepto que sirvió a Freud como brújula para descifrar los síntomas de sus pacientes histéricas fue el de la «abreacción». A partir de él llegó a la siguiente conclusión: «El histérico padece principalmente de reminiscencias». ¿Qué quería decir con esta frase? Que lo que hace que un acontecimiento vivido por el paciente se convierta o no en un recuerdo patológico depende estrechamente del proceso de abreacción por el cual el sujeto descarga el *afecto* vinculado a él. Por ello, para juzgar el recuerdo, es importante en primer lugar averiguar si el sujeto reacciona o no enérgicamente al suceso estimulante. ¿Qué sería en este sentido una «buena» reacción? Básicamente, la serie de reflejos, voluntarios e involuntarios —desde el llanto hasta el acto de venganza—, en los que el paciente «descarga» sus afectos. Si esta reacción se ve obstaculizada, se abre la posibilidad de un destino patológico; si se reprime esta reacción, queda el afecto ligado al recuerdo. Mientras que el sujeto normal logra, a través de un acto, la palabra o en virtud de una asociación, hacer desaparecer el afecto concomitante, en el neurótico las representaciones que se convierten en patógenas se conservan frescas y rebo-

santes de afecto «porque les está negado el desgaste normal mediante la descarga por reacción o la reproducción en estado de asociación no cohibida».

Si desde el siglo XVII la psicología europea había centrado su objeto de investigación de los procesos psíquicos exclusivamente en el ámbito de la conciencia, recinto en el que se había buscado un conocimiento íntimo, inmediato y claro, Freud cambió rotundamente este modo de ver. Lo que hasta entonces había quedado marginado y excluido, todo aquello que se consideraba un sinsentido, pasaba ahora a ser comprendido y explicado. Es desde este nuevo ángulo donde cabe situar por parte de Freud la acuñación de un nuevo concepto: *Psychoanalysis*.

NACE EL PSICOANÁLISIS

El término «psicoanálisis» fue utilizado por primera vez por Freud en un artículo de 1896 publicado en francés acerca de las psiconeurosis de defensa. En alemán apareció poco después, el 15 de mayo del mismo año. Una vez que se convenció de que la represión es la base principal de las neurosis, el médico vienés se impuso una modificación de la labor terapéutica. De lo que se trataba ahora era de descubrir y suprimir las represiones mediante un juicio que aceptase o condenase de forma definitiva lo anteriormente excluido por la represión. «En acatamiento a esta situación di al método de investigación y curación resultante el nombre de psicoanálisis en sustitución del de catarsis», escribió Freud. Esta nueva aproximación a la enfermedad mental trajo consigo una no menos innovadora estrategia general para plantear la terapia: de lo que se trataba era de provocar que las emociones e ideas reprimidas se expresaran, se manifestaran, de

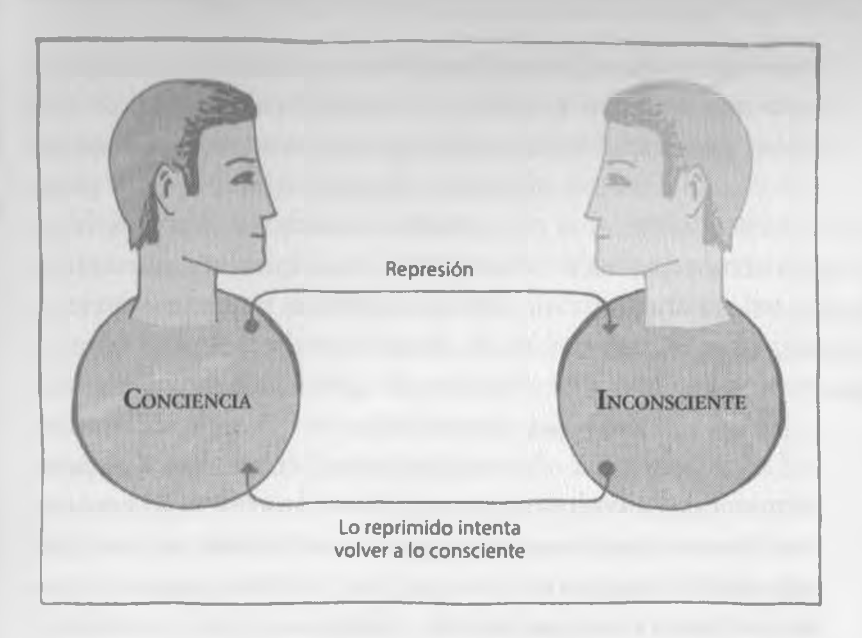
modo que el paciente quedara liberado de ellas. Y la vía para conseguirlo no era otra que el análisis.

La comparación con la química puede ser útil para comprender la singular voluntad metodológica que subyace al psicoanálisis. De hecho, el mismo término «análisis» ya remite a procedimientos de descomposición y disociación, y hace pensar en el trabajo que desarrolla el químico en su laboratorio. Así, si este se dedica a aislar los cuerpos simples, el elemento que se había mezclado con otros elementos hasta hacerse irreconocible, otro tanto hace el psicoanalista, quien busca reducir las actividades psíquicas, los síntomas y las manifestaciones patológicas del enfermo, que son de naturaleza compuesta, a sus elementos constitutivos, es decir, a sus movimientos o tendencias pulsionales. La actividad médica psicoanalítica, pues, es análoga a la química, aunque con la salvedad de que en la vida psíquica se opera con impulsos dominados por una tendencia a la unificación y la síntesis, de modo que, apenas queda aislado, el elemento tiende a reconstituir una nueva síntesis.

¿Qué implica todo esto? Que en el curso del psicoanálisis se trata con revelaciones minúsculas e insignificantes, con fragmentos de experiencias, a partir de los cuales se recompone como un mosaico la imagen de la vida interior. Nada que ver, pues, con la idea vulgarizada de que basta con que uno explique tumbado en un diván sus sueños al psicoanalista para que en el acto aparezca un diagnóstico. En realidad, el tratamiento psicoanalítico es un proceso enormemente arduo, que no tiene en absoluto nada de automático.

De la hipnosis a la asociación libre

El uso del hipnotismo le sirvió a Freud para descubrir un territorio desconocido de conflictos al margen de la concien-



Los contenidos rechazados por la conciencia no son destruidos, sino encerrados en el inconsciente, de donde pugnan por salir. La tensión que se produce puede acabar generando una neurosis.

cia. Así ocurrió con una de sus primeras pacientes, una mujer que, a pesar de su natural deseo maternal de dar el pecho a su bebé, se veía sorprendentemente incapaz de hacerlo a causa de diversos síntomas histéricos, como vómitos, anorexia nerviosa, insomnio y agitación nerviosa. Tras un par de sesiones de sugestión hipnótica, Freud logró poner fin a los síntomas y descubrió la existencia en la paciente de lo que denominaba «ideas antitéticas», esto es, tendencias psíquicas muy arraigadas en sentido contrario que obstaculizaban y se oponían a la intención inicial de la mujer de amamantar a su hijo.

Lo que caracteriza al sujeto histérico es que este ignora la existencia de una suerte de contravoluntad opuesta a su intención consciente, de tal modo que su intención se halla obstaculizada por estas ideas antitéticas. Aunque Freud en este momento no se propuso investigar qué tipo de ideas son estas ni a qué responde su existencia, empezó a dar por hecho la existencia de una vida psíquica paralela a la «cons-

ciencia primaria». La conciencia de su aversión o de su mala gana con respecto a su hijo (el deseo, inconsciente, de no querer amamantarlo) era dolorosa para esta paciente, por lo que la apartaba e inhibía de su pensamiento consciente. Pero la idea antitética (no querer amamantarlo) no quedaba por ello suprimida, como se podía descubrir bajo el efecto de la hipnosis, sino que venía a conformar lo que Freud llamaba una «voluntad contraria». Cuando la fuerza de la «voluntad consciente» y la «voluntad contraria» (inconsciente) son de magnitudes similares, se produce una tensión interior en la paciente (conflicto psíquico) que imposibilita la satisfacción de cualquiera de las dos ideas. Este conflicto es el que se expresa bajo la forma de síntomas histéricos. Este ejemplo arroja varias consecuencias interesantes. La primera de ellas es que la existencia de dos voluntades contrarias dentro de un mismo sujeto anticipa la idea del inconsciente; la segunda, que la importancia de los conflictos psíquicos es la brújula que logra explicar los comportamientos patológicos. Y no solo eso, sino que los síntomas aparecen como formaciones de compromiso entre dos fuerzas antagónicas. No menos interesante es el concepto de «resistencia», anunciado por la existencia de una reticencia al tratamiento por parte de la paciente.

Un mismo hecho de pensamiento permanece idéntico a sí mismo, lo reconozca el sujeto o no como consciente.

Estudios sobre la histeria

Freud usó el método del hipnotismo como recurso terapéutico hasta 1896, cuando lo abandonó al percibir que la relajación mediante otros medios de la censura ejercida por la consciencia venía acompañada de la emergencia de recuerdos de importancia. Esto le llevó a rebajar la necesidad de apremiar, presionar o dirigir de algún modo los pensamientos del paciente. La clave para ese cambio se la dio

una paciente que le reprochó un día que con sus preguntas interrumpía el libre curso de sus pensamientos. El médico meditó al respecto y, dado que era un científico siempre dispuesto a poner a prueba sus hipótesis, advirtió que la información que surgía del analizado era tanto más relevante cuanto más surgía del curso espontáneo de sus pensamientos y sentimientos. El camino hacia la asociación libre como método terapéutico empezaba a ser desbrozado. A partir de este vital descubrimiento, Freud empezó a pedir a sus pacientes que describieran de la forma más completa posible, aunque sin intentar darle sentido, todo aquello que se les pasara por la mente, bien fuera una ocurrencia espontánea, bien las representaciones que asociaran con otros recuerdos, sugerencias o, incluso, posibles interpretaciones. Y todo ello sin intentar darle un sentido y, desde luego, sin censurarlo o querer controlarlo. Era, sin duda, algo novedoso, pues nadie hasta la fecha había insistido tanto en relajar las constricciones racionales y morales que por lo general los seres humanos se imponen a la hora de describir a otras personas sus ideas y sentimientos más profundos. Lo que Freud escuchó en esas sesiones fue suficiente como para hacerle ver que los enfermos no hipnotizados encontraban grandes dificultades para rememorar determinados acontecimientos traumáticos que podían estar detrás de sus síntomas y, además, que ese proceso de recuerdo se les hacía especialmente doloroso. Desde ese momento, desplazó su atención hacia esa resistencia, considerada un dolor ante lo que pueda evocar ese recuerdo reprimido, sin olvidar todo lo que ella conlleva, concretamente la defensa y la represión. El proceso sería el siguiente: el enfermo se *defiende* de una idea que le resulta intolerable; esta idea deja de recordarse por asociación consciente en virtud de la *represión* a la que es sometida; el intento de acceder a dicha representación provoca *resistencia*, es

decir, dolor. Este dolor, precisamente, se transformó en una suerte de brújula que podía guiar al médico, al psicoanalista, en su búsqueda de esos recuerdos reprimidos que constituían la raíz del problema.

En virtud de este protagonismo metodológico de la asociación libre, Freud también abogó por la necesidad de que el analista practique lo que llamó una «atención flotante», una actitud de disponibilidad consistente en escuchar al paciente de una manera atenta, pero también plana o, lo que es lo mismo, sin valorar, juzgar o evaluar la relevancia de los diversos elementos del discurso del analizado, sin jerarquizar u otorgar mayor importancia a unos contenidos sobre otros. Dicho en otras palabras, respetando ciertas normas de neutralidad y abstinencia.

LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS

A medida que avanzaba en sus investigaciones, Freud reparó en el hecho de que los primeros descubrimientos científicos que él y Breuer habían realizado sobre la naturaleza de las patologías histéricas quedaban mejor representados a la luz del nuevo modelo que estaba desarrollando para los sueños. Esa certeza le llevó a elaborar una explicación unitaria que fuera válida tanto para los síntomas como para la lógica onírica. Y no solo eso: tan convencido estaba de ese modelo explicativo, que consideró que podía extenderse a otros fenómenos por los que se hallaba igualmente interesado, como los lapsus, los chistes y las obras de arte. La extraordinaria importancia que la interpretación de los sueños tiene para el conjunto de la disciplina psicoanalítica radica, pues, en que establece la matriz básica sobre la cual Freud consolidó la primera etapa de su investigación psicológica, que

realizó tanto sobre sí mismo (el «autoanálisis») como sobre sus pacientes. Hay que destacar que ese año clave de 1896, el que marca el nacimiento del psicoanálisis, fue también el de la muerte del padre del investigador, hecho doloroso, pero no menos fundamental para la nueva disciplina, como el mismo Freud reconoció, pues le sirvió para adentrarse en el estudio del dinamismo y la lógica de sus sueños. De sus propios sueños.

Cuatro años más tarde, el médico vienés publicó la que todavía hoy es su obra más difundida: *La interpretación de los sueños*. Como epígrafe, colocó un elocuente verso del poeta latino Virgilio (70-19 a.C.): «Si no puedo conciliar los dioses del cielo, movilizaré los del infierno». Con él, Freud quiso expresar su relación con la situación cultural de su tiempo. Disueltas las mediaciones celestes propias de la religión, esto es, huérfano de todo Dios, el hombre se ve abocado a los abismos demoníacos e irracionales de lo humano. Y esos abismos son precisamente los que sondea experimentalmente el psicoanálisis. La labor del psicoanalista es en este sentido similar a la de un arqueólogo que se adentra en el conocimiento del pasado más remoto a través de la excavación, descubriendo una capa y luego otra y otra más depositadas por el tiempo hasta alcanzar su objetivo. No es una comparación gratuita, pues Freud fue durante toda su vida un entusiasta de la arqueología y el mundo antiguo, en especial de la Grecia clásica, lo que explica las abundantes referencias a la mitología presentes en conceptos freudianos, como por ejemplo en el famoso complejo de Edipo o en el principio de Eros. Era un auténtico hombre de cultura que vivía en una sugerente encrucijada: judío por nacimiento, alemán por azar y griego por elección.

Por otro lado, existía una profunda conexión entre el descubrimiento histórico del papel del inconsciente en el com-

portamiento humano y el nuevo clima cultural y artístico de descomposición del sujeto racional y transparente característico de ese final del siglo XIX y principios del XX. Freud buscaba conquistar para el nuevo saber psicoanalítico todo un campo insuficientemente analizado hasta ese momento por la ciencia psicológica de la época y, lo que es peor, abandonado a filósofos, místicos y charlatanes. Y de una cosa era altamente consciente: sus aportaciones al estudio de los sueños le harían merecedor de un lugar en la historia. Tan convencido estaba de ello que, en una carta a un amigo suyo, el también médico Wilhelm Fliess (1858-1928), del 12 de junio de 1900 llegó a escribir: «Imagina que un día habrá en esta casa una placa de mármol que diga: aquí, el 24 de julio de 1895 se le reveló al Dr. Sigmund Freud el secreto de los sueños».

Si Freud escogió esa fecha fue porque, en la noche del 23 al 24, tuvo el famoso sueño que llamó «el sueño de la inyección de Irma», nombre figurado de una de sus pacientes. Es el siguiente, tal y como aparece descrito en *La interpretación de los sueños*:

> En un amplio hall. Muchos invitados, a los que recibimos. Entre ellos, Irma, a la que me acerco en seguida para contestar a su carta y reprocharle no haber aceptado aún la «solución». Le digo: «Si todavía tienes dolores es exclusivamente por tu culpa». Ella me responde: «¡Si supieras qué dolores siento ahora en la garganta, el vientre y el estómago!». Asustado, la contemplo atentamente. Está pálida y abotagada. Pienso que quizá me haya pasado inadvertido algo orgánico. La conduzco junto a una ventana y me dispongo a reconocerle la garganta. Al principio se resiste un poco, como acostumbran hacer en estos casos las mujeres que llevan dentadura postiza. Pienso que no la necesita. Por fin, abre bien la boca, y veo a la derecha una gran mancha blanca, y en otras par-



FLIESS, EL OTRO YO DE FREUD

Una de las figuras que acompañaron a Sigmund Freud en su descubrimiento del mundo de los sueños y, en general, durante toda la gestación del movimiento psicoanalítico fue el otorrinolaringólogo berlinés Wilhelm Fliess. Se conocieron en 1887 a través de Josef Breuer y desde entonces les unió una amistad tan profunda, que el vienés llegó a calificar a Fliess como su «otro yo». El asombroso parecido de ambos en esta fotografía tomada hacia 1890 parece confirmar esta identificación. Fliess jugó un papel fundamental para que Freud realizara su autoanálisis, a partir del cual se estableció el modelo básico de análisis psicoanalítico. Aunque la amistad se rompió a partir de 1904 por la acusación de Fliess de que su amigo le plagiaba sus ideas acerca de la bisexualidad, las cartas que ambos se intercambiaron constituyen un documento extraordinario para conocer los orígenes del psicoanálisis.

tes, singulares escaras grisáceas, cuya forma recuerda la de los cornetes de la nariz. Apresuradamente llamo al doctor M., que repite y confirma el reconocimiento. El doctor M. presenta un aspecto muy diferente al acostumbrado: está pálido, cojea y se ha afeitado la barba... Mi amigo Otto se halla ahora a su lado, y mi amigo Leopoldo percute a Irma por encima de la blusa y dice: «Tiene una zona de macidez abajo, a la izquierda, y una parte de la piel, infiltrada, en el hombro izquierdo» (cosa que yo siento como él, a pesar del vestido). M. dice: «No cabe duda, es una infección. Pero no hay cuidado; sobrevendrá una disentería y se eliminará el veneno». Sabemos también inmediatamente de qué procede la infección. Nuestro amigo Otto ha puesto recientemente a Irma, una vez que se sintió mal, una inyección con un preparado a base de propilo, propiteno... ácido propiónico... trimetilamina (cuya fórmula veo impresa en gruesos caracteres). No se ponen inyecciones de este género tan ligeramente... Probablemente, además, estaría sucia la jeringuilla.

Este sueño fue el primero del que Freud realizó un análisis detallado y donde planteó su hipótesis de que el sueño tiene un sentido que constituye la realización disfrazada de un deseo inconsciente reprimido. En este caso concreto, la interpretación que da es que él no es el culpable de que persistan los padecimientos de su paciente Irma, sino su amigo Otto: «El sueño me libera de responsabilidades por el estado de Irma, figura un cierto estado de cosas tal como yo desearía que fuese. Su contenido es, entonces, un cumplimiento de deseo, y su motivo, un deseo».

A diferencia de la concepción científica tradicional, que entendía que el sueño era una dimensión secundaria e ininteligible, Freud enlazaba con el sentido popular que considera que los sueños tienen un sentido oculto. Modelo de todos los

sueños y sus interpretaciones, el de la inyección de Irma fue el campo donde Freud sintetizó sus ya clásicas tres tesis sobre el sueño. La primera de ellas, que el sueño no es un mero fenómeno orgánico ni una «reacción» psíquica, sino algo que tiene un sentido y, por lo tanto, se inserta sin problemas en la serie de actividades mentales de la vigilia. La segunda se refiere más al sentido, que no es otro que la realización de un deseo. Es el caso de los sueños fundados en el modelo del «sueño de comodidad»: soñamos que nos levantamos para no tener que levantarnos, que bebemos cuando tenemos sed, etc. En cuanto a la tercera tesis, su importancia es vital para lo que será la práctica psicoanalítica: el sueño es la realización disfrazada de un deseo reprimido.

> El sueño es la realización (disfrazada) de un deseo (reprimido), y se halla construido como un síntoma neurótico.
>
> *Autobiografía*

La lógica del sueño

Antes de seguir adelante con la lógica del sueño, resulta interesante detenerse brevemente en la categoría del lapsus. Según Freud, los lapsus que se cometen al hablar o escribir son la expresión de alguna información o contenido que la consciencia no quería dejar salir. Y este «algo» se expresa en la lengua del inconsciente, una lengua desconocida que, antes que nada, debe ser interpretada. De aquí se deducen dos consecuencias: la primera, que en cada «acto fallido», en cada equivocación aparente, se expresa un deseo oculto; la segunda, que en el plano de la consciencia ha de existir una *resistencia* contra esta manifestación del inconsciente. El propio Freud lo ilustra con un ejemplo. Imagínese que un profesor comenta el trabajo de un colega en un congre-

so y dice: «No podemos *despreciar* lo bastante este descubrimiento». Resulta evidente que, aunque la intención del académico era la de decir «apreciar», en realidad pensaba en «despreciar». Este simple ejemplo pone de manifiesto en qué medida es el acto fallido el que delata el verdadero sentir de toda persona, toda vez que con él, y para la propia incomodidad, se divulgan sus deseos más secretos. En este caso, el de desacreditar más que valorar el trabajo de un colega. En resumen, Freud muestra que, en ciertas ocasiones, cuando uno se equivoca al hablar, en realidad lo que hace es decir lo que no quería decir, pero sí pensaba. Esta apreciación es importante para desentrañar la lógica del sueño.

Algo parecido pasa al soñar: en no pocas ocasiones, se realiza en un plano simbólico aquello que la persona no puede o no se atreve a realizar en estado de vigilia. Siguiendo esta misma lógica analítica, Freud estudió equivocaciones u olvidos a la luz de la teoría del inconsciente. Dichos «actos fallidos» no son sino manifestaciones de deseos reprimidos que se han logrado imponer a la vigilancia consciente, delatando al sujeto. Todos estos fenómenos, a primera vista insignificantes, en realidad constituyen un lenguaje significativo, «síntomas» que precisan de interpretación.

Evidentemente, Freud no fue el primero en dotar al sueño de un estatuto relevante para el conocimiento del hombre y su realidad. Ya en el antiguo Egipto o en el mundo grecorromano los sueños cumplían una función vaticinadora o reveladora de los poderes celestes. Freud no siguió ese camino, pero tampoco estuvo dispuesto a reducir el sueño a una mera actividad neurológica sin sentido. Para él, el sueño actúa como una suerte de mediación entre el mundo oculto de los sentimientos y afectos, y aquel otro que está sometido a los dictámenes de la consciencia y el conocimiento. Es algo que revela muchas cosas que la persona se niega a saber

cuando está despierta. Ningún sueño, afirma Freud, carece completamente de sentido, al contrario. Todos tienen, en tanto que actos psíquicos perfectamente válidos, un significado determinado. Son la revelación, no de una voluntad superior, divina y sobrehumana, pero sí a menudo de la voluntad más íntima y secreta del ser humano.

Por todo ello, Freud consideraba que «los sueños son el camino real que conduce al estrato del inconsciente», esto es, la vía de acceso a su funcionamiento. En este sentido, los sueños son esencialmente realizaciones «simbólicas» de deseos inconscientes. Para mostrar esto, el médico utilizaba pedagógicamente el ejemplo de los sueños infantiles y de privación, estructuras simples en las que no se observan deformaciones. Freud planteaba el ejemplo de su hija Anna, quien, habiéndosele prohibido en la víspera recoger cerezas, soñó que se las comía todas. Ocurre lo mismo con los sueños de privación. ¿Con qué sueñan los exploradores sino con todo aquello que no poseen, sea calor suficiente o comida caliente y abundante?

Estos ejemplos sirven para comprender cómo funciona el deseo en el sueño, pero no explican por qué también en los sueños hay que vérselas con desarrollos ininteligibles o deformaciones. Es decir, ¿por qué los sueños se ven obligados a adoptar una forma simbólica, a deformar ciertos deseos? La respuesta es que si sus materiales se expresaran directamente podrían ser tan traumáticos y perturbadores que despertarían al sujeto. Para que una persona pueda descansar, el inconsciente caritativamente desplaza, suaviza y deforma sus significados, de modo que los sueños se convierten en textos simbólicos que deben ser susceptibles de interpretación. Como la dimensión consciente del yo sigue alerta incluso dentro de los sueños, a veces censura una imagen, otras embrolla los mensajes.

En el sueño, el deseo se realiza, pero no solo de forma inteligible, transparente, como en los sueños infantiles o de privación; también lo hace disfrazándose. Esto lleva a la tesis de que entre el deseo y el sueño como realización pueden mediar desfiguraciones, deformaciones, disfraces. En los sueños todo queda finalmente desfigurado: estas desfiguraciones o disfraces son funciones de la censura que el deseo tiene que atravesar para expresarse de alguna manera. Dicho en otras palabras, la relación del deseo con su realización final en el sueño no es directa.

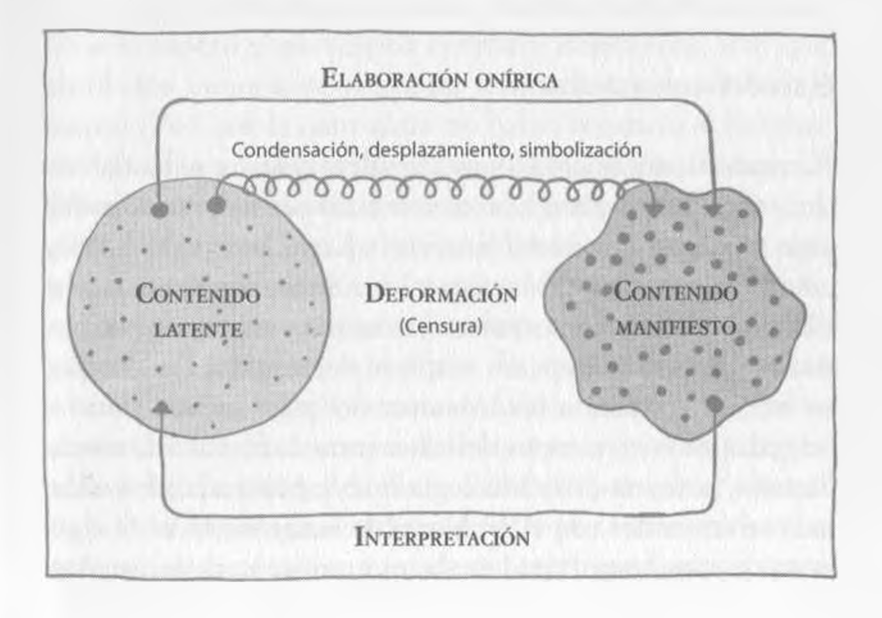
El sueño trae recuerdos que el soñante ha olvidado y que le son inaccesibles durante la vigilia.

Esquema del psicoanálisis

Es aquí donde entra en juego el trabajo deformador del sueño y sus diferentes mecanismos, la condensación, el desplazamiento y la simbolización. Por medio de ellos, los materiales del sueño se transforman en un contenido manifiesto que disfraza, enmascara o hace irreconocible el texto latente. Por condensación, Freud entiende un mecanismo básico de elaboración onírica por el cual un haz de significados o elementos del contenido latente quedan sintetizados al mínimo en una sola imagen o representación del contenido manifiesto del sueño. Es decir, que varios significados se concentran en un único símbolo, de tal forma que una persona puede representar a varias de la vida real del soñador, un solo objeto a varios, una sola palabra a varias... El segundo de esos mecanismos deformadores, el desplazamiento, hace que un significado que se antoja fundamental en el sueño pueda aparecer en el contenido manifiesto como un elemento irrelevante o secundario, y al revés, un elemento muy importante del contenido manifiesto presentarse como elemento accesorio del auténtico sentido. Este mecanismo traslada así el significado desde la parte central del sueño a lugares accesorios de este,

EL JEROGLÍFICO DE LOS SUEÑOS

A la hora de analizar los sueños, Freud estableció un método que trata de ir de lo sencillo a lo complejo y que consiste en dividir el sueño en sus distintos elementos y rastrear, a la manera de un detective, las ocurrencias que se enlazan a cada uno de ellos. El objetivo es averiguar, por un lado, qué tipo de proceso psíquico ha transformado el contenido latente del sueño (aquel escondido bajo el simbolismo) en el contenido manifiesto (aquel que aparece tal cual, sin interpretación, una vez la persona despierta) y, por otro, qué motivo o motivos son los que han hecho necesaria esa traducción. El proceso de traducción de lo latente en lo manifiesto es lo que se denomina «elaboración onírica», siendo el análisis un movimiento orientado a llevar a cabo la transformación opuesta. Freud estimaba que es el estudio pormenorizado del contenido latente el que permite al psicoanalista descubrir los estímulos que han terminado provocando el sueño, la procedencia de los materiales psíquicos, el provisional significado de lo soñado y las razones de su olvido. De este modo, el contenido manifiesto es una especie de jeroglífico para cuya solución es necesario traducir cada uno de sus signos al lenguaje de las ideas latentes.



ocultando al soñador el contenido de su sueño. En cuanto a la simbolización, el tercero de estos mecanismos deformadores, no es más que lo que su nombre indica: la expresión mediante símbolos de todo lo reprimido.

Como puede verse, el inconsciente, con su forma peculiar de actuar, hace todavía más opaca e ininteligible la deformación. En virtud de su economía puede condensar y sintetizar todo un conjunto de imágenes en una sola afirmación, o bien trasladar el significado de un objeto para adjudicarlo a otro en cierta forma asociado con el primero. Dicho esto, puede entenderse por qué la interpretación del sueño ha de realizar el camino inverso: ir de lo manifiesto a lo latente. El análisis del sueño, por así decirlo, «desanda» el camino que el «trabajo del sueño» recorre. O lo que es lo mismo, si el trabajo del sueño consiste en tejer, la interpretación desteje, separa los hilos que el sueño ha entrelazado, desmonta las piezas del disfraz con que el deseo se ha abierto paso a la conciencia.

El sentido como disfraz

En razón de sus aportaciones al análisis onírico, se ha definido, y con razón, a Freud, junto con otros pensadores clave del siglo XX, como Friedrich Nietzsche y Karl Marx (1818-1883), como un «maestro de la sospecha». Si él enseñó un modo diferente de leer e interpretar los textos y signos es porque transmitió una concepción suspicaz del sentido. De ahí que su lección traspasara las fronteras del psicoanálisis y fuera acogida por otros campos del saber como la filosofía, la teoría literaria, la teoría de la ideología o la lingüística, todos ellos muy relacionados con el problema de la significación. Si algo puso de manifiesto Freud en su interpretación de los sueños

es la inexistencia de un sentido directo; el sentido acontece como desvío, sesgo, es disfraz, deformación. No es algo que se dé de forma inmediata, que se presente de golpe, sino algo que se articula y se construye siempre después, siempre tarde, y de la forma más paradójica, atravesando las máscaras. «El sueño no pretende tener tanta importancia», escribió Freud, «pero sí es importante su valor teórico como modelo».

Un sueño es la señal de que algo tiende a perturbar el reposo y nos da a conocer cómo esa perturbación puede ser rechazada.

Metapsicología

Se ha convertido en un lugar común afirmar que disciplinas como el arte, la teoría literaria, la filosofía de la cultura o la antropología deben a Freud indicaciones muy valiosas por su fecundo descubrimiento del simbolismo psíquico de los sueños. Al ir por primera vez más allá del simple sentido biológico del sueño —la comprensión del descanso nocturno como restauración económica de las fuerzas— y entenderlo como una necesidad psíquica profunda, Freud no solo superó el paradigma científico dominante, sino que abrió una interesante reflexión sobre el sentido de lo humano. ¿Por qué la naturaleza no había regalado al hombre con el sueño un simple mecanismo de relajación, sino que le estimulaba y apremiaba con unas imágenes tan incitadoras y perturbadoras? ¿Para qué soñar si los sueños no hacen más que interrumpir, confundir y agitar al soñador con significados aparentemente molestos, desconsoladores e ininteligibles? Las imágenes simbólicas del sueño esconden, pero a la vez revelan bajo la mirada de la interpretación avezada, deseos insatisfechos o reprimidos que no se pueden cumplir a la luz del día y que, por ello, se obstinan por volver a entrar en la vida de cada cual indirectamente por la vía onírica. Lo que por alguna razón no puede convertirse en acción o tra-

ducirse directamente en lenguaje durante el día se termina expresando allí en escenas, imágenes y fantasías aparentemente ininteligibles.

Al desafiar el paradigma habitual de comprensión de estos fenómenos bajo un modelo biologicista o fisiológico, Freud estableció que los sueños son necesarios para recuperar el equilibrio psíquico de la persona: el sueño es, por así decirlo, la válvula de la fuerza de desear. Es la sed insaciable de vida y de placer lo que lleva al ser humano a no quedar encerrado en el estado de vigilia. Si no fuera por el sueño, la psique, sometida a la única y exclusiva presión del principio de realidad, vería recortada sus posibilidades humanas. Por eso también el sueño suele ser un sustitutivo del acto. Freud recordaba la cita de Platón de que «los buenos son aquellos que se contentan con soñar lo que los otros realmente hacen». En las fantasías nocturnas, el aparato psíquico se libera de la presión de sus tensiones con el mundo real.

El hecho de que Freud reconociera como un valor decisivo del sueño este efecto de descompresión del principio diurno de realidad es también importante para valorar otras formas elevadas de la fantasía y del ensueño, como son el mito, la creación artística y la poesía. Desde este ángulo, no es irrelevante que el sueño tenga que ver más con el desear que con el querer. Generalmente, se habla de desear en lugar de querer cuando se cree que una satisfacción realista está fuera de lugar. Así, se puede desear ser más joven o que el pasado hubiera sido diferente, pero se piensa que no tendría mucho sentido quererlo, dada su poca viabilidad. Esto indica que la peculiaridad de los deseos no es producir acciones, sino más bien estar en relación con imaginaciones y otras expresiones potenciales. Esto es, no se exige que los deseos sean razonables, sensatos o consistentes. Lo que plantea Freud es

que justo por esa dimensión no del todo realista, los deseos pueden aportar un valor especial de conocimiento: el que se deriva de motivos y los articula, pero sin estar restringido por el principio de realidad, por lo que puede ir más allá de él. De ahí que no haya saber completo del potencial del hombre si nos limitamos a considerar exclusivamente su actividad consciente y responsable. No es esta una enseñanza de poco valor para el pensamiento contemporáneo, como se verá en los siguientes capítulos.

Capítulo 2

EL TABU DE LA SEXUALIDAD

El estudio de las neurosis llevó a Freud a interrogarse acerca del papel jugado en ellas por una sexualidad que va mucho más allá de la dimensión genital y la procreación. El concepto de libido o la teoría del complejo de Edipo fueron algunos de los hallazgos del padre del psicoanálisis en este campo.

Aunque de forma ciertamente vacilante en un primer momento, a partir de 1906 la figura de Freud comenzó a alcanzar el anhelado reconocimiento científico y profesional. La expansión del movimiento psicoanalítico partió de Viena para extenderse de manera lenta pero segura por todo el mundo. Ya en 1908 tuvo lugar en Salzburgo el primer Congreso Internacional de Psicoanálisis, al que siguieron otros muchos. Solo dos años más tarde, con motivo del segundo Congreso Internacional, celebrado esta vez en la alemana Núremberg, se fundó la Asociación Internacional Psicoanalítica. El hecho de que, a pesar de estos avances, Freud siguiera encontrando una fuerte oposición en los sectores conservadores de la sociedad le llevó a tratar de consolidar las líneas básicas de su teoría no ya en solitario, sino en compañía de un grupo cada vez más amplio de discípulos. Creada en 1902 por Freud, Alfred Adler (1870-1937), Wilhelm Stekel (1868-1940), Rudolf Reitler (1865-1917) y Max Kahane (1866-1923), la llamada Sociedad Psicológica de los Miércoles fue el primer círculo de la historia del mo-

vimiento psicoanalítico y su primer laboratorio ideológico. Pero al margen de esas reuniones, en las que sus participantes discutían sus trabajos e hipótesis relacionadas con el psicoanálisis, también en el resto de Europa y en América muchos investigadores empezaban a tener cada vez más en cuenta las hipótesis freudianas. Incluidas las entonces más escandalosas, aquellas referidas al sexo, las mismas que hicieron que el padre del psicoanálisis y sus partidarios fueran considerados poco menos que unos pervertidos sexuales, cuando no unos psicópatas obsesivos y paranoicos, que representaban un serio peligro para la comunidad. Como refiere el primer biógrafo del vienés, Ernest Jones: «Freud vivió en una época en la que el *odium theologicum* había sido sustituido por el *odium sexicum* y no todavía por el *odium politicum*. A las generaciones posteriores tocará establecer cuál de las tres fases es la más ignominiosa de la historia de la humanidad».

Llegados a este punto, no sería ni mucho menos un despropósito echar un vistazo sobre la vida sexual de quien entendió la sexualidad como un impulso humano básico. Al contrario. Fue en 1894, a raíz de una difteria que padeció la mayor de sus hijas, Mathilde, cuando Freud llevó a cabo una profunda reflexión sobre su situación personal y de pareja con su esposa Martha, con la que había contraído matrimonio en 1886. Concluyó que los constantes embarazos de esta la habían conducido a una situación de excesivo desgaste tanto físico como emocional. Esto movió al médico a proponerle el uso de ciertos métodos anticonceptivos habituales en su tiempo (*coitus interruptus*, condón, diafragma o esponja), métodos que no impidieron el nacimiento de una nueva hija, Anna, a finales de 1895. Este fracaso empujó al matrimonio a tomar una medida mucho más expeditiva: la renuncia definitiva de todo intercambio carnal. De este modo, con ape-



El 14 de septiembre de 1886, y tras cuatro años de noviazgo de los que se conserva un buen número de apasionadas cartas de amor, Freud contrajo matrimonio con Martha Bernays, segunda hija de una destacada familia ortodoxa judía, no en balde su abuelo paterno era el gran rabino de Hamburgo. A pesar de estar convencida de que se había casado con un pornógrafo, tal era el tipo de estudios que Freud llevaba a cabo, Martha fue para él un apoyo fundamental. De su unión nacieron seis hijos: Mathilde (1887), Martin (1889), Oliver (1891), Ernst (1892), Sophie (1893) y Anna (1895). Martha murió en Londres en 1951. En la foto, la pareja en 1885.

nas cuarenta años de edad y coincidiendo con la aparición en él de algunos problemas de impotencia, Freud liberó a Martha del temor a una nueva maternidad. Desde entonces, ella dejó de sentirse tan angustiada y él afrontó la nueva situación con curiosidad, como si fuera una más de sus investigaciones. La vida sexual del gran teórico de la sexualidad duró, por tanto, apenas nueve años, pero hasta que cumplió los sesenta no dejó de explorar sus sueños eróticos. Es más, aunque en privado no hacía gala de la libertad sexual que se le supondría por su doctrina ni, por supuesto, era el «obseso sexual» que gustaban retratar los caricaturistas de la época, sí era alguien a quien le producía un placer especial analizar esos sueños y buscar en ellos las causas sexuales a todos sus comportamientos. Es cierto que, sobre todo al principio, intentó en alguna ocasión retomar las relaciones carnales con Martha, pero finalmente acabó renunciando a ello. Como más tarde escribió: «El erotismo que nos ha ocupado durante el viaje se ha fundido lamentablemente a causa de las penas del trabajo. Me acomodo al hecho de que soy viejo y no pienso ni siquiera de forma constante en la vejez». Queda claro, pues, que Freud no fue un hombre atormentado por su deseo. Tampoco un moralista que condenara el libertinaje sexual, pues aunque personalmente creía en la contención y el control, ello no le impedía ser consciente de hasta qué punto el equilibrio psíquico pasaba por no reprimir las pulsiones sexuales.

DE LA TEORÍA DE LA SEDUCCIÓN A LA DEL FANTASMA

Con el paso del tiempo y su mayor experiencia clínica, Freud estaba cada vez más convencido de que detrás de las manifestaciones de la neurosis no actuaban excitaciones afectivas

de naturaleza indistinta, sino básicamente de procedencia sexual, siendo casi siempre conflictos sexuales actuales o repercusiones de sucesos sexuales pasados. Aunque en sus notas autobiográficas reconocía que no se hallaba preparado para tal revelación, esta no era algo del todo inesperado, puesto que la cuestión sexual ya sobrevolaba de algún modo, por un lado, en las experiencias clínicas de Charcot y de Breuer, quien se resistía a tal orientación, y por otro, en ciertos precedentes de la medicina antigua que relacionaban sexualidad e histeria. Teniendo en cuenta esto, a Freud no se le puede atribuir en sentido estricto el descubrimiento científico de la sexualidad humana, aunque sí haya que reconocer su papel de pionero a la hora de articular la cuestión erótica dentro de una teoría compleja de la personalidad y sus patologías.

Lo que Freud comprendió es que se tiende a reducir, por un lado, la dimensión psíquica de la consciencia a lo psíquico en general y, por otro, lo sexual al ámbito estricto de la genitalidad. Él, en cambio, era partidario de reconocer la existencia de un psiquismo que no es consciente y hacer que este corra en paralelo a la ampliación de la esfera de lo sexual más allá de la procreación y el ámbito de lo genital. Conviene detenerse en este importante desplazamiento, pues Freud no solo estaba inaugurando una vía totalmente original que le separaba tanto de la neurología como de la fisiología, sino también de una ciencia sexológica ligada a los descubrimientos científicos de la biología. En otras palabras, estaba sacando la cuestión sexual del campo de estudio de la naturaleza para internarse en una reflexión original en la que el análisis del deseo humano alcanzaba una profundidad y originalidad insospechadas. Es decir, que en lugar de dedicarse al estudio pormenorizado de las «anomalías» sexuales, al análisis estadístico de sus expresiones o a dic-

tar sentencia moral sobre los comportamientos aberrantes o desviados respecto a un hipotético marco normativo, el padre del psicoanálisis dotó a la sexualidad de un estatuto explicativo totalmente distinto, haciendo de ella una suerte de motor de la actividad humana. Dicho de otro modo, Freud, sin abandonar su orientación darwinista, empezó a internarse en los senderos de la sexualidad sin prejuicios moralistas, esto es, no buscaba engañarse acerca de la dimensión agresiva del ser humano ni tampoco encubrirla bajo el velo del idealismo. Al contrario: estaba convencido de que si de verdad se quería conquistar este misterioso objeto para el conocimiento ilustrado, no le quedaba más remedio que abordar con todas las consecuencias un tema filosófico que, desde los tiempos de Platón, había guiado toda búsqueda de sabiduría: la reflexión en torno al *eros*, el amor.

Para comprender el problema del valor e influencia de la sexualidad en la formación de los procesos neuróticos, especialmente de la histeria, es necesario reconstruir el proceso en virtud del cual Freud llegó a esta piedra angular de su pensamiento. En un primer momento, tras escuchar a las mujeres histéricas de finales de siglo XIX que le confiaban sus relatos autobiográficos, Freud planteó una primera hipótesis, la de la represión y el origen sexual de la histeria. Por aquel entonces pensaba que las mujeres histéricas con trastornos neuróticos desarrollaban tal patología porque realmente fueron seducidas en su infancia. Esta hipótesis de una alienación traumática debida a una violencia originaria (o dicho de otro modo, que la neurosis tiene como origen un abuso sexual real) se apoyaba en ciertos hechos empíricos que, aunque profundamente desagradables, parecían ser más habituales de lo deseado. Precisamente lo penoso de su recuerdo es lo que hace que sean algo que se prefiera olvidar y reprimir.

Pero Freud no se quedó ahí, sino que dio a este primer planteamiento un giro de 180 grados. Lo hizo en la famosa «carta del equinoccio», redactada el 21 de septiembre de 1897. En ella, el médico explicó a su colega y amigo Wilhelm Fliess las razones por las cuales renunciaba a su primera teoría de la «seducción»: «Ya no creo en mi neurótica», escribió en sus páginas. Mas ¿qué quería decir con esta frase y qué consecuencias se extraen de ello para la futura teoría de la sexualidad freudiana? Lo que indujo a Freud a abandonar progresivamente su teoría de la seducción fue darse cuenta de una espinosa contradicción: por un lado, la evidencia de que no todos los padres son violadores; por otro, la certeza de que las histéricas no mienten del todo cuando afirman que se sienten «víctimas» de una seducción. ¿Cómo explicar entonces estas dos «verdades» opuestas entre sí? Pues alejándose de la evidencia y desarrollando una hipótesis original a través del descubrimiento del concepto de fantasía, auténtica piedra de toque del discurso analítico. El primer paso para ello consistió en constatar que, con frecuencia, las mujeres inventan, sin mentir ni simular, los abusos sufridos; el segundo, que aunque el hecho ocurriera realmente, ello no explica la emergencia del proceso neurótico. De esta manera, Freud empezó a realizar toda una revalorización de la fantasía, a la que denominó «teoría del fantasma» porque sus representaciones imaginarias albergan deseos y materiales inconscientes que se oponen al principio de realidad y permiten al sujeto una clase de desplazamiento parcial en la que ve expresados sus deseos. La teoría de la seducción se veía así sustituida por una nueva, la del «fantasma», que tuvo una consecuencia de gran calado: el planteamiento de

El primer objeto erótico del niño es el pecho materno que lo nutre.

Esquema del psicoanálisis

la existencia de una sexualidad infantil, lo que indujo al médico vienés a seguir avanzando en el análisis de un estrato inconsciente psíquico.

La verdad de lo fantaseado

Si esas escenas sexuales que aparecen en el relato del paciente no han ocurrido en realidad, queda claro que han sido fantaseadas, imaginadas. ¿Y esto qué significa? Esta manera de razonar, ¿no revela acaso una lógica distinta y bien peculiar? Con estas preguntas heterodoxas planteadas a contrapelo del discurso psicológico dominante, Freud abrió un espacio inédito para el estudio de la psique humana: a través de la fantasía, el discurso del paciente se torna «verdad» para el analista en el mismo momento que la realidad del referente (la escena sexual infantil) se manifiesta como falsa. Es entonces cuando entra en juego la noción, tan fundamental para la teoría psicoanalítica, de «fantasía»: se trata de algo que, aunque solo exista en el discurso del paciente, no en la realidad, conserva toda su capacidad de causa, su poder de generar patologías.

Como era de esperar, con esta primera teoría en torno a la sexualidad y su papel en el origen de las neurosis, Freud provocó un gran revuelo en su época y concitó todo tipo de críticas, tanto contra sus ideas como contra su propia persona. Y estas aun arreciaron mucho más cuando el médico se dispuso a ir más allá y derribar uno de los tabúes de la sociedad de su tiempo al subrayar la existencia de una sexualidad infantil, decisiva a la hora de forjar el comportamiento posterior de las patologías adultas. Hay que recordar que la ciencia psicológica anterior a Freud hacía coincidir el inicio de la vida sexual con la pubertad, juzgando como extraños

y anormales los signos de precocidad, y directamente como una degeneración las manifestaciones de sexualidad infantil. Al invertir el ángulo de visión, Freud conquistó un nuevo continente para el saber en el que fenómenos considerados con anterioridad singulares se revelaban como absolutamente regulares. Y no contento con eso, hizo coincidir el comienzo de la función sexual en el niño casi con el principio de su vida extrauterina. Lo más sorprendente, sin embargo, fue que esa sexualidad infantil integraba numerosos rasgos que, en caso de darse en adultos, habrían sido calificados como una pura «perversión» en virtud de los prejuicios morales puritanos vigentes entonces. Dicho en otras palabras, Freud amplió el concepto de lo sexual hasta hacer que abarcara mucho más que la simple genitalidad y la procreación. Gracias a él, la sexualidad se descubría como un universo nuevo, complejo y particularmente rico y perturbador. Paralelamente, el término latino *libido* sirvió a Freud para hacer referencia a una dimensión psíquica identificada en términos cuantitativos con la energía sexual del sujeto.

EL COMPLEJO DE EDIPO

Este descubrimiento de la sexualidad infantil llevó a Freud a investigar sobre una teoría que se convertiría en una de las piedras angulares del psicoanálisis. O, dicho en las propias palabras de su inventor, en «el complejo nodular de las neurosis y el elemento esencial del contenido de estas enfermedades». Se trata del complejo de Edipo. Tal es su trascendencia, que para Freud hay tres presupuestos capitales que debe aceptar en su totalidad cualquier psicoanalista que se precie: la hipótesis de la existencia de procesos psíquicos inconscientes; el reconocimiento de la teoría de la resisten-

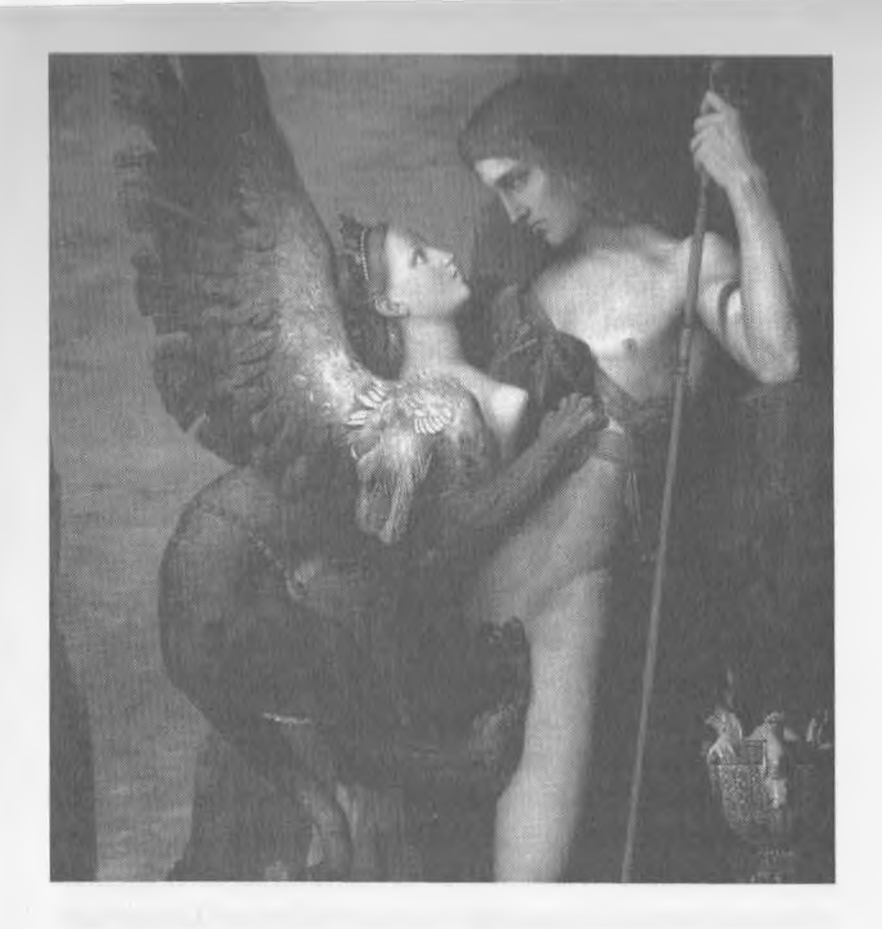
cia y de la represión, y la valoración de la sexualidad y del complejo de Edipo.

Como punto de partida de su planteamiento Freud tomó un viejo mito griego, inmortalizado por Sófocles en su tragedia *Edipo rey*, sobre un hombre que se casa con su madre después de matar a su padre. Para el médico vienés, lo fascinante de él radica en que cada uno de sus espectadores ha sido alguna vez, en germen y en su fantasía, una figura edípica, Freud el primero. Esa fue la conclusión a la que llegó a través del autoanálisis, como le explicó a Fliess en una carta: «He encontrado en mí sentimientos de amor hacia mi madre y de celos hacia mi padre, sentimientos que pienso son comunes a todos los niños pequeños». A lo que añadía que si *Edipo rey* sigue conmoviendo a un auditorio moderno es porque el destino de su protagonista «bien hubiera podido ser el nuestro, porque el oráculo emite la misma maldición sobre él y sobre nosotros». Todos, pues, somos Edipo.

El complejo de Edipo sucumbe a su propio fracaso, resultado de su imposibilidad interna.

La disolución del complejo de Edipo

Freud sostenía que todo niño, aproximadamente entre los dos y los cinco años, experimenta un fuerte deseo erótico por el progenitor del sexo opuesto, mientras que abriga al mismo tiempo un sentimiento de rivalidad y hostilidad frente al progenitor del mismo sexo, si bien de modo ambivalente, pues, en otro momento de su evolución habrá de identificarse precisamente con ese progenitor del mismo sexo. Esta situación triangular es a la postre un factor determinante en la configuración de la personalidad del individuo, y no solo eso, sino que juega un papel esencial en la estructuración definitiva de su vida erótica y, en esa medida, de sus posibles trastornos neuróticos. En este sentido, Freud entendía que el hombre «normal» es aquel que ha aprendido a vencer el



EDIPO, EL VENCEDOR DE LA ESFINGE

El complejo de Edipo toma su nombre de un mito griego. Inmortalizado por el trágico Sófocles, refiere que Edipo era hijo del rey de Tebas, Layo, quien, advertido por un oráculo de que el niño causaría su muerte, ordenó a un pastor que lo matara. Este, sin embargo, lo dio al rey de Corinto, quien lo educó como si fuera su hijo. Años más tarde, el oráculo profetizó a Edipo que mataría a su padre y desposaría a su madre. Horrorizado, decidió no volver a Corinto y marchar a Tebas. Pero por el camino topó con Layo, a quien mató tras una disputa. Ya en la ciudad, venció a la esfinge que la asolaba y desposó a la reina viuda, Yocasta, su madre. El oráculo se había cumplido. En la imagen, *Edipo y la esfinge*, del pintor simbolista Gustave Moreau.

complejo de Edipo, mientras que el neurótico es alguien que queda vinculado a él.

La asunción de la norma paterna y la represión de los deseos incestuosos son los factores que conducen a la resolución del complejo. Aunque es inevitable y del todo normal que el niño haga de sus padres los objetos de su primera elección erótica, su libido no debe permanecer fija en ellos, sino que en un siguiente estadio debe tomarlos únicamente como modelos para luego pasar a personas extrañas en la época de la definitiva elección del objeto sexual. El proceso paulatino por el cual el niño se desliga de sus padres se convierte así en un indispensable factor de su educación y maduración social. Este esquema marca la transición desde lo que Freud denominó el «principio del placer», correspondiente al placentero seno familiar, hasta el «principio de la realidad», esto es, la sociedad en general. Es un paso vital, pues señala el tránsito del incesto a las relaciones extrafamiliares. Dicho en otras palabras, de la naturaleza a la posición social dentro de la cultura y sus roles. De este modo se entiende que, para Freud, el complejo de Edipo sea algo así como el principio de la moralidad de la conciencia, de la ley y de todas las formas de autoridad social o religiosa. La prohibición real o imaginaria que ejerce el padre en relación con el incesto simboliza todas las autoridades superiores que aparecerán en la cultura. Por eso, al interiorizar o apropiarse de esta ley patriarcal, el niño comienza a formar lo que Freud denomina el Superyó, una voz interior, exigente y punitiva que incorpora las exigencias inevitables de vivir en sociedad.

Las ideas de Freud en torno al complejo de Edipo también tienen un importante sesgo antropológico. Un rasgo que distingue al ser humano del resto de los animales es que nace casi enteramente desvalido y dependiente, para sobrevivir, de los cuidados de sus progenitores. Esta singular de-

pendencia respecto a los padres no queda solo reducida a términos inmediatamente materiales o biológicos (alimentación, preservación contra el peligro, autoconservación, etc.), sino que, según Freud, entraña también una relación erótica en un sentido amplio. Así, por ejemplo, la boca del lactante no es solo el órgano de su supervivencia física, es también una zona erógena, de ahí que la relación entre niño y madre incorpore una nueva dimensión libidinal que va más allá del instinto biológico. Esta es la razón por la cual la sexualidad, para Freud, es en sí misma una «perversión», un alejamiento del instinto natural de la propia conservación biológica hacia otra meta.

Al hilo de estas ideas, también Freud desarrolló tesis no menos provocativas respecto a la primacía fálica y la envidia del pene. Aquí no puede por menos que aludirse a su polémica interpretación de lo femenino. Pensaba que, a tenor de la condición pasiva de la mujer, esta era un *dark continent*, un «continente oscuro», para la nueva psicología en ciernes. Muy al contrario de las doctrinas más progresistas de la época, Freud estaba convencido de que la patología femenina obedecía a su sentimiento de ser un hombre fracasado, y que la envidia fálica era la causa de algunos de los problemas femeninos. Esta creencia ha sido objeto de duras y merecidas críticas por parte del feminismo, aunque algunos expertos traten de explicarla enmarcándola en el contexto puritano del cambio de siglo, a la vez que remarcan la sensibilidad de escucha de Freud respecto a sus pacientes histéricas frente a los prejuicios extendidos entonces.

A la luz de lo dicho se aprecia que la concepción que tiene Freud de la sexualidad es mucho más amplia de lo que se cree habitualmente. Por «sexualidad» el médico vienés entendía todo aquello que tiene que ver con el goce y sus fuentes. De ahí la necesidad de distinguir los dominios de la sexualidad

y genitalidad, y de abordar la cuestión desde las sensaciones más primarias del niño en relación con su ambiente. Aquí Freud señaló varias fases: la etapa «oral», la «anal» y la «fálica». Si la primera se caracteriza fundamentalmente por centrar el placer en la boca, zona erógena por excelencia (el niño, chupando, conoce y goza del mundo), la segunda se presenta cuando la preocupación del niño y sus padres gira alrededor del ano. Es la etapa del control de los esfínteres. Una mala relación con esta etapa puede repercutir negativamente en conductas futuras, por ejemplo: estreñimiento, obsesiones, etc. Por último, en la etapa fálica, el placer se centra en los genitales. El niño empieza a sentir curiosidad por ellos y por la sexualidad en general, un hecho que no debe entenderse en absoluto como anormal. Es entonces también cuando emerge el interés por las diferencias sexuales.

Diferencia sexual y fetichismo

A la hora de seguir profundizando en la cuestión edípica de la diferencia sexual resulta importante acercarse al concepto freudiano de *Verleugnung* (traducido alternativamente como «desmentido», «denegación» o «renegación») y su relación con la temática sexual del fetichismo. Lo primero que debe señalarse de esta categoría es que, a diferencia, por ejemplo, de la represión, implica un tipo muy concreto de negación. Por un lado, se trata de la negación de una negación previa; por otro, es una negación relativa, por cuanto no suprime ni rechaza del todo lo que niega, sino que de algún modo lo conserva y lo transforma creativamente. Por esta ausencia de represión —aquí no hay conflicto entre lo consciente y lo inconsciente o, por decirlo con la nueva terminología que Freud dio a luz a partir de 1920, entre el Yo y el Ello—, la

Verleugnung es un tipo de defensa distinto de la neurosis. Ligado a la renegación, el modelo del fetichismo le permitió a Freud desarrollar sus ideas en torno al mecanismo general de las perversiones a la luz de la diferencia sexual. El modelo surgió como un intento de interrogarse por las razones por las que la «elección objetual» de algunos individuos está dominada por un fetiche. Según la hipótesis freudiana, la fijación fetichista nace de la especial negativa del niño a tomar conciencia de la ausencia del pene en la mujer, esto es, en la madre. Al partir de la premisa universal del falo, el niño no tiene más remedio que suspender la percepción de la diferencia sexual anatómica para defender este prejuicio y no doblegarse a la evidencia. «El fetiche es el sustituto del falo de la mujer (de la madre), en cuya existencia el niño pequeño creyó otrora y al cual —bien sabemos por qué— no quiere renunciar.»

Freud insiste en esto: la renegación es un desplazamiento de valor que tiene que ver con la resistencia a admitir la contradicción existente entre la observación y un prejuicio. El niño de sexo masculino aborda la percepción de lo real ya «acorazado» en un a priori muy discutible: «Todos los seres humanos tienen un pene». Más allá de las críticas que ha recibido este planteamiento desde la perspectiva feminista —¿por qué la ausencia femenina ha de producir esta ansiedad?—, el interés de esta interpretación reside en otro punto de vista. Freud reflexionó también sobre la cuestión de la diferencia, la alteridad o el límite que se impone a la subjetividad masculina. Es decir, esta presunta falta femenina solo tiene sentido desde la perspectiva del imaginario narcisista masculino.

La singular negativa —*re*-negación: negación de una negación previa— del niño a relacionarse con una realidad brutal que cuestiona su integridad y el conflicto surgido entre lo que ve (su límite, la falta, el agujero, la diferencia) y lo que quiere

(la unidad con el objeto sin perturbaciones) origina un curiosísimo desplazamiento de la voluntad: en virtud de tal movimiento que busca sobre todo evitar y prevenir una cierta decepción —a saber, el conflicto entre lo que ve en la realidad y lo que desea—, el niño tapa, oculta, el posible encuentro con ese abismático «agujero» que es la mujer concreta, deseando otra cosa que, esta vez sí, le conserva en su burbuja autosuficiente sin cuestionar su narcisismo. De ahí la función protésica, bloqueadora del trauma, del fetiche inorgánico.

El niño rehúsa darse por enterado de un hecho de su percepción, a saber, que la mujer no tiene pene.

Fetichismo

El fetiche es así la imagen o el sustituto —lógica metonímica, la parte por el todo— del supuesto falo femenino, es decir, un medio por el cual se reniega del hecho de que la mujer carece de pene. Por ello:

> Un fetichista elegirá como fetiche el último objeto que vio, siendo niño, antes de advertir la ausencia (el zapato, por ejemplo, para una mirada que asciende a partir del pie); y el retorno a ese objeto, a ese punto de partida, le permitiría preservar legalmente la existencia del órgano impugnado. Así pues, el fetiche no sería de ninguna manera un símbolo, sino una suerte de plano fijo y coagulado, una imagen congelada, una fotografía a la que volveríamos una y otra vez para conjurar las incómodas consecuencias del movimiento, los incómodos descubrimientos de una exploración: el fetiche representaría el último momento en el que todavía fuera posible creer…

¿Cuál es este escenario traumático en el que, de momento, el niño angustiado por la castración, rehúsa emplazarse, incluso a riesgo de escindirse entre lo que ve y lo que desea? Y en su huida de este escenario, ¿hacia qué nuevo teatro

desplazado, «aligerado», se dirige para blindarse y proteger su subjetividad agredida? ¿Cuál es el espacio conflictivo del que reniega y huye con objeto de seguir defendiendo y salvaguardando su sagrada e inmaculada armadura? ¿Qué fantasma o fantasía se ponen en liza para que no se desorganice su presunta integridad, amenazada por esa intrusión de lo real? Freud lo explicó así:

> En el conflicto entre el peso de la percepción ingrata y el poderío del deseo opuesto se llega a una transacción tal como solo es posible bajo el dominio de las leyes del pensamiento inconsciente, o sea, de los procesos primarios. En el mundo de la realidad psíquica la mujer conserva, en efecto, un pene, a pesar de todo, pero este pene ya no es el mismo que era antes. Otra cosa ha venido a ocupar su plaza, ha sido declarada, en cierto modo, su sucedánea, y es ahora heredera del interés que antes había estado dedicado al pene.

El deseo fetichista, por tanto, reniega imaginariamente de la experiencia perceptiva de lo real: «Quiero un objeto que te identifique, una parte de ti —metonimia— a fin de no tener que enfrentarme a tu total y obscena presencia». Es, pues, el despotismo del sujeto sobre la realidad, sobre lo otro. El niño, o el perverso, se aferra de este modo a sus privilegios uterinos como si fuera un rey que no quiere verse comprometido o descolocado con los cambios provocados por los acontecimientos.

Años más tarde, el psicoanalista Jacques Lacan (1901-1981) daría un paso más allá al identificar la «castración» con el orden simbólico representado por «el Padre». La castración equivale a la renuncia de ser «el Falo» —el objeto de deseo único— del Otro, la madre. Para que el drama edípico tenga lugar, el niño debe asumir la diferencia sexual posibilitada

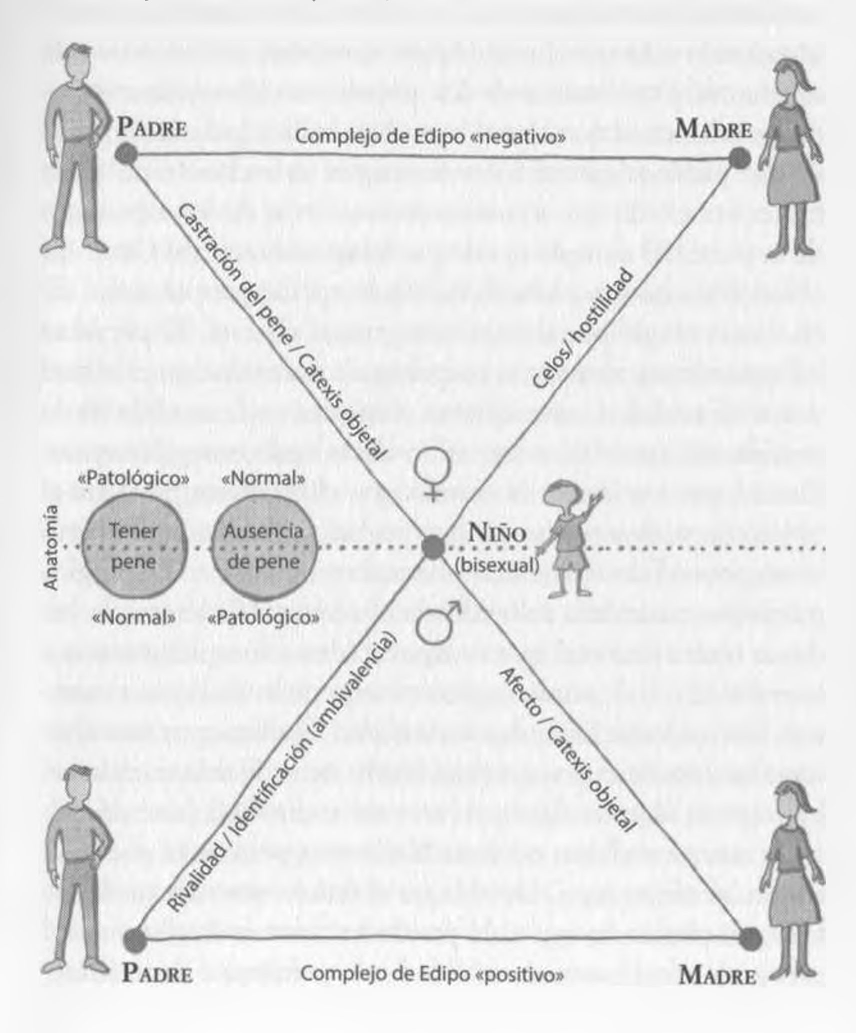
EL TRIÁNGULO DE EDIPO

Freud hizo del complejo de Edipo la base sobre la que se levanta toda la práctica clínica y terapéutica del psicoanálisis. No se trata, por tanto, de un complejo entre otros, sino de la propia lógica que estructura las relaciones y experiencias básicas por las cuales se llega a forjar la singular personalidad de cada uno de nosotros, así como los posibles trastornos y patologías. Es por ello un estadio decisivo en la vida de todo niño, indistintamente de su sexo. El hecho de que esta estructura edípica construya al «sujeto» no implica, sin embargo, ninguna determinación naturalista o biológica. Si el niño ha de alcanzar cierta maduración psíquica tiene que pasar por un proceso por el cual termine abandonando sus deseos incestuosos de fusión con la «madre» e interiorizando de alguna manera los mandatos del padre, o identificándose con él. Es lo que Freud denominaba la amenaza de la «castración», que no ha de entenderse como una advertencia paterna explícita, sino como una experiencia indirecta en virtud de la cual el niño percibe la diferencia con respecto al otro sexo al ver la carencia de pene de la niña. En el caso de esta, el complejo procede de otro modo mucho menos directo y Freud ha sido por ello muy cuestionado. Según él, al darse cuenta la niña de que es «inferior» dado que está «castrada», se aleja desilusionada de su madre, también «castrada», y alberga el proyecto, igualmente condenado al fracaso, de seducir a su padre.

El sometimiento a la ley del padre

Lo que le interesa a Freud es señalar el momento en el que el niño logra desapegarse del cuerpo de la madre, reprime sus deseos incestuosos y se somete a la «ley» del padre, esto es, se ajusta al principio de la realidad. Es entonces cuando el padre pasa a simbolizar un lugar, esa posibilidad de lo que él mismo podrá tomar y realizar en un futuro. En cambio, en el caso de que el niño no logre superar el complejo de Edipo adecuadamente, corre el riesgo de quedar sexualmente incapacitado para asumir el rol de padre. Según Freud, si coloca la imagen de su madre por encima de la de cualquier otra mujer puede acabar derivando hacia la homosexualidad. Este triángulo estructural (padre, madre y niño) se entiende

en virtud de su carácter relacional, pero también trágico: del mismo modo que la figura materna encarna la fuente de satisfacción de las necesidades del bebé (calor, cuidado, alimentación) y es, por tanto, el objeto básico de su deseo, el padre no puede sino aparecer como un obstáculo y un factor de competencia. No superar o resolver el complejo significa en cierto sentido quedar fijado neuróticamente a esa relación que impide que el niño no vea a su madre más que como objeto de deseo y a su padre como rival.



por la función simbólica del Padre. Este reconocimiento no narcisista tiene que ver con la socialización y el lenguaje. La presencia del Padre, simbolizada por el Falo, le indica al niño que debe ocupar un lugar en la familia. Es decir, esta función no solo señala que el niño no puede ser amante de su progenitora, sino también una ausencia: debe abandonar su fusión con el cuerpo de la madre. Solo así se entenderá como un sujeto constituido por sus relaciones de diferencia y semejanza con los otros sujetos que le rodean. Este paso del registro imaginario a lo que Lacan llamó el «orden simbólico» —la estructura preexistente de los papeles sociales y sexuales y de las relaciones que constituyen la familia y la sociedad— es lo que provoca que el niño se resigne al hecho de no tener nunca acceso directo a la alteridad, es decir, de ser expulsado de la posesión completa, aunque imaginaria, con el Otro. En el fetichista no hay rechazo de la percepción propiamente dicho, sino un desplazamiento imaginario de esta. El perverso no quiere naturalmente saciar ninguna necesidad en el objeto y ante la realidad, sino aplazar, demorar en la medida de lo posible esa traumática intrusión de lo real como diferencia. De ahí que sea inexacto afirmar que el fetichista persigue el objeto de su deseo a no ser que por tal se entienda un objeto «siempre en falta», que siempre está en otra parte. Esta lógica narcisista masculina solo aborda el objeto del deseo a la luz de un teatro artificial que se alza de forma complementaria a la realidad, un dominio suplementario de lo real que, cuanto más fascina, más disimula esta realidad. Se trata, por tanto, de una fascinación cuyo principal efecto no es fijar la mirada sobre ciertos objetos dignos de atención, sino más bien de volver a estos invisibles: no atrae hacia otra parte más que para disimular mejor aquí. De ahí que el fetiche sea una suerte de velo, un obstáculo que solo puede fascinar en la distancia al precio de empobrecer la realidad más próxima e inmediata.

UNA TERAPIA MÁS ALLÁ DE LA RACIONALIDAD

Si la práctica terapéutica tradicional se limitaba a combatir el mal y el error del sujeto paciente acudiendo a una explicación teórica, ahora, a partir de su innovadora concepción acerca de la determinación sexual humana, Freud exploró una vía diferente, una en la que las ilusiones de la mente no se combaten simplemente mostrando su verdad desnuda al paciente, sino construyendo, en la experiencia del análisis, una escena entre analista y analizado que permita al segundo comprenderse de otro modo. Lo que hizo el médico vienés fue aplicar a la psique humana el modelo del «sistema cerrado» del físico alemán Hermann von Helmholtz (1821-1894), según el cual en la naturaleza existe un equilibrio entre dos tipos de energías: una estática y otra potencial. De este modo, y a la luz de su experiencia clínica, Freud partió de la siguiente hipótesis: las patologías psíquicas tienen lugar cuando el fluir de una cantidad de energía psíquica se ve bloqueado, taponado o se fija en algunas zonas, lo que provoca fenómenos patológicos desplazados. En pocas palabras, los afectos que no se pueden descargar hacia el exterior se enquistan. Freud llegó así a la conclusión de que la terapia correcta no solo ha de consistir en proporcionar al paciente la conciencia del origen de sus males, sino también en eliminar esas presiones energéticas. El enfermo, por tanto, no sufre solo como consecuencia de una especie de ignorancia. Si fuera así, bastaría con poner fin a esta para lograr la curación. No, son las resistencias internas afectivas las que actúan como factor patológico y hacen que este surja y perdure en el tiempo. La labor de la terapia psicoanalítica debe consistir entonces en desbloquear estas resistencias afectivas y para ello la comunicación meramente intelectual de lo que el enfermo ignora por haberlo reprimido no es más que una de las prepara-

ciones necesarias para emprender la cura. Además, muchos neuróticos son personas que, incluso conociendo bien su patología, persisten en ella porque sacan un beneficio de la misma, entendiendo aquí «beneficio» como esa satisfacción directa o indirecta que el sujeto obtiene de aquello que padece y que le permite, por ejemplo, modificar favorablemente las relaciones con el ambiente que le rodea.

Por otra parte, si el conocimiento de lo inconsciente fuera tan importante como se supone habitualmente, los enfermos se curarían por sí mismos solo con leer unos cuantos libros o asistir a algunas conferencias sobre el tema. Pero, como señalaba Freud, semejantes medidas ejercen sobre los síntomas patológicos nerviosos «la misma influencia que sobre el hambre, en tiempos de escasez, una distribución general de menús bellamente impresos en cartulina». Esta comparación puede llevarse aún más lejos, pues la comunicación de lo inconsciente al enfermo tiene casi siempre como consecuencia no un alivio inmediato, sino una agudización de su conflicto y una agravación de sus dolencias. Este paso, desde luego, modificó el escenario de la terapia tradicional. Desde un punto de vista terapéutico, no hay reciprocidad entre médico y paciente, toda vez que el primero sabe cosas que el segundo ignora y no quiere saber, mientras que, desde el punto de vista del análisis, el médico pasa de largo ante la intención subjetiva del paciente en lo que dice. Es decir, no está obligado a respetar el contenido «manifiesto» o superficial. A la vista de este desnivel, el éxito de la interpretación es fruto de un arduo trabajo experimental. El trabajo del análisis queda dividido entre médico y paciente, de forma que el primero reconstruye lo olvidado a partir de textos defectuosos del segundo, a partir de sus sueños, asociaciones y repeticiones, mientras que este recuerda estimulado por las construcciones adelantadas hipotéticamente por el analista.

No conviene tampoco perder de vista un aspecto que, ya a principios del siglo XX, Freud consideró tan importante como para hacerlo explícito teóricamente: el vínculo afectivo que se desarrolla entre el paciente y el analista. Es lo que él llamó «transferencia»: el proceso por el cual un sujeto transfiere afectivamente, de manera inconsciente, o revive antiguos sentimientos y relaciones a través de nuevos lazos. Si este fenómeno es importante para la cura analítica es porque hace aflorar las dinámicas afectivas sepultadas. El enfermo transfiere al analista la carga emotiva que en el pasado tuvieron otras personas, como los padres, por lo que escenifica ante él, enamorándose o tratándole con hostilidad, los conflictos vividos en el pasado.

En lo inconsciente, todos estamos convencidos de nuestra inmortalidad.

La guerra y la muerte

DUELO Y MELANCOLÍA

El 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero del trono imperial, fue asesinado en la ciudad bosnia de Sarajevo. Ese mismo día, tan pronto como supo la noticia, Freud escribió a su colaborador Sándor Ferenczi: «Estoy escribiendo bajo la impresión del impacto del increíble asesinato de Sarajevo, cuyas consecuencias son imprevisibles». O no tanto, pues el 23 de julio de ese mismo año el Imperio austrohúngaro envió un ultimátum a Serbia, a la que consideraba la instigadora del fatal magnicidio cometido por el estudiante bosnio Gavrilo Princip. Pocos días después, Viena declaró la guerra y bombardeó Belgrado. Había estallado la Primera Guerra Mundial, el conflicto más devastador vivido por la humanidad hasta esa fecha. Para entonces, Freud era ya un médico famoso a nivel internacio-



En septiembre de 1911, la ciudad alemana de Weimar acogió la celebración del tercer Congreso Internacional de Psicoanálisis. Aunque fue un éxito y, según el propio Freud, «superó a los precedentes en armonía e interés científico», en él no participó ya Alfred Adler. Fue la primera disensión del movimiento psicoanalítico. En la imagen, los participantes del congreso, con Freud en el centro; a su izquierda, Carl Gustav Jung, quien presidió las sesiones.

nal, cuyas ideas, a pesar de que seguían suscitando denodada resistencia en los sectores más puritanos y conservadores, interesaban a un público cada vez más amplio. Podía decirse que el psicoanálisis había triunfado y que incluso empezaba a emprender una vida propia más allá de su creador, pues poco antes del estallido de ese conflicto bélico, en 1911, uno de sus miembros más importantes, Alfred Adler, se dio de baja de la Asociación Psicoanalítica de Viena por discrepancias con Freud. Y ese mismo año de 1914 lo haría el suizo Carl Gustav Jung (1875-1961), quien hasta entonces había sido uno de sus más fieles colaboradores.

El primero de estos «desertores» de la causa psicoanalítica, Adler, era un psiquiatra más atraído por el socialismo y la calidad revolucionaria del psicoanálisis que por las virtudes terapéuticas de la disciplina. La insistencia en acentuar la importancia del contexto social y de la estructura familiar en la psique, así como su cuestionamiento de la etiología sexual de la neurosis y la definición de esta como la simple expresión patológica de un complejo de inferioridad, fueron algunos de los puntos que contribuyeron a su distanciamiento del autor de *La interpretación de los sueños*. En cuanto a Jung, Freud lo había considerado su sucesor natural, su «hijo y heredero». Incluso había barajado en 1910 su nombramiento como presidente vitalicio de la Asociación Internacional Psicoanalítica, pero las divergencias teóricas y personales acabaron con esa relación. Tras la ruptura, Jung denominó su propia doctrina «psicología analítica» y luego «psicología compleja», para distinguirla incluso a nivel de nombre del psicoanálisis freudiano. Cuestionando, como Adler, la idea de que la génesis de la histeria es predominantemente sexual, el suizo subestimó la relevancia explicativa de la libido en las tesis del maestro vienés y centró su investigación en los arquetipos del inconsciente colectivo. De ahí

que sostuviera la existencia de estructuras arcaicas comunes a todas las culturas y épocas, estructuras que se manifiestan en los sueños, los mitos y las religiones.

Si para Freud, la separación de Adler fue vista con cierto alivio, dado que la relación se había convertido en una fuente de problemas y disgustos, la ruptura con Jung fue dolorosa, pues los lazos que había establecido con él eran mucho más profundos, tanto a nivel científico como personal. Aun así, se repuso a ella, no sin advertir que esa defección sería convenientemente aprovechada por los enemigos del psicoanálisis, como confesó en una carta a Jones:

> Es posible que estemos sobreestimando a Jung y lo que puede realizar en el futuro. Se está colocando en una posición que no le favorece ante el público al volverse contra mí, es decir, contra su propio pasado. Lo que yo preveo no es un éxito inmediato sino una incesante lucha. Todo aquel que prometa a la humanidad liberarla de las dificultades de lo sexual será aclamado como un héroe, cualesquiera que sean las tonterías que se le ocurra decir.

No se equivocaba: el suizo fue de inmediato considerado como el representante de un psicoanálisis «sano», en el sentido de que estaba libre de las obscenidades sexuales que caracterizaban el original de Freud.

El enigma del duelo

Tras la ruptura con Jung, Freud siguió adelante con sus investigaciones. Inevitablemente, estas se acabaron viendo influidas por el clima bélico que se respiraba en una Viena en la que el fervor patriótico fue cediendo paso, a medida que

pasaban los meses y la guerra se eternizaba, al dolor, la rabia y la desesperación ante las cada vez mayores pérdidas en vidas humanas.

En 1915, un año después del comienzo de la Gran Guerra, Freud escribió al respecto un artículo titulado *La guerra y la muerte*, en el que realizó una primera aproximación a un problema de gran importancia psicoanalítica para comprender la dinámica subjetiva en la relación entre el yo y el otro. Ese problema era el del duelo. Ciertamente, la circunstancia de la guerra planteaba la cuestión de la alteridad de forma acuciante, toda vez que el otro aparecía en ese momento fundamentalmente como enemigo. En las páginas de ese texto, Freud sostiene que si bien los seres humanos no pueden pensar en la propia muerte —en el ámbito inconsciente están persuadidos de su inmortalidad—, en cambio se acomodan muy bien a la muerte del enemigo, pues significa el aniquilamiento de lo que se odia. Sin embargo, la genuina problemática del duelo surge cuando se ve morir a alguien próximo. Cuando muere un amigo o un hijo es como si muriera ese yo mismo que hasta ese momento no quería saber nada de la muerte.

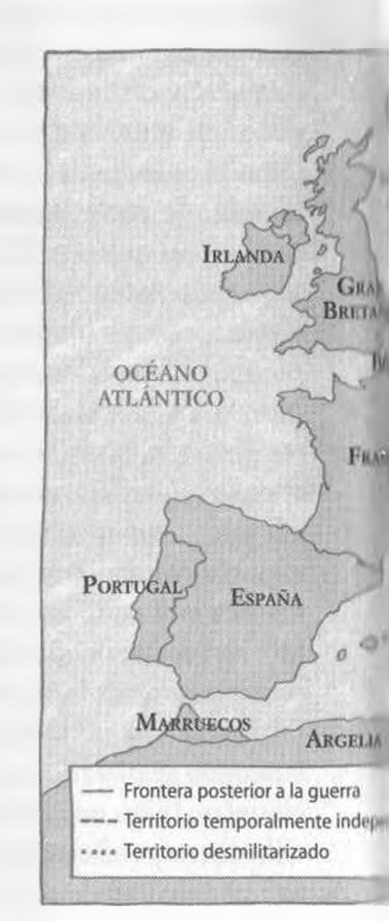
El duelo por la pérdida de algo que se ha amado o admirado parece al hombre normal tan natural que lo considera obvio. Pero para el psicólogo, reflexionaba Freud, el duelo es un «gran enigma, uno de aquellos fenómenos que uno no explica en sí mismos, pero a los cuales reconduce otras cosas oscuras». Y añade: «La libido se aferra a sus objetos y no quiere abandonar los perdidos aunque el sustituto ya esté aguardando. Eso, entonces, es el duelo».

¿Cuándo se logra pasar con éxito un duelo? En un texto posterior, *Duelo y melancolía*, publicado en 1917, cuando todavía la Primera Guerra Mundial seguía incendiando Europa, Freud sugirió que el duelo exitoso es aquel capaz

de sustituir un objeto por otro, si bien luego pensó que una tarea esencial del mismo duelo, originalmente asociada con la melancolía, es la «introyección», un concepto freudiano que hace referencia al proceso de defensa psíquico por el cual una persona incorpora elementos de la personalidad de otra. La primera esperanza de Freud de que el lazo con un objeto podría deshacerse y luego rehacerse nuevamente implicaba, no sin un cierto optimismo, la posibilidad de un intercambio libidinal de objetos. Para el médico, el duelo, por tanto, no implica solo pérdida y sustitución, sino más bien desasimiento, renuncia y libido liberada para encontrar otros objetos «tanto o más apreciables». De ahí la distinción entre duelo y melancolía. Como escribió: «En el duelo, el mundo aparece desierto y empobrecido ante los ojos del sujeto. En la melancolía, es el yo lo que ofrece estos rasgos a la consideración del paciente». Lo que el médico percibió es que el melancólico «se caracteriza psíquicamente por un estado de ánimo profundamente doloroso». Es alguien que ya no se interesa por el mundo exterior, que pierde la capacidad de amar y que se repliega sobre sí. Asimismo, en la melancolía hay un rasgo que no está presente en el duelo, pues se encuentra una «cruel denigración de sí del yo, unida a una implacable autocrítica y unos amargos autorreproches» en los que se manifiesta una «delirante expectativa de castigo». Esta «perturbación de la autoestima» es lo propio del estado de melancolía. El duelo continúa hasta que la «prueba de realidad» evidencia la objetiva desaparición del ser amado. En el duelo, por lo tanto, se evidencia una pérdida en el objeto, mientras que en el melancólico se produce, además, una pérdida de su yo. Lo que el melancólico no puede hacer es desligarse subjetivamente del objeto perdido para poder renunciar a él cuando objetivamente ya no está.

LA GUERRA QUE CAMBIÓ EUROPA

El 11 de noviembre de 1918, la Gran Guerra que desde cuatro años antes llenaba Europa de sangre y destrucción llegó a su fin. Y lo hizo con la victoria del bando aliado, integrado, entre otros, por democracias como Francia y Gran Bretaña, que impusieron unas draconianas condiciones a los vencidos Imperio alemán e Imperio austrohúngaro. A tal extremo, que la firma en 1919 del Tratado de Versalles trajo consigo un nuevo mapa del continente. Para el Imperio austrohúngaro fue el fin: la derrota favoreció que las tensiones entre las comunidades nacionales que lo componían estallaran y dieran lugar a Estados nuevos, como Hungría o Checoslovaquia, donde, con el nombre de Príbor, quedó integrada la Freiberg in Mähren en la que Freud había venido al mundo en 1856. Otras regiones fueron absorbidas por Polonia, Rumania y Yugoslavia. Por su parte, la imperial y orgullosa Viena quedó reducida a capital de una nueva república, Austria, después de que los Habsburgo, la dinastía que había regido el país desde 1278, fueran expulsados por una revolución.



Revoluciones y crisis

La monarquía también fue derrocada en el Imperio alemán. Surgió así la llamada República de Weimar, cuya crónica crisis social, política y económica fue una de las causas del surgimiento y triunfo del nazismo. Pero los cambios no solo afectaban al bando de los derrotados: en el de los aliados, antes incluso de que acabara la guerra, en 1917, una revolución acabó con el gobierno de los zares. Había nacido la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Pocos años después, en 1922 y en Italia, Benito Mussolini se hizo

con el poder e impuso un régimen fascista. Freud, quien hasta entonces apenas había mostrado interés por saber qué pasaba fuera de Viena, ahora asistía a todos estos cambios con preocupación, tanto por la suerte de sus amigos y colaboradores como por el propio futuro del psicoanálisis. Podía estar tranquilo al respecto: a pesar de descalificaciones como las del médico alemán Alfred Hoche, que lo tildaba de «inadmisible esfuerzo místico oculto bajo un velo científico», el psicoanálisis se abría camino con fuerza en esta nueva Europa, incluso en países hasta hacía muy poco «enemigos» como Gran Bretaña, donde en 1919 se fundó la Sociedad Psicoanalítica Británica.



Un punto interesante en esta reflexión de Freud es el que señala que el carácter patológico de la melancolía radica en que el yo, en ese estado melancólico no «normal», se escinde: una parte del yo «arroja su furia» contra la otra; hay desagrado moral de la parte castigadora de la conciencia hacia la parte castigada (afectada por la introyección). El melancólico produce una identificación inconsciente con el objeto perdido y es a él a quien hace reproches. Freud recuerda que cuando se pierde a alguien, no siempre se sabe lo que se ha perdido en esa persona, de modo que cuando uno experimenta una pérdida, también se enfrenta con algo enigmático. Con esto tal vez se puede empezar a abordar la diferencia entre el duelo y la melancolía con más precisión. Una vez que se reconoce que algo enigmático se esconde en la pérdida, si el duelo supone saber qué es lo que uno ha perdido, la melancolía originalmente significa, en cierta medida, no saberlo. En la melancolía, por tanto, el luto se mantiene, en su dimensión enigmática, por una experiencia de no saber incitada por la pérdida de lo que uno no puede conocer completamente.

Freud habla del «total descalabro» cuando se pierde a una de esas personas que nos son próximas: «Sepultamos con él nuestras esperanzas, nuestras demandas, nuestros goces; no nos dejamos consolar y nos negamos a sustituir al que perdimos. Nos portamos entonces como una suerte de Asra, de esos que "mueren cuando mueren aquellos a quienes aman"». El hecho de que Freud haga alusión en otras partes de su obra al poema *El Asra* de Heinrich Heine (1797-1856) no es baladí: en él se trata de una tribu árabe cuyos miembros no podían menos de extinguirse de inmediato o languidecer hasta la muerte cuando desaparecía aquello que amaban o daba sentido a sus vidas. El «descalabro» del duelo, según Freud, radica en que, para el inconsciente, se presenta un

caso en que dos actitudes contrapuestas frente a la muerte chocan y entran en conflicto: una que la admite como aniquilación de la vida y otra que la desmiente como irreal. Estos seres queridos son, por un lado, una propiedad interior, componentes del propio yo, pero por el otro, también son en parte extraños y aun enemigos. De ahí que no haya pérdida que no suscite conflicto y ambivalencia afectiva.

CAPÍTULO 3

EL CONFLICTO EN EL MAPA PSÍQUICO HUMANO: LAS PULSIONES

Tras la Primera Guerra Mundial, Freud centró su interés en el problema de la pujanza e intensidad de los afanes agresivos y autodestructivos del hombre. Fueron años de replanteamientos de algunas de sus teorías, entre ellas la del inconsciente, lo que dio lugar a una nueva topología de la psique humana.

Cuando en el año 1914 estalló la Primera Guerra Mundial, Freud no mantuvo, en un principio, una posición explícita en contra del conflicto. Aunque, por supuesto, le preocupaba el desenlace del mismo por la suerte que pudieran correr sus familiares —sus tres hijos varones fueron alistados en el ejército austríaco—, por el deterioro de sus propias condiciones de vida y no menos por el futuro del movimiento psicoanalítico en este escenario convulso, su ánimo no fue el de un hombre pacifista, sino el de alguien más bien comprensivo ante los acontecimientos. Solo el inédito despliegue de devastadoras fuerzas y avances técnicos contra hombres y patrimonio cultural le llevó a modificar esa posición inicial. Ya en 1915, en el artículo *La guerra y la muerte*, escribió:

> La guerra, en la que no queríamos creer, estalló y trajo consigo una terrible decepción. No es tan solo más sangrienta y más mortífera que ninguna de las pasadas, a causa del perfeccionamiento de las armas de ataque y defensa, sino también tan cruel, tan enconada y tan sin cuartel, por lo menos,

como cualquiera de ellas. Infringe todas las limitaciones a las que los pueblos se obligaron en tiempos de paz (el llamado derecho internacional) y no reconoce ni los privilegios del herido y del médico, ni la diferencia entre los núcleos combatientes y pacíficos de la población, ni la propiedad privada. Derriba, con ciega cólera, cuanto le sale al paso, como si después de ella no hubiera ya de existir futuro alguno ni paz entre los hombres.

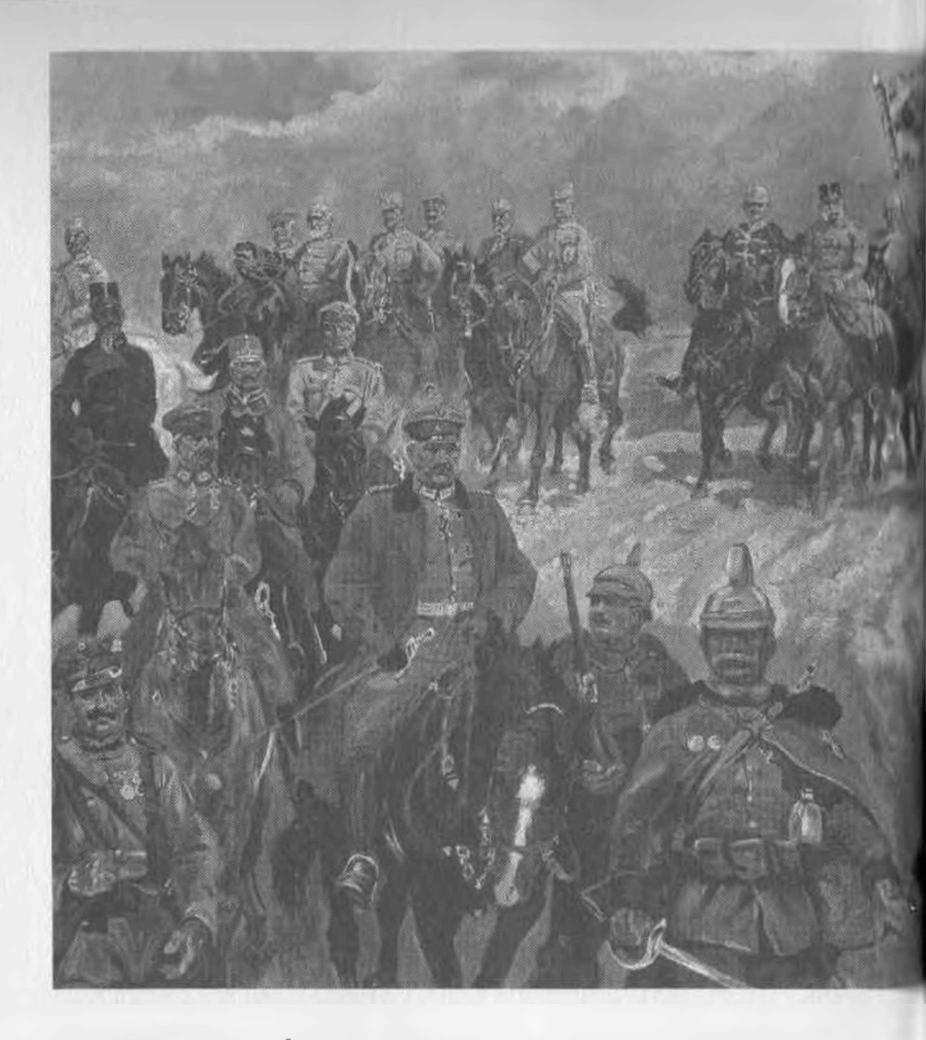
Su decepción era palpable, y no menos su encono ante un Estado que «se permite todas las injusticias y todas las violencias». En mayo de 1919, una vez acabada la contienda, Freud rememoró aquel tiempo en una carta a su discípulo y primer biógrafo Ernest Jones:

No recuerdo época de mi vida en que mi horizonte se mostrara tan negro, o en todo caso si lo hubo, yo era más joven y no me sentía oprimido por los achaques del comienzo de la vejez [...] Cuando nos encontremos, usted verá que me siento inconmovible aún y listo para cualquier emergencia, pero esto solo en el plano del sentimiento, porque mi razonamiento se inclina más bien al pesimismo [...] Estamos pasando una mala época, pero la ciencia tiene el ingente deber de enderezarnos la nuca.

Si los años de guerra fueron difíciles para Freud, no lo fueron menos los de la posguerra, sobre todo en lo personal. El año 1920 le asestó dos duros golpes. El primero fue la muerte de Anton von Freund, un rico industrial húngaro que, después de haber sido paciente suyo, se convirtió en su amigo y en una figura particularmente importante en la difusión internacional del psicoanálisis, pues suyo fue el dinero que permitió fundar la revista *Internationale Psychoanalytische*

Vereinigung («Asociación Internacional Psicoanalítica»). Von Freund murió el 20 de enero. Apenas enterrado su amigo, Freud recibió la noticia del fallecimiento de su hija Sophie, víctima de la epidemia de gripe española que asolaba Europa. Tenía veintiséis años. Inevitablemente, las ideas del padre del psicoanálisis acerca de la «pulsión de muerte» fueron en buena medida fruto de su dolor personal por el duelo de su hija, y consecuencia del nuevo clima surgido tras la guerra.

En los comienzos de la teoría psicoanalítica Freud partía de la hipótesis de que la orientación de los procesos mentales era automáticamente regulada por el principio del placer, esto es, una función del aparato mental cuya finalidad, en la medida de lo posible, es la de evitar el displacer y procurar el placer a través de una suerte de armonía energética. Sin embargo, a la luz de determinadas experiencias como, por ejemplo, las de los soldados que, a su regreso del frente, repetían sus traumas como si estuvieran «fijados» a ellos, o las de los pacientes que volvían insistentemente a reproducir situaciones molestas y desagradables, el médico modificó su punto de vista. A partir de estos casos, Freud concluyó que el dominio del principio del placer, entendido como principio de constancia, no se halla en la base de todo el funcionamiento mental. Lo que hay en el aparato psíquico es una tendencia, muy fuerte pero tendencia al fin y al cabo, hacia el principio del placer. El dominio, pues, cede su plaza a la tendencia. Pero Freud no se quedó aquí, sino que llamó la atención también sobre algo que se encuentra *más allá* del principio del placer y que es también muy relevante: es lo que denominó «pulsión de muerte». Freud se vio obligado a plantear este *más allá* a partir de hechos clínicos regidos por una compulsión inconsciente a la repetición, por la que el individuo tiende a reproducir experiencias antiguas de displacer y dolor, sin conciencia de estar sometido a tal repetición.



LA GUERRA, TRÁGICO DESTINO DE LOS HOMBRES

El 30 de julio de 1932, cuando apenas habían transcurrido catorce años del fin de la mortífera Primera Guerra Mundial, el físico Albert Einstein invitó a Freud, «como amigo de la Humanidad», a expresar su opinión sobre la siguiente pregunta: ¿qué podría hacerse para evitar a los hombres el destino de la guerra? El padre del psicoanálisis respondió con una carta en la que, tras reconocer su propio talante pacifista, desestimaba todo humanismo ingenuo, pues la violencia y el poder van siempre de la mano. «Por paradójico que



suene —afirmaba— habría que confesar que la guerra no sería un medio inapropiado para establecer la anhelada "paz eterna", ya que es capaz de crear unidades mayores dentro de las cuales una poderosa violencia central vuelve imposibles ulteriores guerras.» Es decir, solo reconociendo la realidad trágica del hombre puede buscarse una futura solución de derecho (la «unión de los débiles»). En la imagen, pintura que representa a las monarquías prusiana y austriaca, y sus comandantes durante la Gran Guerra.

La primera teoría de las pulsiones de Freud databa del mismo año del inicio de la guerra, 1914, y reconocía la dicotomía entre pulsión sexual y pulsión de autoconservación o del yo, la primera regida por el principio de placer y la segunda por el de realidad. Según ellas, el amor y el hambre, o la sexualidad y la conservación, serían los auténticos motores del comportamiento humano. Pero el propio Freud acabó advirtiendo la inutilidad de este esquema, por lo que lo reformuló posteriormente, algo usual en una trayectoria que si por algo se caracterizó fue por el reajuste constante de sus ideas e hipótesis iniciales. No hay, sin embargo, que confundir «pulsión» con «instinto», pues el médico vienés entendía este último como un tipo de comportamiento animal que varía poco de un individuo a otro y que parece responder a una finalidad dada. Cuando Freud habla de instinto (*Instinkt*), pues, lo hace para referirse a un comportamiento fijado hereditariamente y característico de la especie. En cambio, el concepto de pulsión subraya la idea de que la energía sexual existe al principio en un estado plástico, «polimorfo», que tiende sobre todo a suprimir la tensión a nivel corporal. De ahí que Freud planteara primero una gran oposición fundamental, la existente entre el «amor» y el «hambre», y más tarde hiciera entrar en el proceso el «amor» y la «discordia».

Con la guerra como telón de fondo, Freud postuló explícitamente la existencia, más allá del principio del placer, de unas tendencias humanas autodestructivas. De este modo, revisó su planteamiento inicial en torno a la pulsión y trató de explicar cualquier tipo de violencia y agresión, guerras incluidas, en función de dichas tendencias. El problema que se le presentaba era la imposibilidad de explicar los comportamientos destructivos del ser humano desde una mera pulsión orientada a la autoconservación. Para solucionar el problema, Freud entendió que las pulsiones de vida, pro-

ducto de la integración de las tendencias sexuales y de autoconservación o del yo, no debían ser separadas sino complementadas con las pulsiones agresivas detectadas a raíz del devastador conflicto bélico. A partir de las experiencias observadas en él cobraron relieve aspectos que el psicoanálisis no había tenido en consideración hasta ese momento, como son el odio y la agresividad. De hecho, una de las ideas más controvertidas de Freud fue la distinción entre el «principio de Eros», así llamado en referencia al dios griego del amor y la atracción sexual, y el «principio de destrucción». Poco a poco, el padre del psicoanálisis apreció que los afanes agresivos y autodestructivos en el hombre tienden compulsivamente a la repetición y parecen independientes de su sexualidad. De ese modo llegó a la conclusión de que Eros tiene que ver con la libido, la sexualidad y la tendencia a formar unidades afectivas complejas, mientras que el principio de destrucción está relacionado con un impulso de agresividad por el cual el individuo se dirige contra sí mismo. Para llegar a este punto, Freud partió de lo que llamaba el «principio Nirvana», a saber, la tesis de que la ley que rige el aparato psíquico tiende a reducir en la medida de lo posible la tensión o la excitación, incluso hasta el punto de llegar a un estado cero, en el que se basa el principio de muerte.

Un instinto no puede devenir nunca objeto de la conciencia, solo la idea que lo representa.

Metapsicología

En la última fase de su vida, Freud pareció contemplar al género humano dominado por una aterradora pulsión hacia la muerte, una suerte de masoquismo primario que el Yo termina desarrollando sobre sí mismo tras debatirse en un continuo esfuerzo para superar sus frustraciones y las demandas incesantes del Superyó. De ahí que la meta final de la vida sea, en cierto sentido, la muerte, un retorno a un estado go-

zosamente inanimado donde el Yo ya no puede ser herido. Y de ahí también la trágica contradicción de la vida humana: la pulsión sexual de Eros, siendo la fuerza que construye la historia, acaba dominada por la de destrucción, por el impulso hacia la muerte. El ser humano lucha por avanzar hacia delante, pero, en algún sentido, constantemente es empujado hacia atrás, impelido a volver a un estado en que aún no era consciente.

LA NUEVA CARTOGRAFÍA DEL INCONSCIENTE

Con Freud, el problema del inconsciente pasó a ser objeto fundamental de la nueva ciencia psicológica, si bien esta dimensión ya había sido advertida en la literatura del romanticismo alemán y por filósofos de la misma área como Friedrich Schelling (1775-1854), Arthur Schopenhauer o Friedrich Nietzsche, pioneros en señalar cómo la ciudadela del yo se hallaba asediada por fuerzas inconscientes que debían ser oportunamente tenidas en cuenta. No obstante, esta nueva organización de la vida mental, en la que aparece el problema inédito de las relaciones entre lo consciente y lo inconsciente, desbordaba los límites de la filosofía y la psicología de la época y del pasado, para las que conciencia y psiquismo eran prácticamente sinónimos. Baste recordar, por ejemplo, en qué medida para pensadores racionalistas como René Descartes (1596-1650) este seguro recinto de la conciencia, por su transparencia y accesibilidad, ofrecía los criterios adecuados para cimentar la arquitectura de la razón. Freud, en cambio, puso las bases de otra descripción de la psique humana, una de tipo plural, más dramática y dinámica.

Los esfuerzos de Freud por comprender el Yo como espacio de conflicto de fuerzas o tendencias opuestas y por

desvelar otra lógica —la del inconsciente— que se manifiesta en los efectos excluidos y marginados por la concepción de la racionalidad clásica le llevaron a plantear un diálogo crítico con la filosofía tradicional. Antes que nada, conviene reparar en el hecho de que la lógica del inconsciente es refractaria a la lógica propia de la memoria y del tiempo lineal y acumulativo de la racionalidad. El tiempo de la repetición que aparece en la lógica del inconsciente conduce a otra comprensión del tiempo y la historia, una en la que el pasado se presenta siempre como sepultado y perdido, o como un presente indiferenciado. Es por eso que sus efectos no son controlables por el Yo. De ahí que el trabajo de análisis, según Freud, consista en liberar el fragmento de la verdad histórica de sus deformaciones interesadas desde la realidad presente y en devolverlo al punto del pasado al cual propiamente pertenece.

El Yo es destronado

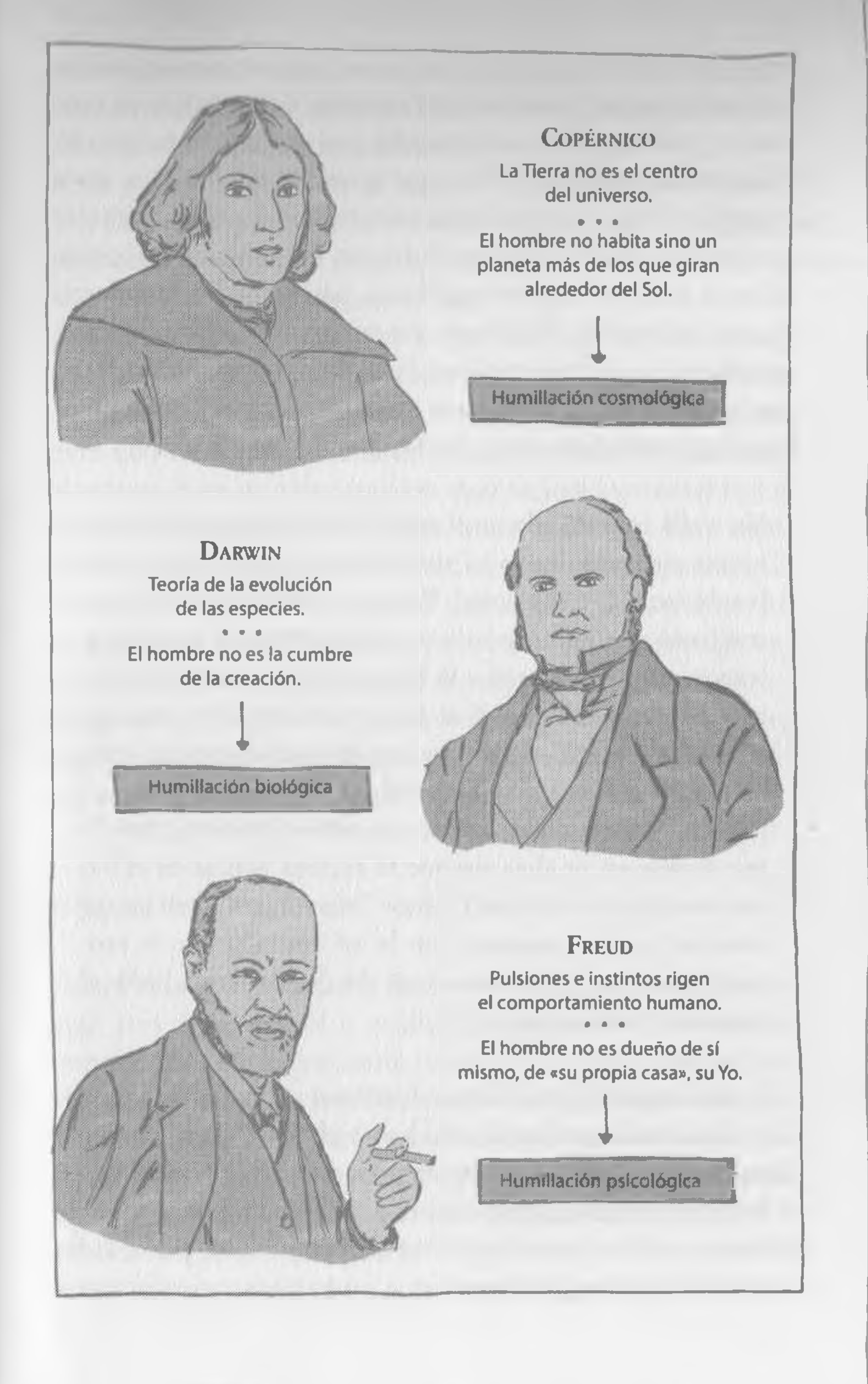
En Freud hay una voluntad de realismo ilustrado que merece ser tenida en cuenta. Ante su mirada, el Yo emerge como desde un campo de batalla en el que la ley y el deseo libran una incesante guerra, siempre provisionalmente detenida, no obstante, por alianzas inestables y frágiles. Este Yo en ocasiones se siente a disgusto, pues tropieza con limitaciones de su poder dentro de su propia casa, dentro de su propia alma, descubriendo ideas que no se sabe de dónde vienen, sin que le sea tampoco posible rechazarlas. «Tales huéspedes indeseables —dice Freud— parecen incluso ser más poderosos que los sometidos al Yo, resisten a todos los medios coercitivos de la voluntad, y permanecen impertérritos ante la contradicción lógica y ante el testimonio, contrario a la

LAS TRES HUMILLACIONES DEL EGOÍSMO HUMANO

Freud era muy consciente de que el destronamiento que había llevado a cabo del Yo suponía asestar un duro golpe al orgullo del ser humano, que ni podía ser rey en su propia casa. En realidad, el vienés no había sido el primero en advertir la crisis del Yo. Antes que él, el poeta francés Arthur Rimbaud ya había declarado en fecha tan temprana como 1871, en sus *Cartas del vidente*, que «Yo es otro». Y algo similar insinuaban las criaturas pintadas por Gustav Klimt y otros artistas de la *Secession* vienesa, seres que parecen guiados más por pulsiones incontrolables que por una personalidad definida. Sin embargo, fue Freud el que expresó negro sobre blanco esa nueva y devastadora realidad o, para decirlo en sus propias palabras, esa «afrenta narcisista», la tercera y posiblemente más dolorosa infligida por la ciencia al amor propio de la humanidad a lo largo de la historia.

El destronado rey del universo

Fue en un texto de 1916, titulado *Una dificultad del psicoanálisis*, donde Freud expuso su planteamiento acerca de las tres humillaciones experimentadas por el hombre. La primera de ellas, la cosmológica, tuvo como protagonista al astrónomo Nicolás Copérnico, quien en el siglo XVI demostró que la Tierra gira alrededor del Sol y, por tanto, no ocupa el centro del universo. Al ser su hogar un planeta como cualquier otro, los hombres no podían sentirse ya como los dueños y señores del mundo. La segunda ofensa es la biológica y vino de la mano del naturalista Charles Darwin. Si a lo largo de su historia el hombre se había considerado el soberano absoluto de todos los seres que pueblan la Tierra, la teoría de la evolución demostraba que en realidad «no es nada distinto del animal ni tampoco algo mejor que él», sino que procede de la escala zoológica y está emparentado en mayor o menor grado con otras especies. La última humillación es la psicoanalítica: una vez que el hombre fue despojado de su puesto en el centro del universo y de su supremacía respecto al animal irracional, descubrió que tampoco es soberano de su propia alma, pues esta «no es algo simple, sino más bien una jerarquía de instancias, una confusión de impulsos» muchos de los cuales son inconscientes y, por tanto, escapan al control racional. En suma, al Yo.


Copérnico
La Tierra no es el centro
del universo.
• • •
El hombre no habita sino un
planeta más de los que giran
alrededor del Sol.
Humillación cosmológica
Darwin
Teoría de la evolución
de las especies.
• • •
El hombre no es la cumbre
de la creación.
Humillación biológica
Freud
Pulsiones e instintos rigen
el comportamiento humano.
• • •
El hombre no es dueño de sí
mismo, de «su propia casa», su Yo.
Humillación psicológica

realidad.» El Yo entonces se dice a sí mismo que aquello es una enfermedad, una invasión externa, e intensifica su vigilancia; pero sigue sin comprender por qué se siente tan singularmente paralizado. Hay que tener en cuenta que, en la época de Freud, la psicología convencional negaba sin ningún género de dudas que se hubieran introducido en la vida anímica unos «extraños espíritus», pero ante las manifestaciones de estos no sabía más que encogerse de hombros, sin atreverse a aventurar explicación alguna. El psicoanálisis, en cambio, procuraba esclarecer estos inquietantes casos patológicos, de tal modo que, por fin, puede decirle al Yo:

> No se ha introducido en ti nada extraño; una parte de tu propia vida anímica se ha sustraído a tu conocimiento y a la soberanía de tu voluntad. Por eso es tan débil tu defensa; combates con una parte de su fuerza contra la otra parte, y no puedes reunir, como lo harías contra un enemigo exterior, toda tu energía. Y ni siquiera es la parte peor, o la menos importante, de tus fuerzas anímicas la que así se te ha puesto enfrente y se ha hecho independiente de ti [...] ¿Quién puede estimar, aun no estando tú enfermo, todo lo que sucede en tu alma sin que tú recibas noticia de ello o solo noticias incompletas y falsas? Te conduces como un rey absoluto, que se contenta con la información que le procuran sus altos dignatarios y no desciende jamás hasta el pueblo para oír su voz.

Si algo enseñó Freud fue a destronar a este rey soberano, a ese Yo absoluto sobre el cual había girado toda la tradición filosófica moderna, y a comprender, por frágil y vulnerable, el carácter genuinamente enfermo del hecho humano: «Un intenso egoísmo protege contra la enfermedad; pero, al fin y al cabo, hemos de comenzar a amar para no enfermar y

enfermamos en cuanto una frustración nos impide amar». Freud mostró así el camino de una nueva cordura más allá del ensimismamiento narcisista. En otras palabras, puso en su sitio al Yo. Una gran parte de la práctica psicoanalítica consiste precisamente en combatir y relativizar la exagerada falta de realismo que exigen los imperativos normativos dados por otra importante instancia de la personalidad que definió Freud, el Superyó, así como de persuadir a este para que abandone alguna de sus desmedidas exigencias o, al menos, para que su carga sea más racional y tolerable a la luz de las comprensibles limitaciones humanas. Este tratamiento debe intentar hacer del Superyó una instancia más tolerante y comprensiva con lo que es cada uno, reducir así su excesivo y falso idealismo y cuestionar sus exageradas ambiciones. No es un dato menor que la práctica psicoanalítica tenga como objetivo alejar al hombre de batallas que nunca podrá vencer y que solo van a terminar consumiéndolo en la impotencia y la melancolía.

> El Yo persigue el placer y trata de evitar el displacer.
>
> *Esquema del psicoanálisis*

El Yo, el Ello y el Superyó

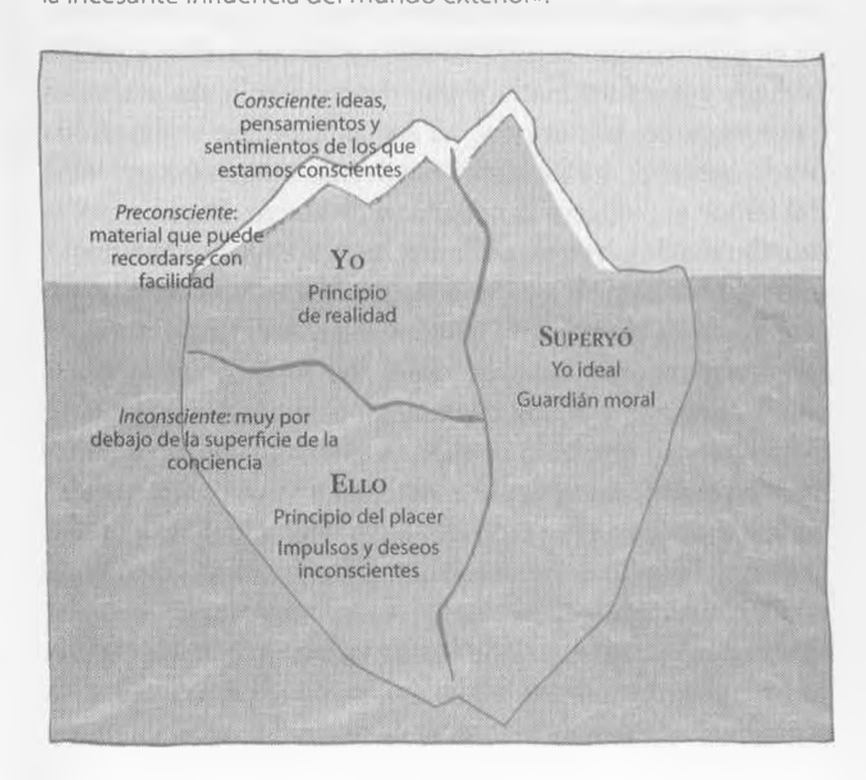
Pero Freud no se limitó a destronar el Yo, sino que distinguió tres dimensiones o cualidades psíquicas. Es el marco que se conoce familiarmente como la «primera tópica» (por «tópica» el médico vienés entendía una topología de la psique humana, la división de esta en unas partes claramente definidas). Esta se compone de lo «preconsciente», instancia que alberga recuerdos o representaciones que no son conscientes, pero que pueden llegar a serlo fácilmente; lo «consciente», cualidad psíquica momentánea que caracteri-

za las percepciones externas e internas dentro del conjunto de los fenómenos psíquicos, y lo «inconsciente», dimensión dinámica que concierne a lo reprimido y que solo puede ser conocida a través de la interpretación de los actos neuróticos, los sueños y los actos fallidos. Pero con el tiempo esta división acabó mostrando sus límites y dejando insatisfecho a Freud, quien a partir de 1920 desarrolló una nueva distribución de la psique humana, la llamada «segunda tópica», en la que, sin abandonar del todo el primer esquema, tuvo en cuenta otras funciones. En esta segunda tópica se distinguen tres «instancias psíquicas»: el Yo, el Superyó y el Ello. Freud entiende la primera de ellas bajo una relación de dependencia, tanto con respecto a las reivindicaciones del Ello como a los imperativos del Superyó y a las exigencias de la realidad. El Yo, pues, no es ya en este nuevo escenario la expresión orgullosa de la individualidad que había sido en el pasado. Por otro lado, Freud relacionó el proceso de formación del Yo con la capacidad de aprender a afrontar las resistencias y contratiempos exigidos por el mundo social. De ahí que sea una instancia que se rige más bien por el principio de realidad: ante la posibilidad de adaptarse al mundo real o de buscar la satisfacción inmediata propia del Ello, opta de un modo más realista por demorar la consecución del placer. En el conflicto neurótico, este Yo representa el polo defensivo de la personalidad, pues es el que pone en marcha una serie de mecanismos de defensa motivados por la percepción de un afecto displacentero.

En cuanto al Ello, es una instancia que puede entenderse como una fuente de energía psíquica inconsciente que lucha todo el tiempo para satisfacer impulsos básicos de agresividad, supervivencia y reproducción, razón por la cual se rige por el principio del placer, esto es, el principio que persigue una gratificación inmediata. El Ello es un depósito caótico,

UNA TRINIDAD PARA LA PSIQUE

Las tres instancias o «provincias» en que se divide el aparato psíquico, el Yo, el Ello y el Superyó, pueden compararse con un iceberg de cuyo volumen total solo sobresale del agua una minúscula porción. Una parte de esa zona visible correspondería al Yo, la instancia que actúa en el mundo exterior, recibe sus estímulos y acumula experiencias de los mismos, siempre en pos del placer y en guardia contra el displacer. También una parte del Superyó saldría a esa superficie, no en balde esta instancia viene impuesta al Yo desde fuera en forma de influencia parental, social y cultural. Es lo que el Yo recibe de los demás. Bajo las aguas quedaría el Ello, es decir, lo innato, lo instintivo, cuyo objetivo no es otro que la satisfacción de las necesidades más primarias, que el Yo debe satisfacer de manera realista, esto es, sin chocar con las exigencias del Superyó. Como escribe Freud: «Originalmente, todo era Ello, y el Yo se desarrolló del Ello por la incesante influencia del mundo exterior».



una zona alógica y amoral al margen de los imperativos racionales ligados a la acomodación a la realidad. O lo que es lo mismo, constituye el polo pulsional de la personalidad y la fuente primaria de la energía psíquica, por lo que suele entrar en conflicto con el Yo y el Superyó. Este último es, para Freud, la instancia fundamental de la personalidad. Y es así porque su función es comparable a la de un juez o censor con respecto a la actividad del Yo. Elementos tan trascendentales (y definitorios del ser humano) como la conciencia moral, la autorreflexión o la formación de ideales, todos son funciones del Superyó.

A la hora de delinear esta nueva cartografía psíquica, Freud no desatendió la influencia que la sociedad y la cultura juegan en la psique individual. La importancia del Superyó precisamente se cifra en el hecho de que, en virtud de esta dimensión, el niño interioriza de sus padres aquellos códigos y roles normativos que determinarán sus actitudes y motivaciones posteriores, un aprendizaje que se desarrolla fundamentalmente en etapas tempranas como consecuencia del temor al castigo y la necesidad de afecto. Para Freud, la función del Superyó no se limita, sin embargo, a socializar al individuo dentro de los valores comunes; es también la agresiva instancia normativa que continuamente va a observar y sancionar las tendencias asociales del sujeto y que promoverá la represión de los contenidos psíquicos inaceptables. Otra novedad que trajo consigo la metapsicología psicoanalítica en el ámbito del pensamiento ético radica en que Freud entiende que, en gran medida, la influencia del Superyó en la vida del sujeto es inconsciente. En este estrato distinguía entre el llamado «ideal del yo» y la «conciencia moral»: mientras el primero señala las situaciones, estados y objetos que constituyen una aspiración positiva para el sujeto, la segunda designa más bien el ámbito de las prohibiciones y

las sanciones a las que las personas deben someterse. Es en este contexto de tensión incesante entre diferentes estratos psíquicos donde cabe también entender la división freudiana entre el principio del placer y el principio de realidad. Según Freud, todo acto psíquico tiende de manera natural a evitar el displacer y aspirar al placer. No obstante, frente al principio de placer de la libido, dirigido a obtener una gratificación no diferida, Freud resaltó también la importancia del principio de realidad como ámbito externo que impone otra búsqueda del placer mediante estrategias de ajuste o adaptación a la realidad, esto es, por medio de rodeos y aplazamientos. Es este conflicto originario existente entre los impulsos biológicos agresivos orientados al goce y los límites sociales interiorizados en el proceso de aculturación el que explica, según Freud, la formación de la personalidad humana y su dinamismo constitutivo.

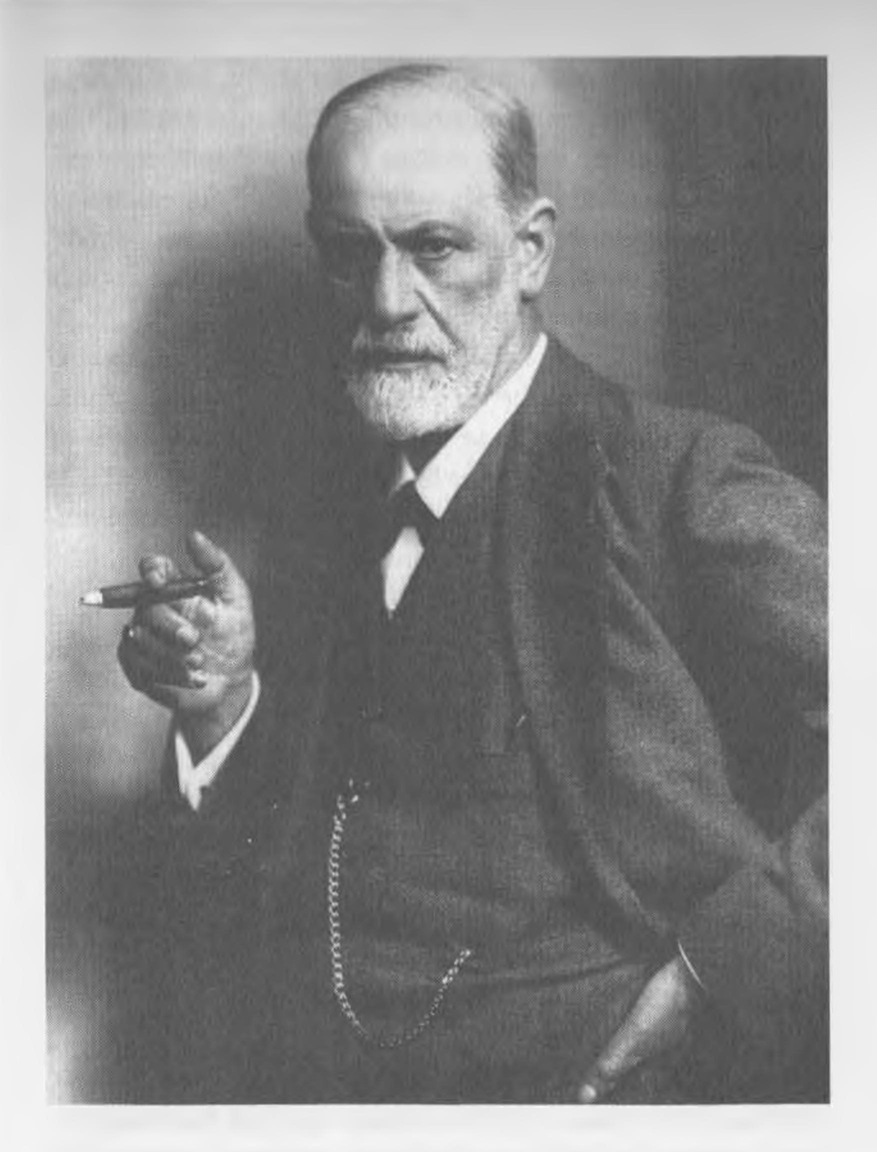
Consecuencias en la ley y el sentido de culpa

De todos los intérpretes de Freud, fue Jacques Lacan quien más insistió en el original punto de inflexión producido por este modelo del psiquismo. Según el psicoanalista francés, este paso logró hacer coincidir la invención psicoanalítica con un planteamiento político nuevo. A la luz de este giro, el pesimista dictamen freudiano de «gobernar, educar, psicoanalizar son tareas imposibles», alcanzaba su nivel de articulación más sofisticado. Con él quedaba en entredicho, por ejemplo, la oposición entre una ley incontaminada, apegada exclusivamente al horizonte ideal de un «deber ser» y las pulsiones autodestructivas. A la luz de este esquema, Freud no solo vislumbró, por así decirlo, el lado oscuro de la ley y de la moral, sino que puso de

manifiesto en qué sentido estas tres instancias psíquicas, el Yo, el Ello y el Superyó, tienen que modificar el esquema tradicional que separa radicalmente la pureza y desinterés del imperativo moral de las pulsiones afectivas. El psicoanálisis lanza así una profunda sospecha sobre la supuesta «pureza» de los comportamientos ascéticos al revelar cómo no hay ley que no esté ya penetrada de algún modo por el Ello.

Por su función de límite o borde, el Superyó también ocupa un lugar central en la problemática de la culpa, en la relación del hombre con la ley y del hombre con la violencia, interna y externa, entre el Ello y el mundo exterior. Así, por ejemplo, Freud definió el Superyó como «monumento conmemorativo» de la situación de debilidad y vulnerabilidad en la que se encontraba el Yo infantil, mostrando en qué medida esa situación perdura durante la supuesta madurez del sujeto. La visión antropológica que se desprende de este planteamiento es la de un ser humano inserto desde el nacimiento en el terreno natural de la pulsión libidinal y que solo, con el paso del tiempo y trabajosamente, alcanza el plano de sociabilidad en el que logra repartir el uso del espacio, los objetos placenteros y los bienes.

De todo esto se desprende que el Yo, tal y como Freud lo vio, es algo así como el accidentado y ambiguo territorio en el que la ley social y el deseo batallan en medio de situaciones donde se producen también provisionales alianzas. El círculo vicioso que Freud detectó en el origen de la cultura occidental podría resumirse así: el orden social no puede por menos que exigir la renuncia a la gratificación inmediata de las pulsiones; esto provoca que parte de nuestra agresividad se dirija entonces de nuevo contra el propio Yo y devenga agente del Superyó, fuente de la ley, la moral y



Los últimos dieciséis años de vida de Freud estuvieron marcados por un cáncer de paladar probablemente provocado por su afición a los cigarros puros, un elemento presente en prácticamente todos los retratos fotográficos que se le conocen, como este tomado en 1921. Su adicción a ellos era tal (se dice que llegaba a fumar hasta veinte puros al día), que ni siquiera después de que le fuera diagnosticada la enfermedad fue capaz de abandonar el tabaco. Como escribió en 1929: «Me repugna sumamente privarme de este placer [...]. Estimo que le debo al cigarro puro un gran incremento a mi capacidad de trabajo y un mejor dominio de mí mismo».

el idealismo necesarios de la estructura social. La paradoja, por tanto, es que cuanto más renuncie el ser humano al Ello y más civilizado se vuelva, más se desgarrará también interiormente con la culpa y la autoagresión. Toda renuncia a satisfacer las pulsiones termina reforzando la autoridad del Superyó, intensifica su brutalidad y, en esa medida, ahonda el sentimiento humano de culpa.

Ciertamente, esta es una visión desencantada y amarga del género humano. Aunque de predisposición natural estoica, Freud muy posiblemente se vio empujado a ella a causa de un cáncer de paladar que le fue diagnosticado en 1923, lo que en alguna ocasión denominó su «cicatriz». Como escribió una vez a su colega Karl Abraham:

> Aun cuando se me considera en vías de restablecimiento, abrigo en lo hondo una convicción pesimista de que se acerca el final de mi vida. Esta convicción se alimenta de los tormentos que incesantemente me ocasiona mi cicatriz. Padezco una especie de depresión senil centrada en un conflicto entre un irracional amor a la vida y un sentimiento, más sensato, de resignación... Si estoy equivocado y esto resulta ser apenas un período pasajero seré yo mismo el primero en notarlo y en ese caso, una vez más, arrimaré el hombro al trabajo.

Aunque Freud era una persona que se cuidaba y se preocupaba por su salud, resulta curioso que, en las imágenes que disponemos de él, muchas veces aparezca con un puro en la mano. Quizás esta faceta de fumador compulsivo fuera la causa de la aparición de ese cáncer, un auténtico martirio que se extendió a lo largo de sus últimos dieciséis años de vida. Freud fue intervenido quirúrgicamente en numerosas ocasiones y tuvo que necesitar de una incómoda y volumi-

nosa prótesis, que usaba en sustitución de su mandíbula natural y que debía limpiar, reajustar y reemplazar constantemente. Pero, aun así, siguió planteándose interrogantes sobre el ser humano, su psique y también todo aquello que le es propio. Por ejemplo, la cultura.

Capítulo 4

LA TEORÍA FREUDIANA DE LA CULTURA Y LAS MASAS

Freud dedicó los últimos años de su vida a estudiar no tanto ya la psicología humana como los frutos de esta, caso de la cultura, el arte o la religión. Igualmente, se acercó al fenómeno de la masa, un tema especialmente complejo en un contexto marcado por el ascenso del nazismo y el fascismo.

Con el ascenso del nazismo y el triunfo de la bestialidad sobre la razón, el pesimismo de Freud fue en aumento. El mundo que él conocía, aquel en el que había nacido, en el que se había educado y en el que había destacado como psicoanalista, parecía condenado a desaparecer. No obstante, en marzo de 1933, fecha de las elecciones que auparon al Partido Nacionalsocialista de Adolf Hitler (1889-1945) al poder en Alemania, el médico vienés no fue completamente consciente del peligro que se avecinaba. En ello se comportó igual que la gran mayoría de intelectuales cultivados en la tradición cultural germana: acogió con recelo las noticias que llegaban del país vecino, pero no fue más allá. Se creía protegido por las leyes y por ello no prestó oídos a los consejos de sus amigos extranjeros, que le instaban a abandonar Austria lo antes posible. Como respondió a una de esas amistades:

> No es seguro que el régimen de Hitler se adueñe de Austria. [...] No existe con seguridad ningún riesgo personal para mí,

> y si usted cree que la vida bajo la opresión será lo suficientemente incómoda para nosotros, los judíos, no olvide, en este sentido, lo poco agradable que se presenta para los refugiados la vida en el extranjero, ya sea en Suiza o en Inglaterra.

Se equivocaba. La sucesión de acontecimientos no tardó en volverse alarmante. El 11 de mayo de ese mismo año, Joseph Goebbels, convertido en ministro para la Ilustración Pública y la Propaganda del Reich alemán, ordenó la quema de veinte mil libros de autores judíos en la Opernplatz de Berlín. Entre ellos, por supuesto, se hallaban los de Freud, convertido en una de las bestias negras de los jerarcas nazis. Su teoría psicoanalítica fue tildada de «judía» y «degenerada», y como tal condenada al fuego purificador. El texto de la condena no dejaba lugar a dudas: «Contra la sobrevaloración de la vida sexual, destructora del alma y en nombre de la nobleza del espíritu humano, ofrezco a las llamas los escritos de un tal Sigmund Freud».

Las acciones contra Freud se extendieron rápidamente a otras ciudades alemanas, entre ellas Frankfurt, donde solo tres años antes el médico vienés había recibido, para gran satisfacción suya, el prestigioso Premio Goethe, especialmente apreciado por él por llevar el nombre de un autor fundamental en su devenir intelectual. También allí sus obras fueron entregadas a las llamas. Cuando la noticia llegó a Viena, se dice que el padre del psicoanálisis replicó con retranca: «Qué de progresos hemos hecho. En la Edad Media me hubieran quemado. Hoy se contentan con quemar mis libros». En junio de 1933, la Sociedad Alemana de Psicoterapia quedó bajo el control de los nazis, concretamente a cargo de un primo del mariscal Hermann Göring, quien envió una circular a todos los miembros de esa institución por la que les obligaba a estudiar seriamente la que era la biblia del Tercer Reich: *Mi lucha*, de Hitler.

EL PRECIO DEL PROGRESO CULTURAL

Este fue el ambiente que rodeó al último Freud. Un Freud que cada vez se sentía más inclinado a abandonar la investigación analítica para acercarse a otras cuestiones relacionadas con la cultura. Él mismo llegó a describir su carrera intelectual como una suerte de desarrollo regresivo: «Mi interés dio un largo rodeo, que ha durado toda una vida, por las ciencias de la naturaleza, la medicina y la psicoterapia, para luego regresar a los problemas culturales que desde hace mucho tiempo atrás ya me fascinaban, cuando apenas tenía edad para reflexionar». En realidad, la relación entre el individuo y la sociedad, o entre las pulsiones y el corsé de la cultura, por decirlo en términos más psicoanalíticos, es un tema muy recurrente en la obra de Freud. Ya en 1897, en una de las cartas que dirigió al médico berlinés Wilhelm Fliess, expuso la siguiente reflexión: «El ser humano sacrifica, en aras de la más amplia comunidad humana, una parte de su libertad de incurrir en perversiones sexuales [...]. El incesto es antisocial y la cultura consiste en la progresiva renuncia al mismo».

El hombre ha llegado a ser un dios con prótesis.

El malestar en la cultura

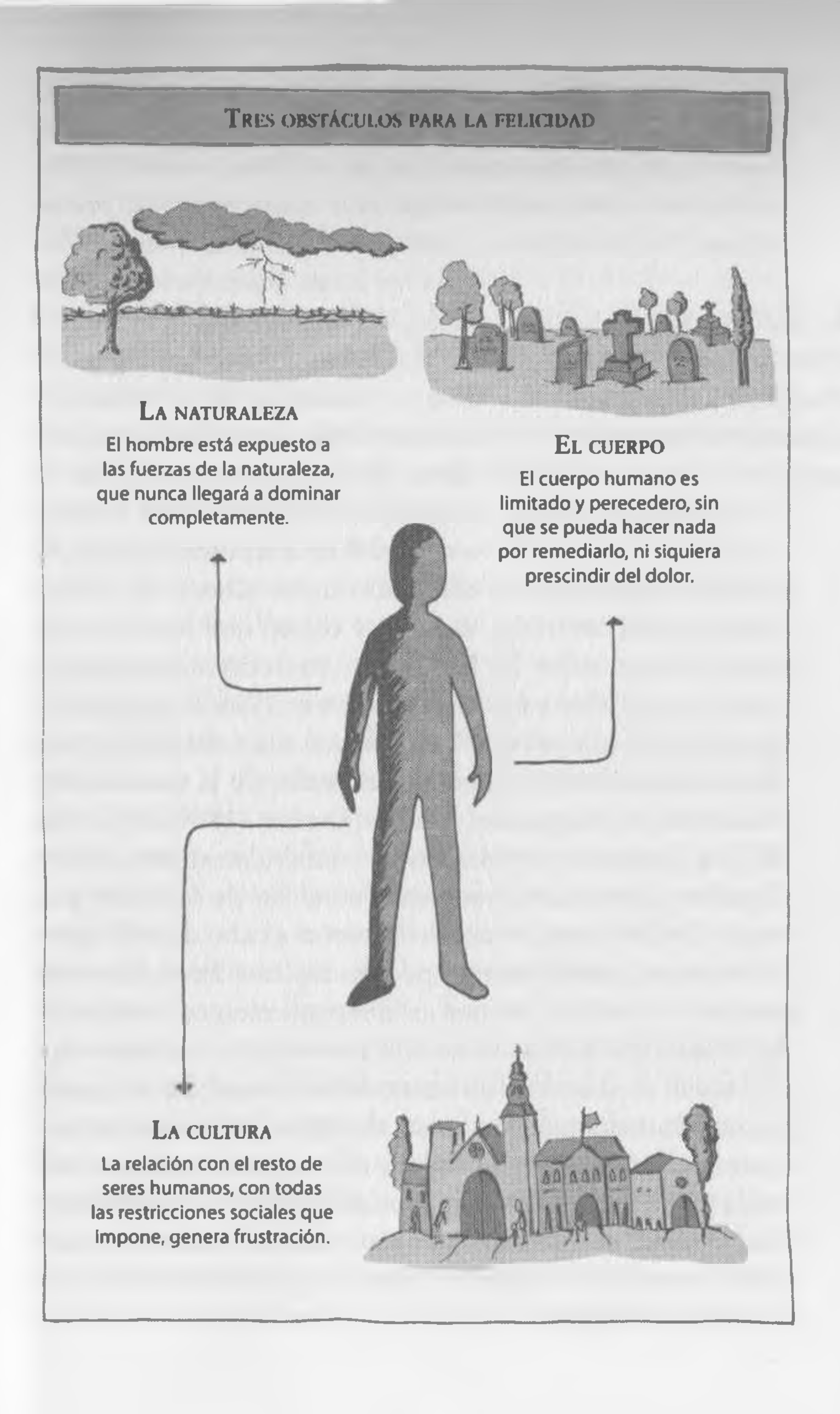
Freud, sin embargo, nunca fue un pensador irracionalista, por mucho que profundizara en los abismos del alma humana. Lo demuestra el siguiente lema, resumen perfecto de la labor del psicoanálisis: «Donde Ello estaba, Yo debo advenir». Es decir, que allí donde los seres humanos se hallan dominados y paralizados por fuerzas psíquicas incomprensibles, debe imperar un mayor autoconocimiento y dominio de uno mismo. En el fondo, Freud fue siempre un pesimista, pues reconocía que ese poder de la ilustración es frágil y precario, dada la tendencia humana a buscar el goce y a re-

LAS FUENTES DEL SUFRIMIENTO HUMANO

Freud fue un apasionado por la cultura en sus más variadas facetas. Fue, por ejemplo, un lector voraz, capaz de aprender castellano en su juventud solo para leer el *Quijote* cervantino, además de un entusiasta de la arqueología y la historia antiguas, como lo demuestra el interés con que seguía las campañas arqueológicas de su tiempo, especialmente el descubrimiento de las homéricas Troya y Micenas por Heinrich Schliemann (1822-1890). Esta fascinación por la cultura, sin embargo, no impidió que Freud considerara esta como una parte, importante, de lo que él llamó «las fuentes del sufrimiento humano». «Sufrimiento» porque confirman que el designio de ser felices que impone el principio del placer es irrealizable.

De la naturaleza a la cultura

En su libro *El malestar en la cultura* (1930) Freud señala las tres fuentes que hacen que al hombre le resulte tan difícil eso de ser feliz. La primera es la supremacía de la naturaleza, «capaz de encarnizarse en nosotros con fuerzas destructoras omnipotentes e implacables» que el hombre sabe que nunca podrá doblegar. La segunda es el propio cuerpo humano, limitado en su capacidad de adaptación y rendimiento, y condenado a la decadencia y la caducidad sin que se pueda hacer nada por evitarlo. Freud afirma que estas dos fuentes, por su inevitabilidad, obligan al hombre a aceptarlas y a intentar convivir con ellas. Otra cosa muy distinta es la tercera fuente: las relaciones con otros seres humanos, esto es, el mundo de la familia, el Estado y la sociedad. Por decirlo en una única palabra, la cultura, término que para el padre del psicoanálisis designa «la suma de producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven para dos fines: proteger al hombre contra la naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí». La cuestión aquí es cómo unas instituciones creadas por los propios hombres para que les proporcionen bienestar y protección acaban finalmente siendo una fuente de sufrimiento, de *malestar*. La respuesta es la contradicción que se da entre la tendencia de la cultura a levantar unidades sociales cada vez mayores y más restrictivas, y las pulsiones del individuo dirigidas a su satisfacción personal.



TRES OBSTÁCULOS PARA LA FELICIDAD
LA NATURALEZA
El hombre está expuesto a las fuerzas de la naturaleza, que nunca llegará a dominar completamente.
EL CUERPO
El cuerpo humano es limitado y perecedero, sin que se pueda hacer nada por remediarlo, ni siquiera prescindir del dolor.
LA CULTURA
La relación con el resto de seres humanos, con todas las restricciones sociales que impone, genera frustración.

chazar todo aquello que se lo impida. Pero ese pesimismo no significaba ni mucho menos resignación.

No es extraño, por tanto, que ya en *Tótem y tabú* (1912), una de sus obras más destacadas y controvertidas, Freud hubiera cuestionado, a contrapelo de la antropología dominante en su tiempo, el relato habitual del tránsito del hombre natural al «cultivado» o «civilizado». Fue su sospecha de la presencia de una matriz de violencia originaria en las instituciones sociales, la moral y la religión lo que le llevó a concebir una hipótesis mítica en forma de fábula. Según ella, hubo en los albores de la historia humana un padre violento y celoso que se reservaba para sí mismo todas las hembras y, consecuentemente, expulsaba a sus hijos a medida que iban creciendo, un escenario este en el que no es difícil ver una situación de «horda salvaje» tomada directamente del padre de la teoría de la evolución de las especies, Charles Darwin (1809-1882). Un día, los hermanos expulsados se confabularon para matar el padre y devorar su cadáver. Fue el fin de la horda paterna. Unidos, esos hermanos llevaron a cabo aquello que, por sí solos, nunca habrían podido realizar. Pero, tras este asesinato colectivo, sintieron arrepentimiento, renegaron del crimen que habían cometido e inventaron un nuevo orden social mediante la instauración del tótem, esto es, una figura habitualmente con forma de animal en torno a la cual se unía el grupo. Según Freud, el banquete totémico, tal vez la primera fiesta de la humanidad, sería la reproducción conmemorativa de ese primer acto criminal, punto de partida a su vez de las organizaciones sociales, las restricciones morales y la religión.

La cultura protege al hombre contra la naturaleza y regula las relaciones de los hombres entre sí.

El malestar en la cultura

En 1930, Freud publicó una de sus obras clave en esta nueva orientación, *El malestar en la cultura*, en la que reconocía que «el precio del progreso cultural debe pagarse con el déficit de dicha provocado por la elevación del sentimiento de culpa». Ahí radica su idea de «malestar», un sentimiento de culpa que él consideraba el problema más importante del desarrollo cultural. Para Freud, la finalidad de la vida está fijada por el principio de placer: los seres humanos persiguen alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla, evitándose en la medida de lo posible dolores y displaceres. El único contratiempo a esta aspiración no es menor, pues en los planes de la Creación no se encuentra la opción de que el hombre sea dichoso: «La vida, tal como nos es impuesta, resulta gravosa: nos trae hartos dolores, desengaños, tareas insolubles. Para soportarla no podemos prescindir de calmantes», categoría en la que el pensador incluye el trabajo y la ciencia, el arte y otras maneras de «fantasear» con ilusiones con respecto de la realidad. Son satisfacciones sustitutivas que reducen la miseria por medio de desplazamientos de la energía libidinal, bien sea a través de la excelencia artística o «sublimación» o a través de narcóticos tales como el alcohol y otras drogas, que insensibilizan al hombre ante la miseria de la vida. De ahí la rotundidad con la que Freud se expresaba: «El programa que nos impone el principio de placer, el de ser felices, es imposible». Son tantas las restricciones y coacciones a las que obliga la civilización que difícilmente son compatibles con la búsqueda individual de la felicidad. Lo que la sociedad espera de cada individuo no es, por tanto, lo que cada uno espera de sí mismo. En este sentido, puede decirse que el hombre primitivo, aunque tenía menos poder, podía ser más feliz, dada su menor interiorización de la culpa. En cualquier caso, Freud no idealizó ninguna «vuelta atrás», sino que se limitó a insistir en la necesidad de com-

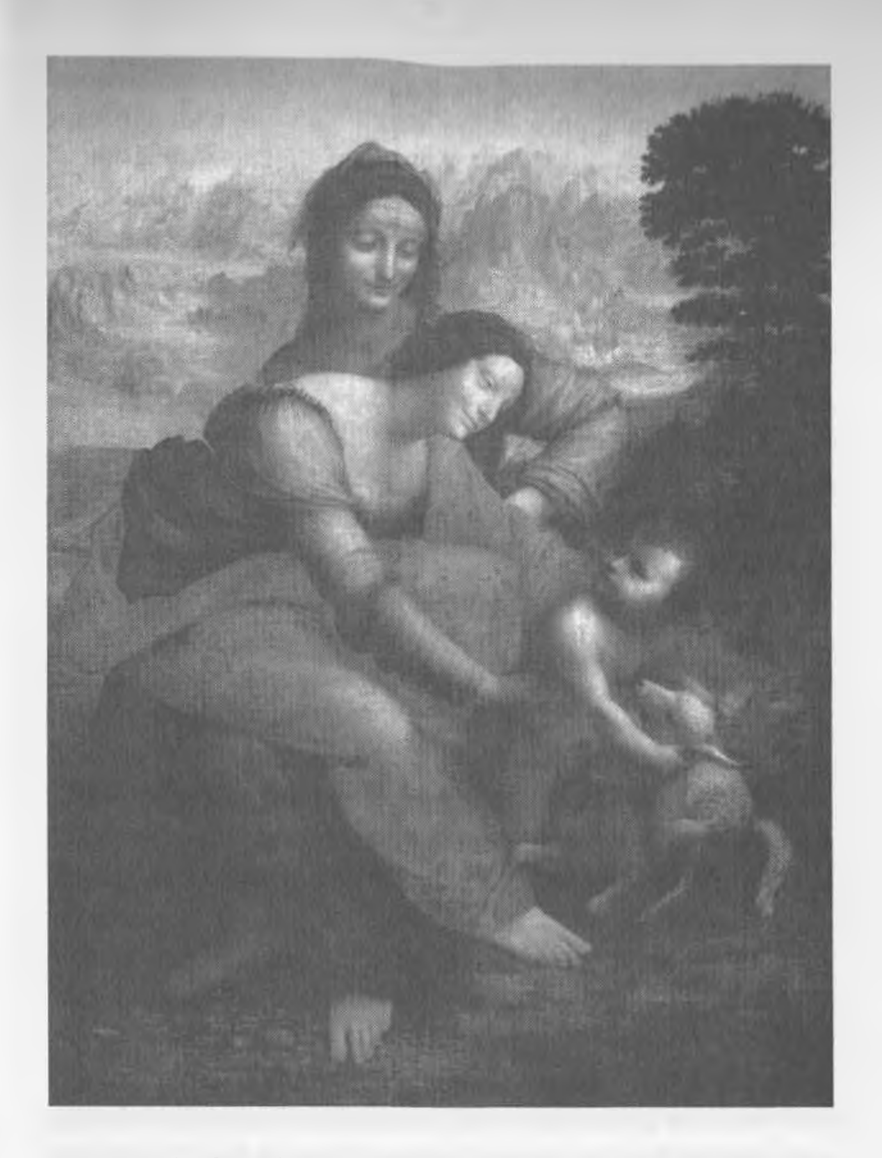
prender el alto precio que hay que pagar por el progreso. Y ello porque el hombre, desgraciadamente, es un ser agresivo que precisa de normas, sanciones e ideologías que le pongan límites y barreras más o menos eficaces para de ese modo asegurar la vida en común. Bajo este aspecto, el concepto freudiano de «cultura» puede verse como el dispositivo de valores, prácticas y normas que defienden el lazo social contra las tendencias agresivas del ser humano desde la «interiorización» del Superyó. Lo relevante de este movimiento, destacaba Freud, es que desde esta conciencia moral, la agresividad no desaparece, sino que cambia de dirección, al devenir en vigilancia, autocastigo y sentimiento de culpabilidad.

La civilización ha sido conquistada por obra de la renuncia a la satisfacción de los instintos.

La guerra y la muerte

Si en la actualidad los planteamientos de Freud en torno a la cultura son extremadamente relevantes para el campo de los estudios culturales y sociológicos es porque ayudan a entender las razones por las que los mecanismos de la civilización generan desde sí mismos una violencia contracultural: en el interior mismo de la cultura está instalada la posibilidad de la barbarie. Este aspecto social del malestar de la humanidad dentro del mundo administrado, este sentimiento de encierro dentro de una estructura completamente socializada conduce, como afirmaba el filósofo alemán Theodor W. Adorno (1903-1969) en la lectura que hizo de Freud, al siguiente aserto: «Cuanto más espesa es la red, tanto más se ansía salir de ella, mientras que, precisamente, su espesor impide cualquier evasión. Esto refuerza la furia contra la civilización, furia que, violenta e irracional, se levanta contra ella».

La creciente profundización por parte de Freud en los tópicos fundamentales del psicoanálisis también le condu-



Un recuerdo de infancia de Leonardo da Vinci, en el que un ave introducía su cola en su boca mientras se hallaba en la cuna, sirvió en 1910 a Freud como punto de partida para analizar el cuadro *Santa Ana, la Virgen y el Niño*, pintado por el artista hacia 1508 y conservado en el Museo del Louvre de París. Para el padre del psicoanálisis, en el ropaje de la Virgen puede adivinarse la silueta de un buitre, uno de cuyos extremos toca la boca del Niño. En ello, Freud quería ver la traducción inconsciente de esa imagen infantil, así como una manifestación de la homosexualidad y otros aspectos de la multifacética y controvertida personalidad de Leonardo.

jo a una comprensión muy original de las fuentes de la creación artística: no solo a la luz de los contenidos psíquicos manifestados en las obras, sino a partir de las circunstancias biográficas de los creadores. Desde esta perspectiva, el producto artístico se interpreta como una suerte de expresión formal que recurre a términos simbólicos para expresar la actividad inconsciente individual o colectiva. De forma resumida se puede decir que Freud encara esta exploración en las profundidades de la creación desde una doble vertiente: por un lado, se centra en el análisis biográfico-psicoanalítico de los artistas o de los espectadores de la obra, subrayando especialmente los conflictos inconscientes que subyacen como clave hermenéutica de las genuinas fuentes del arte. Por otro lado, analiza el arte como un recurrente y expresivo proceso generador de símbolos. Freud, sin embargo, se interesó especialmente por el proceso de gestación de la obra de arte en cuanto a los temas y las formas que pone en juego el artista de modo inconsciente. La creación aquí aparece como una sustitución de las fantasías producidas por el inconsciente individual a través de un mecanismo psíquico que el padre del psicoanálisis denomina «sublimación», un proceso en virtud del cual se desplaza la pulsión sexual básica latente hacia otros objetivos no explícitamente sexuales y, por esa razón, más «normalizados» desde el punto de vista social. De este modo, el arte sería la vía que permite realizar y expresar en una esfera más «inocente» aquellos deseos que no pueden ser expresados en la realidad. Un ejemplo de esta vía interpretativa es un artículo de 1910 en el que Freud analizó los recuerdos infantiles de Leonardo da Vinci (1452-1519) y trató de explicar a partir de ellos la escondida homosexualidad del artista y la lentitud con la que trabajaba.

FREUD ANTE LA RELIGIÓN

El fenómeno religioso ocupó también un lugar destacado en las reflexiones sobre la cultura del último Freud. Más que un ateo recalcitrante y un racionalista inflexible enemigo visceral de las religiones, el médico vienés fue un teórico ilustrado, un defensor declarado de la razón al que, sin embargo, le interesaban profundamente las pasiones humanas y la irracionalidad, siempre presentes en el comportamiento humano. Esta faceta suya de «ilustrado oscuro», por recoger la feliz expresión acuñada por una de sus recientes comentaristas, la historiadora y psicoanalista francesa Élisabeth Roudinesco, marca un punto de inflexión con respecto a la crítica de la religión que era común, por ejemplo, en los enciclopedistas del Siglo de las Luces galo. La ilustración freudiana tiene un sesgo inequívocamente alemán, es decir, más crítico-cultural que científico en sentido optimista. Esto quiere decir que Freud creía en la existencia, costosa, eso sí, y siempre frágil, de un progreso de la razón, pero pensaba también que en el hombre habitaba una dimensión irracional oscura pulsional que no podía ser «salvada» por ninguna dimensión salvífica o transcendente. Aunque defendiera el ateísmo, Freud también reconocía, en virtud de esta posición de «ilustrado oscuro», que la verdad de la religión no podía ser simplemente refutada por el conocimiento, ni siquiera el científico, y que la fe religiosa, muleta y consuelo para muchas personas a través de la historia, arraigaba en necesidades psíquicas muy profundas que no eran comprendidas por el materialismo vulgar. El concepto de Dios era para él, así pues, una «ilusión», pero no una ilusión fácilmente superable mediante argumentaciones puramente racionales.

Antes que esclarecer su contenido de verdad, lo que Freud buscaba a la hora de acercarse a la religión era una explica-

ción del significado de las ideas religiosas como un fenómeno social y no simplemente como fenómeno histórico. De este modo, se ocupó de la naturaleza psicológica de las representaciones religiosas en cuanto «ilusiones», entendiendo estas como una creencia que aparece motivada por el impulso a la satisfacción de un deseo, prescindiendo de su relación con la realidad. Ahora bien, Freud consideraba que una ilusión no tiene que ser necesariamente irrealizable o contraria a la realidad, a diferencia de la fantasía, que presenta una gran contradicción con la realidad. En una carta a Fliess, escrita en fecha tan temprana como el 12 de diciembre de 1897, ahondaba en esta idea:

En el fondo, Dios no es más que un padre exaltado.

Totem y tabú

> La difusa percepción interna del propio aparato psíquico estimula ilusiones del pensamiento que, naturalmente, son proyectadas hacia fuera y —lo que es característico— al futuro y a un más allá. La inmortalidad, la expiación, todo el más allá, son otras tantas representaciones de nuestra interioridad psíquica, nuestra psicomitología.

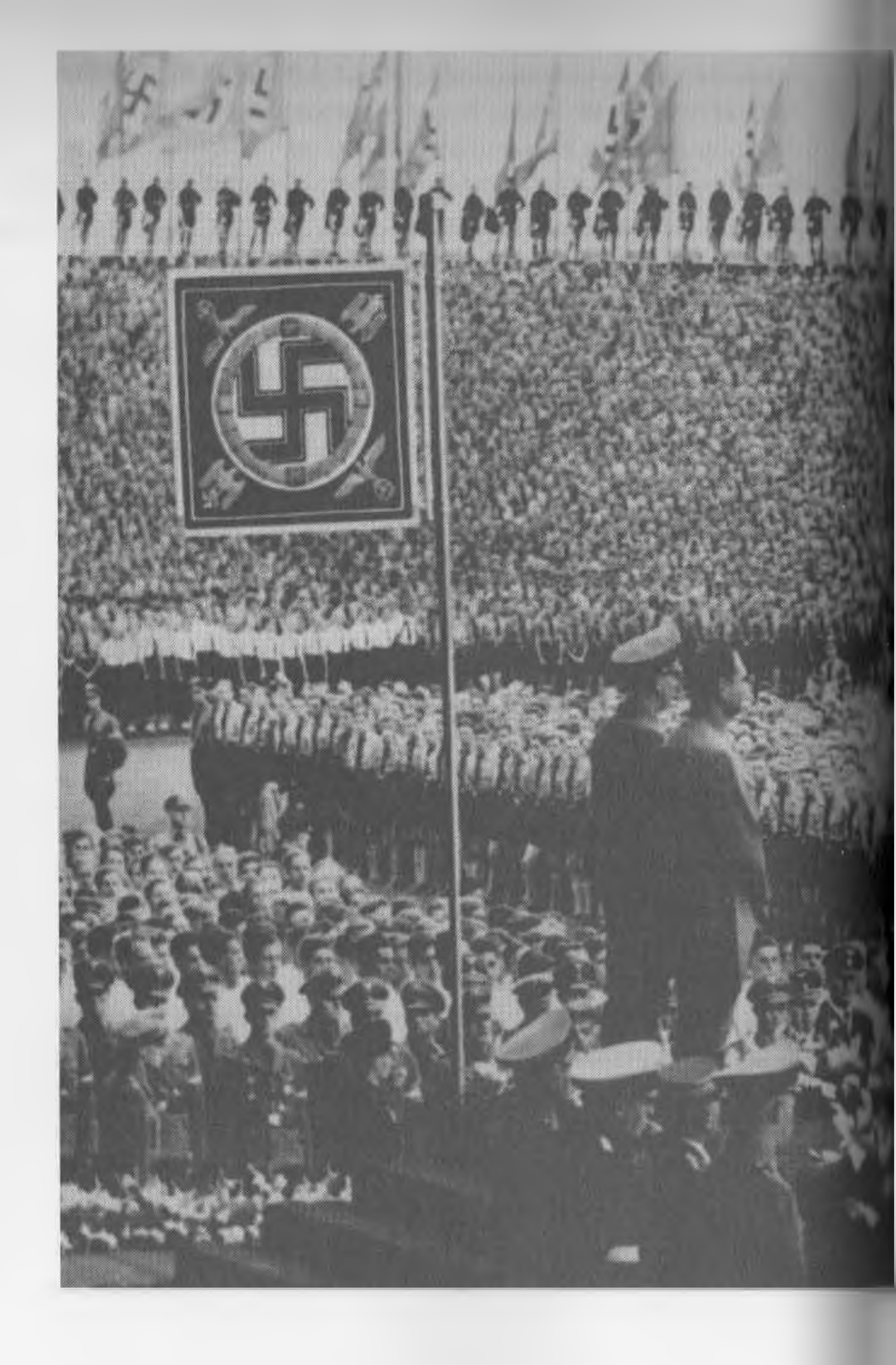
En Freud, la ilusión, y esto es muy importante señalarlo de cara a la reflexión filosófica contemporánea sobre la función social de las ideologías y la necesidad de su crítica, no es en modo alguno una categoría puramente negativa. Al contrario, puede albergar características positivas. Así, por ejemplo, distinguía entre «engaños», es decir, estados mentales que se plantean tozudamente en cabal contradicción con la realidad, e «ilusiones» que, a pesar de su carácter de irrealidad, expresan un deseo genuino en el sujeto. Por ejemplo, una ilusión puede ser falsa ahora, pero eso no significa que no pueda realizarse en el futuro. Lo que carac-

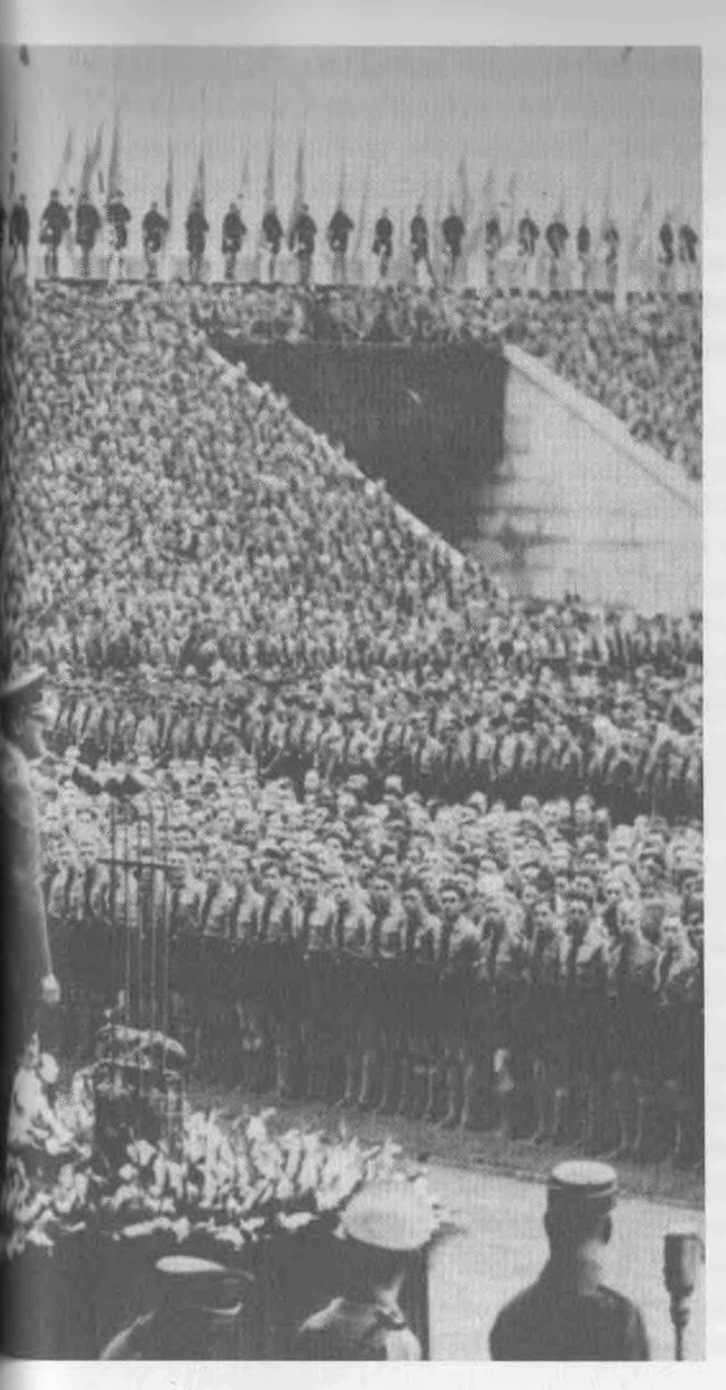
teriza a estas ilusiones, en opinión de Freud, es su carácter «prospectivo», es decir, que son esencialmente modos de cumplimiento de deseos en el futuro: «Por tanto, calificamos de ilusión a una creencia cuando el cumplimiento de un deseo es un factor prominente de su motivación, y al hacerlo no tenemos en cuenta sus relaciones con la realidad. Igual que la propia ilusión no da importancia a la verificación». Si la ilusión es una condición de una realidad que debe estar cubierta y sustentada por los deseos, así como por la ansiedad y la agresión, hay que deducir de ello que oculta un latido utópico potencial. En la ilusión siempre se encuentra un componente de cambio a algo mejor, de insatisfacción con la realidad presente.

LA PSICOLOGÍA DE LAS MASAS

Desde sus años universitarios, Freud fue plenamente consciente del antisemitismo de la sociedad austríaca. No pocas veces fue insultado y ofendido por su condición de judío, pero eso nunca lo traumatizó. Al contrario, consideraba que su exclusión como judío de la fuerza de arrastre de la «masa» le brindaba la oportunidad de conservar su independencia como científico y pensador. El miedo a que su psicoanálisis fuera considerado como una mera «ciencia judía» también acabó desvaneciéndose una vez su creador alcanzó el reconocimiento público e internacional.

Por otro lado, a Freud no le gustaban nada los aquelarres sociales, las protestas de la muchedumbre ni las consignas anónimas lanzadas ciegamente. En una carta a su prometida Martha, fechada el 29 de agosto de 1883, explicaba el comportamiento de las masas, cómo la muchedumbre suele dar rienda suelta a sus apetitos y él se privaba de tal expansión:





Freud llegó a ver el surgimiento de una era calificada por algunos intelectuales, desde un sentido peyorativo, como «de las masas». La Revolución rusa de 1917 y el auge, una vez acabada la Primera Guerra Mundial, de movimientos nacionalistas de extrema derecha como el nazismo alemán y el fascismo italiano fueron algunas de esas plasmaciones. Sus actos, como este encuentro de las Juventudes Hitlerianas celebrado en Núremberg en 1938, congregaban a cientos e incluso miles de personas que, dentro de la masa, perdían su individualidad y se convertían en un único cuerpo.

Nos reprimimos para mantener nuestra integridad y economizamos nuestra salud, nuestra capacidad para disfrutar con las cosas, nuestras emociones. ¿Por qué no nos embriagamos? Porque el malestar y la humillación de los efectos a posteriori nos proporcionarían más displacer que el placer derivado del alcohol. ¿Por qué no nos enamoramos de una persona diferente cada mes? Porque con cada separación desgarraríamos un pedazo de nuestro corazón.

El fenómeno de la masa apuntado en esta carta fue ampliamente desarrollado en un libro de 1921, *Psicología de las masas y análisis del yo*. Partiendo del supuesto de que en el seno de un grupo se produce un aumento de la afectividad del individuo y una merma del rendimiento intelectual, y observando asimismo que la pulsión de autoconservación no agota la explicación de este comportamiento irracional, Freud analizó las causas por las que alguien inmerso en una masa siente, piensa y actúa de manera diversa a como lo haría a título individual. Tres fueron las cuestiones básicas a las que intentó dar respuesta en este campo: ¿qué conforma una masa?; ¿por qué este estado colectivo influye tan poderosamente sobre la vida anímica del individuo? y ¿en qué consiste esta transformación psíquica?

Para Freud, lo que brinda el material a la psicología de las masas es la observación de la reacción transformada y excepcional del individuo. Así, en las masas con un alto grado de organización, como el ejército o la Iglesia, observaba ciertos rasgos comunes, tales como una misma estructura encabezada por un líder que ama por igual a todos los individuos de la masa. Si esta ilusión se disipa, se desagrega la masa. De ahí que en estas masas cada individuo tenga una doble ligazón libidinosa: una con el jefe y otra con el resto de miembros de la masa. Teniendo en cuenta esta doble ligazón afectiva

se explica la falta de libertad del individuo dentro del grupo. Y de aquí las alteraciones del individuo y su personalidad.

En su estudio de las masas, Freud se apoyó sobre una obra del sociólogo francés Gustave Le Bon (1841-1931), *La psicología de las multitudes*. Sin embargo, lo interesante de su enfoque psicoanalítico es el modo en el que marcó claramente las distancias. Lo que le interesaba del estudio de Le Bon era la importancia que ahí adquiere el inconsciente. Pero mientras que para el francés lo inconsciente contiene ante todo los más profundos caracteres del alma de la raza, Freud postuló la existencia de un estrato «reprimido inconscientemente». La diferencia es importante porque el vienés distinguía el inconsciente estudiado por el psicoanálisis de esa memoria biológica de la raza que puede conducir a una racionalización psicológica del nazismo y el fascismo. Asimismo, Freud entendía que lo que sucede en la masa quizá no sea algo tan radicalmente diferente de lo que sucede en el individuo aislado. Es decir, lo que «estalla» en la masa está en el individuo, pero reprimido. No es algo cualitativamente diferente de ese individuo presuntamente racional y consciente de sus deseos, planteamiento típico de la lectura conservadora de la masa.

La noción de lo imposible no existe para el individuo que forma parte de una multitud.

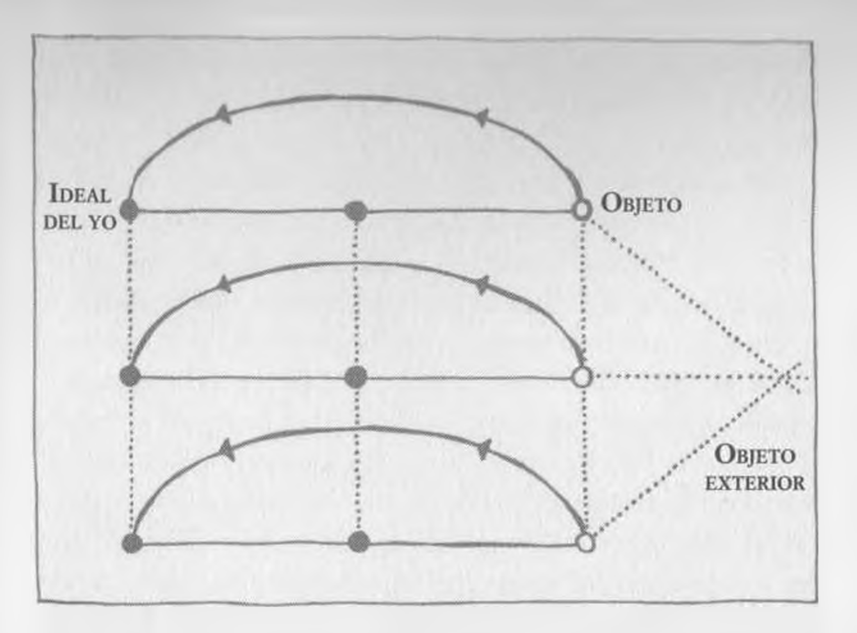
Psicología de las masas

Es muy sugerente observar, además, cómo Freud abordó la dinámica afectiva de la masa a la luz de determinados procesos de idealización orientados al desplazamiento de una rivalidad originaria. Aquí Freud partió de una constatación crítica: la exigencia primaria de «justicia y trato igual para todos». En la masa, «ya que uno mismo no puede ser el preferido, por lo menos que nadie lo sea». Como ejemplo puso el de una multitud de muchachas románticamente enamora-

das de un cantante o un pianista que se agolpan en torno a él al final de un concierto:

> Cada una de ellas podría experimentar justificadísimos celos de las demás, pero dado su número y la imposibilidad consiguiente de acaparar por completo al hombre amado, renuncian todas a ello, y en lugar de arrancarse mutuamente los cabellos, obran como una multitud solidaria. [...] Rivales al principio, han podido luego identificarse entre sí por el amor igual que profesan al mismo objeto.

La identificación con el líder idealizado responde al mismo interés: desplazar un escenario de rivalidad entre los individuos en lucha. De ahí que Freud deduzca que manifestaciones sociales como el compañerismo o el espíritu corporativo pueden explicarse como una deformación afectiva secundaria de una situación de envidia básica. Bajo este desplazamiento, «nadie debe querer sobresalir; todos deben ser y obtener lo mismo». Puesto que, como sostiene Freud, no sin malicia, «la justicia social significa que nos rehusamos a nosotros mismos muchas cosas, para que también los demás tengan que renunciar a ellas, o lo que es lo mismo, no puedan reclamarlas», no le parece exagerado comparar esta reivindicación de igualdad, raíz de la consciencia social y del sentimiento del deber, con la «angustia de infección» de los sifilíticos. Mal de muchos, pues, consuelo de quienes se ven «infectados» o víctimas de una situación de inferioridad. Esto es justo lo que se expresa, según Freud, en el célebre episodio bíblico del juicio de Salomón: «Puesto que mi hijo me ha sido arrebatado por la muerte —piensa una de las mujeres— ¿por qué ha de conservar esa el suyo?». La identidad dentro del grupo permite, en efecto, a sus integrantes trascender sus intereses egoístas primarios para alcanzar fines presuntamente altruis-



Para Freud, dado que la masa es una reunión de individuos que han reemplazado su ideal del Yo por un mismo objeto exterior, entre ellos se da una general y recíproca identificación del Yo.

tas... Pero estos fines «elevados» se construyen justo para proteger de otro modo los intereses egoístas.

Freud dio un paso más en esta dirección al comprender la oposición entre la fascinación colectiva que ejerce un líder —renegación fetichista en un ideal— y el amor sensual, el poder civilizador por excelencia para Freud. Este último, representado por la mujer, es justo lo que la masa artificial (en concreto, la Iglesia y el ejército) excluye para poder mantener su cohesión. Mientras que los miembros de un grupo, identificándose con un «ideal del yo», tratan de protegerse del azar de los encuentros y de esta rivalidad originaria renunciando a su libertad (y a toda satisfacción primaria), el amor, entendido en su forma más sensual y materialista, y su modo de articular la unión entre los amantes, implica un tipo de relación que no puede entenderse en términos de una fusión o armonía, como aparece, por ejemplo, en el tópico popular de la «media naranja». Este tipo de amor que no es ni fusión ni armonía entre los amantes

descubre un escenario de relación en el que no hay posibilidad de sumar dos términos separados ni a ninguno de los dos como Uno. Por tanto, este tipo de amor «trágico» —carente de armonía— que parte de la imposibilidad de la relación sexual es antitético al amor forjado como desplazamiento del resentimiento o la situación de envidia dentro del grupo. Basta recordar cómo en el caso del cantante, el amor y la identificación hacia su figura es un desplazamiento de la situación de rivalidad y competencia originarias. El amor sensual y su «Uno suplementario» aparecen como obstáculo a esta fusión en una «unidad» entendida de forma idealista: esto es, deshace la ilusión de que los amantes están unidos por algo que tienen en común. El otro tipo de amor materialista, en cambio, descubre un escenario de relación en el que no hay posibilidad de sumar dos términos separados ni a ninguno de los dos como Uno. Por tanto, este tipo de amor «trágico» que parte de la imposibilidad de la relación sexual es antitético al amor forjado como desplazamiento del resentimiento grupal.

Lo decisivo del análisis de Freud es que arroja luz sobre una dinámica estructural en la que la dimensión extraordinaria y exterior del líder va unida a la constitución de una relación de equivalencia (simétrica) entre los miembros donde el líder no puede amar a nadie. De lo contrario, desaparecería el hechizo. El líder en cuanto figura inalcanzable posibilita la indiferencia respecto a las diferencias de los elementos individuales y desplaza el campo de fuerzas de la rivalidad.

Hasta dónde podía llegar la fascinación ejercida por un líder quedó evidenciado en marzo de 1938, cuando Hitler, entre vítores y aclamaciones, hizo que su Austria natal quedara anexionada a Alemania. Fue solo entonces, en septiembre de ese mismo año, cuando Freud decidió hacer final-



LA CONTINUACIÓN DEL LEGADO DE FREUD

Cuando en 1938 Freud marchó al exilio inglés hacía ya mucho tiempo que era una figura consagrada a nivel internacional y que su principal creación, el psicoanálisis, gozaba de vida propia. Por esa época, una de sus más estrechas y fieles colaboradoras era su hija menor, Anna. Nacida en 1895, con veintitrés años empezó a analizarse en compañía de su padre. Fue el inicio de su dedicación a esa disciplina. En 1922 ingresó en la Asociación Psicoanalítica de Viena con un trabajo sobre la relación entre las fantasías de flagelación y el sueño diurno. Su especialidad, sin embargo, fue la psicología infantil, ámbito en el que trabajó prácticamente hasta su muerte en Londres en 1982. En la imagen, Freud y Anna a su llegada en tren a París en junio de 1938.

mente caso a las advertencias de sus colegas y discípulos y, consciente del peligro que corría de permanecer por más tiempo en Viena, se exilió a Londres con parte de su familia. Otros de sus miembros, como cuatro de sus hermanas, no tuvieron tanta suerte y encontraron la muerte en los campos de exterminio nazis.

El número 20 de Maresfield Gardens, en Hampstead, Londres, se convirtió en la última residencia de Freud: una preciosa casa de amplio jardín en el que el padre del psicoanálisis acostumbraba a leer y atendía a sus invitados en una silla mecedora. Todo su menaje, libros y antigüedades había llegado intacto a la capital inglesa poco antes y se había ordenado de manera similar a como se encontraba en la Berggasse vienesa en la que había residido a fin de generar un clima lo más confortable posible en medio del exilio. Pero Freud no permanecería mucho tiempo ahí. Los sufrimientos que le causaba el cáncer de paladar se hicieron intolerables. El 21 de septiembre de 1939, dos días antes de fallecer, el padre del psicoanálisis tomó la mano de su médico de confianza, también exiliado, y le dijo: «Mi querido Schur, seguramente recuerda nuestra primera conversación. Entonces prometió no abandonarme cuando llegara el momento. Ahora solo queda la tortura, que no tiene sentido». Con ello, Freud expresaba su voluntad de no sufrir innecesariamente, de poner fin a sus días en un estado de sedación. El doctor Max Schur cumplió y, con el acuerdo de la familia, administró al moribundo tres inyecciones de morfina. Freud tenía ochenta y tres años.

Figura indiscutiblemente ligada al destino del siglo XX, con sus luces y sombras, Freud ha alcanzado la estatura de icono superando sus aportaciones como médico y pensador. Brillante científico y sutil teórico, amén de excepcional escritor (su prosa fue merecedora del Premio Goethe de lite-

ratura en 1930), es hoy un clásico cuyas tesis, no pocas veces provocativas, siguen vivas. En realidad, y lo mismo que Edipo, fue un ejemplo del famoso lema del oráculo de Delfos en el que tanto insistió Sócrates: «Conócete a ti mismo». Como dijo el escritor vienés Stefan Zweig ante el féretro del padre del psicoanálisis: «Todo lo que Sigmund Freud concibió y anticipó como inventor y guía, estará con nosotros también en el futuro».

GLOSARIO

ABREACCIÓN (*Abreagieren*): descarga afectiva por medio de la cual un individuo se libera del afecto ligado al recuerdo de un acontecimiento pasado que fue traumático. Puede ser provocada en el transcurso del análisis por el analista removiendo ciertas escenas desagradables, provocando una situación llamada de catarsis, aunque también puede producirse en forma espontánea.

ACTO FALLIDO (*Fehlleistung*): fenómenos de la vida cotidiana aparentemente insignificantes (olvidos, lapsus, errores, etc.) que el individuo tiende a atribuir al azar o la falta de atención, pero que en realidad son síntomas significativos y formaciones de compromiso entre lo consciente y lo reprimido del sujeto.

ASOCIACIÓN LIBRE (*freie Assoziation*): método que consiste en expresar sin discriminación todos los pensamientos que vienen a la mente, ya sea a partir de una evocación concreta o de forma espontánea.

ATENCIÓN FLOTANTE (*Gleichschwebende Aufmerksamkeit*): del mismo modo que el paciente debe practicar la asociación libre expresando todo lo que se le ocurre, el analista debe escucharlo con una atención flotante. Es decir, en la suspensión, tan completa como sea posible, de todo lo que habitualmente orienta la atención en la escucha (prejuicios, presupuestos teóricos, etc.).

Castración, complejo de (*Kastrationskomplex*): complejo que guarda una íntima relación con el complejo de Edipo. Es la respuesta del niño a la diferencia entre sexos, concretamente a la presencia o ausencia del pene. Su falta en la niña es interpretada como el fruto de un cercenamiento.

Catarsis (*Katharsis*): término de origen griego que significa «purga», «purificación». En Freud da nombre a un método que consiste en provocar la expresión de un recuerdo o emoción reprimidos de modo que pueda ser desbloqueado y pierda todo su efecto patógeno.

Condensación (*Kompression*): mecanismo de defensa psíquico por el cual elementos del inconsciente se reúnen en una sola imagen u objeto. Consiste en la concentración de varios significados en un único símbolo.

Conflicto psíquico (*psychischer Konflikt*): conflicto que se da cuando en el sujeto habitan exigencias internas contradictorias; este puede ser «manifiesto», por ejemplo entre un deseo y una exigencia moral, o entre dos sentimientos en tensión, o «latente», cuando el yo no tolera la emergencia de un deseo o pulsión porque le produce displacer. El conflicto latente puede expresarse de una manera deformada en el conflicto manifiesto.

Consciente, lo (*das Bewusste*): cualidad psíquica momentánea que caracteriza las percepciones externas e internas dentro del conjunto de los fenómenos psíquicos. La conciencia tendría, según Freud, una función topológica periférica en relación con el mundo exterior a través de la sensibilidad.

Contenido latente (*latenter Inhalt*): haz o conjunto de significaciones (asociaciones del analizado, interpretaciones del analista) a las que conduce el análisis de una producción del inconsciente. El contenido latente de un sueño estaría formado por restos diurnos, recuerdos de la infancia, impresiones corporales, alusiones a la situación transferencial, etc.

Contenido manifiesto (*manifester Inhalt*): sueño antes de haber sido sometido a la investigación analítica, tal como se presenta de

inmediato, sin interpretación, al sujeto soñador que hace el relato del mismo.

Contratransferencia (*Gegenübertragung*): reacciones inconscientes del analista frente al analizado y, especialmente, su resistencia frente a los intentos de transferencia del segundo.

Desplazamiento (*Verschiebung*): mecanismo de defensa psíquico por el que se destina a un objeto sustitutivo una acción o reacción.

Edipo, complejo de (*Oedipus Complex*): bajo su forma positiva, el complejo se presenta como en la historia del mítico rey Edipo: deseo de muerte del progenitor rival del mismo sexo y deseo sexual hacia el de sexo opuesto. En su forma negativa, se presenta a la inversa: amor hacia la persona del mismo sexo y odio (también celos) hacia el progenitor del sexo opuesto. Vivida entre los tres y cinco años de edad, es una matriz crucial en la estructuración de la personalidad y la orientación del deseo humano. Para Freud supone la genuina piedra angular de su teoría.

Ello (*Es*): primera de las tres instancias del aparato psíquico. Alógico y amoral, constituye el polo pulsional de la personalidad y la fuente primaria de la energía psíquica; suele entrar en conflicto con el Yo y el Superyó, instancias que, desde el punto de vista psicogenético, constituyen diferenciaciones suyas.

Eros: expresión mediante la cual el mundo griego designaba al amor. En Freud significa el conjunto de las pulsiones de vida que se oponen a las pulsiones de muerte.

Escisión del yo (*Ichspaltung*): fenómeno por el cual se observa la coexistencia, dentro del Yo, de dos realidades psíquicas distintas respecto a una realidad exterior que contradice una exigencia pulsional. Una de esas realidades psíquicas tiene en cuenta entonces la realidad exterior, mientras que la otra reniega de ella y la sustituye por una producción del deseo.

Fantasía (*Phantasie*): escenificación imaginaria anticipada por el sujeto y cuyo guion representa, en forma más o menos deformada por los procesos defensivos, la realización de un deseo y, en última instancia, de un deseo inconsciente. Las fantasías se presentan bajo distintas modalidades: conscientes o inconscientes.

Fetichismo (*Fetischismus*): patrón de comportamiento sexual en el que el objeto sexual normal es sustituido y representado por un objeto o por una parte del cuerpo de otro sujeto, totalmente inapropiado para servir al fin sexual normal.

Histeria (*Hysterie*): clase de neurosis de cuadros clínicos muy variados (histeria de conversión, histeria de angustia) cuya especificidad se busca en el predominio de la represión y en la existencia de un conflicto edípico.

Imaginario (*Imaginäre*): registro caracterizado por el predominio de la relación con la imagen. Para Jacques Lacan es uno de los tres registros fundamentales del campo psicoanalítico (lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario).

Introyección (*Introjektion*): proceso de defensa psíquico por el cual una persona incorpora elementos de la personalidad de otra.

Libido: fuente energética postulada por Freud como substrato básico de las transformaciones de la pulsión sexual en cuanto al objeto, en cuanto al fin y en cuanto a la fuente de excitación sexual.

Narcisismo (*Narzissmus*): forma de estructuración de la personalidad que dirige todas sus energías a la satisfacción de las propias necesidades.

Negación (*Verleugnung*): mecanismo de defensa psíquica por el cual el sujeto trata aspectos evidentes de la realidad como si no existieran.

Neurosis (*Neurose*): afección de carácter psíquico cuyos síntomas son la expresión simbólica de un conflicto que hunde sus raíces en la biografía del sujeto y constituye compromisos entre el deseo y su defensa.

Principio de placer (*Lustprinzip*): uno de los dos principios que, según Freud, rigen el funcionamiento de la economía psíquica. El conjunto de esta actividad tiene por finalidad, en la medida de lo posible, evitar el displacer y procurar el placer.

Principio de realidad (*Realitätsprinzip*): junto al principio de placer, con el cual forma pareja, el principio de realidad, según Freud, rige el funcionamiento de la economía psíquica: en la medida que logra imponerse como principio regulador, la búsqueda de

la satisfacción ya no se efectúa por atajos o caminos más cortos, sino mediante rodeos, y aplaza su resultado en función de las condiciones impuestas por el mundo exterior.

Principio Nirvana (*Nirvana-Prinzip*): tendencia del aparato psíquico a disminuir en la medida de lo posible todo elemento de excitación de origen externo o interno, incluso hasta el punto de llegar a un estado cero. El nombre está tomado de uno de los conceptos fundamentales del budismo, que podría traducirse como «apagar» o «extinguir».

Pulsión (*Trieb*): proceso dinámico consistente en un impulso o tendencia (carga energética, factor de motilidad) que orienta al organismo hacia un fin. Una pulsión tiene su fuente en una excitación corporal (estado de tensión); su fin es suprimir el estado de tensión que reina en esa fuente primaria.

Racionalización (*Rationalisierung*): proceso por el que se sustituye una razón real que no es aceptable por otra que resulte aceptable.

Regresión (*Regression*): mecanismo de defensa psíquico que lleva a regresar a un nivel de desarrollo anterior.

Represión (*Verdrängung*): mecanismo por medio de la cual el sujeto intenta rechazar o mantener en el estrato inconsciente ideas o representaciones (pensamientos, imágenes, recuerdos) ligados a una pulsión. La represión se produce en aquellos casos en que la satisfacción de dicha pulsión acarrea el peligro de provocar displacer.

Resistencia (*Widerstand*): durante la cura psicoanalítica es común que se produzca resistencia en los actos y palabras del analizado frente al acceso a su inconsciente. Por extensión, Freud habló de resistencia al psicoanálisis para designar una actitud de oposición a sus descubrimientos, por cuanto estos revelaban los deseos inconscientes e infligían al hombre una «vejación psicológica». Ahora bien, la resistencia no solo se descubre como un obstáculo al esclarecimiento de los síntomas y a la progresión de la cura, lo que impide el trabajo (terapéutico); también es esclarecedora al proceder de los mis-

mos estratos de la vida psíquica que en su tiempo produjeron la represión.

SEXUALIDAD (*Sexualität*): en la teoría psicoanalítica, por «sexualidad» no se entiende solo las actividades y el placer dependientes del funcionamiento del aparato genital, sino toda una serie de excitaciones y de receptividades, ya existentes desde la infancia, que producen un placer que no puede reducirse a la satisfacción de una necesidad fisiológica fundamental.

SUBLIMACIÓN (*Sublimierung*): impulso que se eleva hacia una forma más aceptable, derivada hacia un nuevo fin. Una pulsión sexual se sublima hacia una finalidad no sexual, apuntando a objetos más valorados socialmente, como la actividad artística y la investigación intelectual.

SUPERYÓ (*Über-Ich*): instancia fundamental de la personalidad cuya función es comparable a la de un juez o censor con respecto a la actividad del Yo. Freud consideró la conciencia moral, la autorreflexión y la formación de ideales como funciones del Superyó. Como función del complejo de Edipo, se forma por la interiorización de las exigencias y prohibiciones parentales.

TRABAJO DEL DUELO (*Trauerarbeit*): proceso intrapsíquico que tiene lugar tras la pérdida de un objeto querido o psíquicamente fijado, y por medio del cual el sujeto logra desprenderse paulatinamente de dicho objeto.

TRANSFERENCIA (*Übertragung*): proceso a través del cual los deseos inconscientes se actualizan sobre ciertos objetos dentro de un determinado tipo de relación establecida con ellos. En ocasiones, se trata de una repetición de escenas infantiles, vividas, sin embargo, desde la actualidad.

TRAUMA (*Trauma*): acontecimiento brusco que tiene lugar en la vida del individuo y que se define tanto por su intensidad como por la incapacidad del sujeto de reaccionar a él adecuadamente. El traumatismo se caracteriza por un desbordamiento excesivo de excitaciones en relación con la integridad del sujeto y su capacidad de controlar y elaborar psíquicamente dichas excitaciones.

Yo (*Ich*): instancia que Freud distingue del Ello y del Superyó en su segunda tópica. A pesar de su posición tradicional como soberana de la personalidad, Freud entiende el Yo bajo una relación de dependencia, tanto con respecto a las reivindicaciones del Ello como a los imperativos del Superyó y a las exigencias de la realidad. Aunque se presenta como plano mediador, su autonomía es muy relativa; es más, en el conflicto neurótico, el Yo representa el polo defensivo de la personalidad, el que pone en marcha una serie de mecanismos de defensa motivados por la percepción de un afecto displacentero.

Yo ideal: formación intrapsíquica que algunos autores, diferenciándola del ideal del Yo, definen como un ideal de omnipotencia narcisista forjado sobre el modelo del narcisismo infantil.

Lecturas recomendadas

Alemán, J. (Ed.), *Lo real de Freud*, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2007. Una selección de artículos de especialistas contemporáneos que actualizan la obra de Freud a la luz de los nuevos desafíos de la sociedad.

Gay, P., *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Paidós, 1998. Este ensayo, todo un clásico, es una de las biografías más completas del padre del psicoanálisis. Su gran mérito es ofrecer una visión casi perfecta de la vida de Freud y de su obra en el contexto de su ambiente social más próximo, sobre todo en relación con sus discípulos y seguidores.

Gómez, C., *Freud y su obra. Génesis y constitución de la teoría psicoanalítica*, Madrid, Biblioteca Nueva-Asociación Psicoanalítica, 2002. Excelente y pedagógico trabajo de síntesis y de interpretación del legado freudiano y de sus conceptos y obras fundamentales.

Jones, E., *Vida y obra de Sigmund Freud*, Barcelona, Anagrama, 2003. Escrita por un discípulo de Freud, esta reconstrucción peca de hagiográfica en ocasiones, pero sigue siendo un valiosísimo testimonio para conocer de primera mano la vida y obra del padre del psicoanálisis.

MARCUSE, H., *Eros y civilización*, Barcelona, Seix Barral, 1970. Pasados los años, este libro del gran icono contracultural de la década de 1960, Marcuse, sigue dando muchas pistas sobre la actualidad política de Freud y sus consideraciones acerca del malestar cultural. Un clásico que sigue mereciendo la pena leer.

MASOTTA, O., *Lecturas de psicoanálisis: Freud, Lacan*, Buenos Aires, Paidós, 2004. Un gran trabajo de popularización debido a un gran maestro argentino. Por su claridad y penetración, un libro muy recomendable para acceder por primera vez a las tesis de Freud.

PONTALIS, J. B., *Vigencia de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1957. Este prestigioso especialista francés se enfrenta retrospectivamente al reto planteado por el psicoanálisis y compara la aplicación de las teorías y métodos del maestro con su pensamiento originario, señalando también las revisiones y desviaciones de quienes se consideraron sus discípulos.

RICOEUR, P., *Freud, una interpretación de la cultura*, México, Siglo XXI, 1999. Ensayo denso y profundo, pero que sigue siendo extremadamente sugerente y válido a la hora de trazar puentes entre la filosofía contemporánea y la revolución que introdujo Freud en el campo de las ideas.

ROUDINESCO, E., *La batalla de los cien años*, Barcelona, Fundamentos, 1988-1993. Imprescindible reconstrucción histórica de la influencia del psicoanálisis en el siglo XX.

ROUDINESCO, E., *¿Por qué el psicoanálisis?*, Barcelona, Paidós, 2000. Excelente introducción al psicoanálisis y las ideas de Freud en un contexto como el actual marcado por la neurología y la autoayuda. Un ensayo claro y accesible a todo tipo de lectores.

TUBERT, S., *Malestar en la palabra. El pensamiento crítico de Freud y la Viena de su tiempo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999. Brillante aportación de la autora a los numerosos libros escritos sobre la Viena finisecular, pero desde el sesgo de las innovaciones introducidas por Freud.

ÍNDICE

Freud es el padre del psicoanálisis, una disciplina que, más allá de su función terapéutica, revolucionó la concepción que hasta entonces se tenía del ser humano como un ser racional dueño de sus actos. Frente a ella, se extendió la sospecha de que estos están determinados por el inconsciente, una región oscura de la mente donde se encuentran los deseos reprimidos por el individuo, que se manifiestan en sueños y actos fallidos como los lapsus. Otro de los campos en los que Freud dejó huella fue la sexualidad, vista como un elemento clave en la formación de la personalidad desde las primeras etapas de la vida. Contestados en su época por su carácter subversivo, sus hallazgos han sido fundamentales para adentrarse en el lado más oculto del ser humano y explorar su comportamiento en la sociedad.

APRENDER A PENSAR